FRAY MOCHO



Sta. Julia Bustorf Garmendia

N.° 659



FRAY MOCHO

Año XIII — Buenos Aires, 9 de diciembre de 1924 — Núm. 659

IL PICCOLO NAVÍO

HACIENDA

Alvear. — ¡A causa del choque se nos ha abierto un rumbo, y el barco hace agua!
Gallo. — Vamos a tener que echar por la borda a algún ministro para poder llegar a puerto.
Loza. — ¿A que me toca a mí, por aquello de que siempre se quiebra lo más frágil?

Dib. de Rojas.

Una institución de Asistencia Social



La colonia de vacaciones de niños débiles



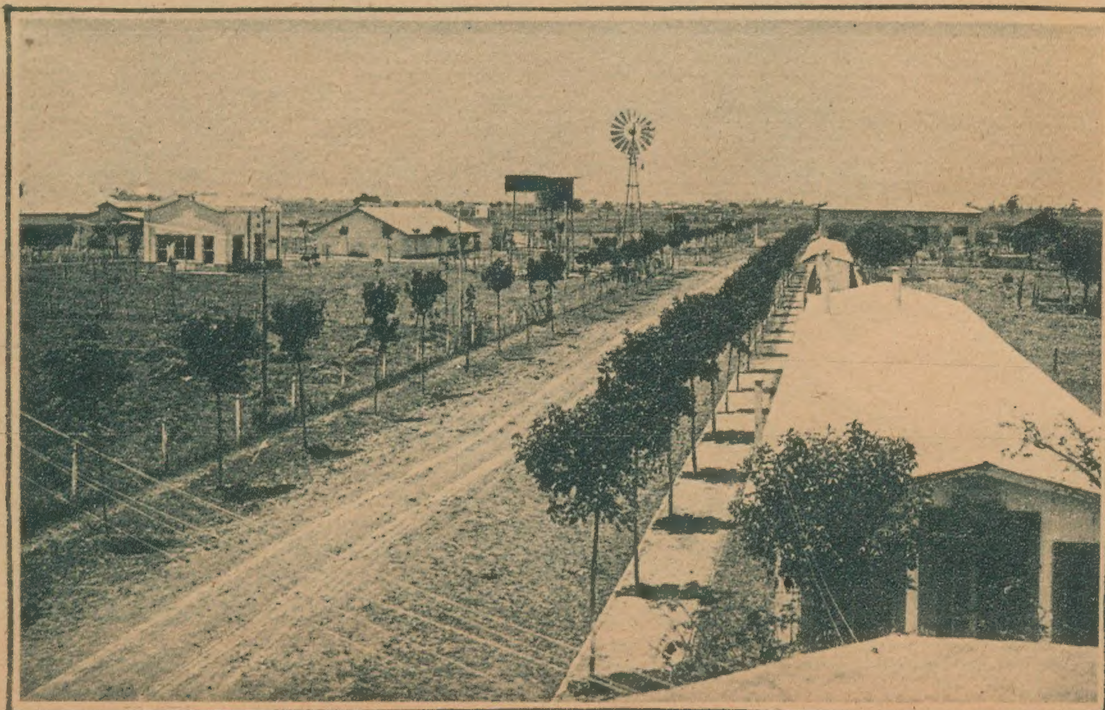
El director de la Asistencia Pública, doctor Abel Zubizarreta, el director de plazas y ejercicios físicos, D. Arsenio Thamier, el director de la colonia de vacaciones de niños débiles, cuyos cursos acaban de inaugurarse, D. Alfonso Mir, el médico jefe de la clínica de la colonia, doctor Américo E. Lamarque, el secretario de la dirección de plazas y ejercicios físicos, señor Angel Arias, y las celadoras, al iniciarse los cursos.



Parte de los 1100 niños, en el comedor de la colonia del Parque Patricios, antes de servirse el almuerzo.



Una vista de conjunto de los niños concurrentes a la colonia. La organización de ésta y los resultados prácticos que se obtienen ha sido elogiosamente comentado. Se trata, sin duda, de una obra plausible, dirigida con todo celo y acierto por el señor Thamier.



Vista general de la entrada a la colonia de San Justo (F. C. Oeste), donde se hará, posiblemente, un ensayo de internado. En la actualidad se están haciendo las obras necesarias para que el antiguo local de la Sociedad Rural Argentina, llene sus finalidades. Con este nuevo local, las colonias municipales de niños débiles, que funcionan con tanto éxito, contarán con un nuevo establecimiento, tan importante como los que ya existen en los parques Avellaneda y de los Patricios.

Fot. Otero.

La fragata Sarmiento dió por terminado su vigésimo cuarto viaje de instrucción.



El presidente de la República acompañado del ministro de Marina y del jefe del Arsenal de Buenos Aires, capitán de navío Nelson Pagé, llegando a la dársena norte para visitar el buque y entregar personalmente los diplomas a los nuevos guardiamarinas.



Vista parcial del público que acudió a esperar el arribo de la Sarmiento, y entre el cual predominaban las familias de los marinos de la dotación de la nave.

El aviador Guillermo Hillcoat



El piloto argentino Hillcoat, quien, cuando aparezca el presente número, es muy posible haya terminado, felizmente, su notable raid aéreo Buenos Aires - Lima. Caricatura de Méndez Mujica.



Los flamantes guardiamarinas, saludando desde a bordo.



El primer magistrado en el acto de la entrega de los respectivos despachos a los nuevos oficiales de la armada.

DEL SIERRAS HOTEL



Niños de Castro y Albisú.



A la hora del te, en las galerías del Sierras Hotel.



Señores Cogo y Cartas.



En honor de la educacionista, señorita Elcira Belloni





A la izquierda: la señorita Elcira Belloni, que acaba de ser objeto de una demostración, con motivo de haberse jubilado recientemente. A la derecha: la señorita Belloni acompañada del doctor Pefaure, del señor Baqué y de un grupo de invitados a la fiesta organizada en honor de la mencionada educacionista.

En su quinta "Loma Blanca", obsequió el señor Federico Perea, con una fiesta campestre, a la educacionista señorita Elcira Belloni, con motivo de haber obtenido su jubilación en el magisterio nacional. Después de un bien servido almuerzo, se llevaron a cabo varias diversiones y partidos de tennis, que sirvieron de solaz a la concurrencia. Participaron en la grata fiesta, además de la obsequiada, las señoritas: María Luisa Barda, María Elisa Jordán, Celina Fontán, Ana María de Beaty, Ida Pagano, Rosa Maglio, María Amelia y Raquel Podestá, María Mercedes y Zulema Perea, Carmen, Pilar y Juanita Baqué, y los señores doctor José Alejandro Pefaure, Francisco Baqué y Federico y Carlos Perea.



Durante la hora del almuerzo.

Mendoza.—Ecos del mitin de protesta contra la administración del gobierno del doctor Lencinas



Durante el desorden ocurrido en la plaza Independencia, al encontrarse los afiliados a los partidos antagónicos.



La manifestación en la esquina de las calles San Martín y Necochea, donde se produjo un violento tiroteo, del cual resultó un muerto y numerosos heridos.



Grupo de manifestantes en la plaza Independencia, momentos antes de ocurrir el choque en que se cambiaron varios disparos.



Ciudadanos de Tupungato, montados a caballo y con vistosos aperos, que recorrieron cuarenta leguas para formar parte del mitin.

Fots. Lorenzo Capra.

Comentarios

No sólo de pan...

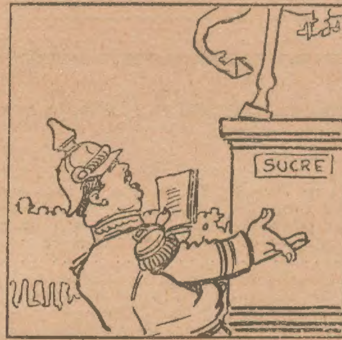
En medio de tantos motivos de inquietud para los que sueñan con la perfección argentina, no puede negarse que este año se cierra brindando algunas halagüeñas esperanzas a los simples devotos de la cultura.

Los hechos a que queremos referirnos, vienen con toda oportunidad en pos de los acontecimientos electorales, cuyo desarrollo y consecuencias, fuera de no haber materialmente asumido formas violentas, ofrecen campo escaso para reflexiones optimistas sobre nuestra grandeza democrática. Pero si únicamente la mitad, o poco más del electorado, cumple, hoy por hoy, con los deberes cívicos (y aún de ese número debe restarse el de los votos en blanco, y todavía, del resto, habría mucho que decir sobre el raro determinismo de miles de sufragantes), es innegable que, observando de otro punto de vista el movimiento espiritual del conjunto, resaltan en seguida rasgos que compensan aquellas fallas.

No hace muchos días, el Rosedal de Palermo — sitio doblemente encantado por la poesía del paisaje y por la atracción de las evocaciones artísticas — fué teatro de una escena que honra altamente a la cultura de la metrópoli. Se trataba de inaugurar un monumento, y este acto, que hasta no ha mucho se habría caracterizado por alguna glorificación guerrera, con proyecciones a la actualidad política, e inevitables peroratas y charangas, transcurrió en forma diametralmente distinta. En primer lugar, el monumento no era una estatua ecuestre, sino un sencillo busto de bronce. Luego, tampoco se afligió a la concurrencia con la desesperación oratoria de los habituales cultores de la palabra en público. Por último, el glorificado no había sido nunca general, ni ministro, ni caudillo de multitudes. Era un poeta, uno de los más ilustres poetas argentinos: Olegario V. Andrade. Y para exaltar su memoria, dos únicos y hermosos discursos, que el público—varios millares de personas—oyó respetuosamente. La palabra oficial del ministro de Instrucción Pública, y la de la crítica del maestro Groussac, en la tarde serena y apacible, rodeados ambos, no sólo de hombres de letras, de artistas y de estudiantes, sino de pueblo, de verdadero y genuino pueblo, ávido de erguirse espiritualmente sobre la prosa cotidiana, exaltaron a la verdadera gloria el mérito del poeta inmortal, y Buenos Aires dió una prueba de que no todo en su vida es política y finanzas...

C. C. L.

La hora justa



El general Justo se hace oír en Lima, con motivo del centenario de Ayacucho.



Y su homónimo mete más ruido en el Senado que el que se armó en la histórica batalla.

S. M. el sebo

En nuestro país, el sebo es una respetable institución de "dolce far niente". ¡Oh, el sebo burocrático... ¿Y qué nos dicen del sebo parlamentario?... ¡Cómo se hace sebo en la Casa Rosada y en el Palacio de Oro!...

—¿Qué me cuentas del programa que se les acaba de dar a los del sebo?

—¿En qué ministerio, che?

—Me refiero a los que exportan sebo, al otro sebo, al de procedencia animal.

—¿Algún "contubernio"?

—En efecto, che. Comerciantes sin escrúpulos y ávidos de ganancias fabulosas, mechaban adoquines y trozos de quebracho colorado, en las partidas de sebo destinadas a la exportación. ¿Te das cuenta?... ¡El crédito argentino en el exterior!

—¡Cómo no! Ejemplo: 70 kilos de sebo y 30 kilos de granito del Tandil, que las muy caras de cemento armado, hacían pasar por 100 kilos de sebo legítimo.

—Pero el señor ministro Le Breton, que vela por el prestigio del sebo en todas sus acepciones, incluída la burocrática, al tener conocimiento de la matufia que tanto perjudica a "nuestro buen nombre de sebones en el exterior", puso el grito en el cielo, y ordenó una investigación a fondo.

—¡Ya, ya! Lo de a fondo, será para calar los envases del sebo y dar con los adoquines. ¡Y cómo se reirán las vacas!

—¿Por qué, che?

—Porque no hay mejor sebo, que el sebo de carnero...

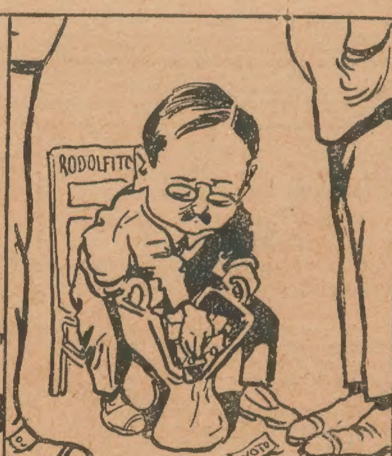
¿Por qué han perdido varios partidos las elecciones?



Los irigoyenistas, porque llegaron tarde los de la provincia.



Los antipersonalistas, porque la vaca se les volvió Torino.



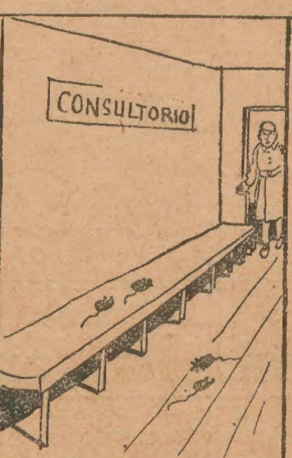
La Concentración, porque se reservan para las elecciones nacionales.



Los Demócratas, porque se reservan para las presidenciales.



La Unión Nacional, porque no unió más que 2000 votos.



El Sindicato de Médicos, porque no tiene clientela.



Y la señora Lanteri, porque el juez Ariza no le llevó el apunte.

La transmisión de la imagen

La ciencia, que ha estado hasta hace poco al servicio de la muerte, con el descubrimiento de los rayos diabólicos, la dirección a distancia de los aeroplanos y otros elementos de destrucción, prosigue ahora una ruta de utilidad no sólo en defensa de la vida, sino en hallazgos, que revolucionan un sistema, como el de la navegación, en manera extraordinaria.

Las transmisiones de grabados por radiotelegrafía, constituye hoy el suceso. Los ensayos resultaron tan satisfactorios, que desde Londres hasta Nueva York, la Radio Corporation of America, ha podido enviar los retratos de Coolidge y Hughes, después de ser comunicado "impreso", el proverbio chino que dice: "una fotografía vale 10.000 palabras".

Aparte del interés sentimental de tan fabuloso descubrimiento, la transmisión de la imagen, es una considerable fuerza que se agrega al periodismo.

Para contar con el material gráfico, era necesario, en cortas distancias, valerse del aeroplano, y en las mayores, no había otro remedio que aguardar la llegada de diarios y revistas después de una larga navegación.

Hoy, las informaciones gráficas podrán recibirse a los pocos instantes de producirse un hecho; y es de imaginarse, el interés que esto guarda, para la vida dinámica del periódico, el cual contará con un nuevo elemento, cuyas aplicaciones no sospechamos todavía.

La temperatura y el arte

Los pintores, continúan este año, la serie interminable de sus exposiciones. La "estación muerta" es por el momento una dulce mentira, pues se halla tan "viva" como nunca. En los balnearios los dueños de hotel aguardan con impaciencia y la "semana de Mar del Plata" ha resultado simplemente una semana de frigorífico.

Pero la temperatura asciende y el éxodo se inicia. Sólo las muestras de arte, prosiguen, imperturbablemente, mientras el jacarandá, que es como una seña para las golondrinas, apunta la maravilla de sus flores.



LITERATOS ESPAÑOLES

Salvador Rueda y Gregorio Martínez Sierra

Salvador Rueda

Cierto amigo mío, de cuyo nombre no me acuerdo, hacía un juego de palabras con los nombres de Rueda y Rodó. Decía: "Rueda *rodó* al olvido. Rodó *rueda* a la inmortalidad." No deja de tener su miaja de razón la frasecita de mi amigo, porque así como el nombre del gran Enrique Rodó adquiere cada día mayor prestigio, hace ya bastantes años que el nombre de Rueda *rodó* casi al olvido.

Rueda (que en 1900 era proclamado el emperador de los poetas españoles, a quien Rodó llamaba, entusiasmado, el poeta de la luz y Rubén Darío le dedicó unos versos hermosísimos y muy elogiosos que utilizó Rueda como prólogo en su bello libro "En Tropel") es desdeñado, desde hace años como un vulgar ripioso por muchos que se precian de literatos. Hablar, hoy, bien de Salvador Rueda es adquirir una patente de cursi o algo peor. ¡Si veríais con qué sonrisa desdeñosa y compasiva os escuchan pronunciar ese nombre los poetas de hoy! Y lo peor es que su desprecio intelectual es sincero: tienen el gusto estragado por el abuso de golosinas retóricas y son incapaces de saborear ese buen pan salido del horno de un corazón, que es la poesía de Salvador Rueda.

Y bien, Salvador Rueda, digan lo que digan y pese a quien pese es un poeta en el alto sentido de la palabra.

¿Qué en su obra hay cosas muy malas? ¡Concedido! ¿Qué abusa de la retórica? ¡Concedido! ¿Qué cae muchas veces en lugares comunes y en ripios intolerables? ¡Concedido! ¿Qué ha publicado libros malos? ¡Concedido!

¡Me diréis con tal cúmulo de defectos no es un poeta!

Os respondo: Examinad su obra, copiosa en demasía (y eso que ahora ya no escribe más), dejad de lado lo *malo* que es *mucho* y leed, también con atención lo *bueno* que es bastante y decidme si no es suficiente lo *bueno* para que le perdonemos lo *malo* que escribió en sus momentos poco felices.

Salvador Rueda es el tipo acabado del poeta natural que nace con el lirismo suficiente para serlo, sin necesidad de estudios. Canta cuando siente necesidad de ello, porque sí, como hacen los pájaros y las muchachas alegres.

Lo natural en Salvador Rueda es lo grandilocuente, lo sonoro, porque su temperamento es sanguíneo, apasionado, rico en matices cálidos. Y de ahí que su corazón ingenuo y generoso cuando está lleno se desborda en un río de palabras claras, sonoras, luminosas; un río de palabras cálidas que suenan con la alegría ruidosa de las castañuelas, o el festivo sonido del clarín, o la risa cristalina del torrente, o el crepitar de los sarmientos en el fuego.

La poesía de Salvador Rueda es árabe, rica de metáforas, caudalosa de hipérboles; es una poesía de sangre fresca y joven, poesía andaluza llena de colorido, rebosante de luz, sana y hermosa como las guapas mujeres andaluzas, las de los ojos más bellos del mundo.

¡Lejos de Rueda la poesía culta, refinada, exquisita, caprichosa, encantadora del gran Rubén Darío, poesía quintaesenciada, filtrada a través de severos estudios del idioma y de los poetas extranjeros, la poesía de Rubén que es una hostia de belleza que no pueden comulgar todos los corazones!

¡Lejos de Rueda la poesía vaga, sentimental, mística nómada de suavísima melancolía, siempre en un discreto tono menor de Juan Ramón Jiménez!

Lejos de Rueda, la poesía sabia, fina, elegante, sutil, engalanada de imágenes bellísimas y nuevas de Lugones.

Salvador Rueda es la antítesis de esos tres grandes espíritus: su poesía es para el pueblo porque es espontánea, es luminosa, es cálida, es sensualmente sonora.

Oidlo:

En nombre del Padre, que es todo armonía
que amasa los hombres, los astros, las cosas,
yo, elevo la hostia del pan que es poesía
comunión de espigas y gracia de rosas...
.. ..
Más sabe una espiga que todos los sabios
tiene magia eterna la luz de su brillo,
entra, oh rubia forma de trigo en mis labios
y hazme noble y sano y alegre y sencillo

¿No es acaso este fragmento poético de un poema bellísimo, sano, jugoso, viril, rebosante de sinceridad?

¿El que, en su haber poético, cuenta con muchas estrofas de una belleza comparable a estas mencionadas no es digno de ser llamado poeta?

¡Oh, y cuánto le deben a este poeta, infinidad de poetas que yo me sé! Poetas formados en el inteligente y atento estudio de otros poetas, han sabido imitar de Salvador Rueda lo bueno y han dejado de lado lo malo que hace peligrar la perdurabilidad de la obra de este insigne cantor.

Verdad es que no faltan, antes por el contrario abundan como la langosta, que imitan todas las exageraciones de Rueda y abruman las revistas con sonetos grandilocuentemente ripiosos y vacíos, estilo... ¿pero a qué citar nombres?...

¡Cuánto hubiera ganado Rueda en importancia si hubiera sabido quitar la broza de su obra y no hubiera hecho llegar al público más que lo verdaderamente digno de ver la luz! (Diremos de paso que Nervo tampoco se hubiera perjudicado, haciendo una selección en su obra, a ratos francamente mediocre).

Si Salvador Rueda no es el primer poeta español contemporáneo (a pesar de su coronación de poeta-rey que tuvo lugar en Cuba, con gran pompa), es por lo menos un poeta de primera línea.

Yo, prefiero, en mucho, a Jiménez o Antonio Machado, dos poetas de interior, ricos en matices de alma.

Y el Rueda que rarísima vez (olvidándose de lo exterior que lo fascina y le arranca sus cantos más elocuentes), escudriña en su interior y nos da una gema poética, como esta que reproduzco íntegra, es el que prefiero:

Tiene mi naturaleza
por cada mes un invierno
y en esas fúnebres horas
en mi interior estoy muerto.

Desde niño me circunda
ese insondable misterio:
no sé por qué resucito
ni tampoco por qué muero.

Aurora, tarde y ocaso
en mí se van sucediendo
cuando está el sol en mi sangre
y la mañana en mis nervios

Hallo al despertarme un día
mi espíritu amaneciendo
y el bello abril de las almas
borda de flores mis sueños.

Otra mañana me miro
por el otoño cubierto
y tropel de hojas caídas
siento rodar en el pecho.

¿Ahora bien, el que puede formar un volumen nutrido, con poesías del valor de las mencionadas, es o no es un poeta?

Gregorio Martínez Sierra

La obra de Martínez Sierra, el delicado autor de "Teatro de Ensueño" (que prologó el gran Rubén Darío y comentó líricamente el exquisito Juan Ramón Jiménez), es bella como un jardín estrellado de flores bajo la mirada de la Aurora; clara como el chorro de la fuente que se eleva cantando en el jardín; fresca como las mejillas de las rosas que se entreabren bajo las caricias áureas del sol naciente.

De su verso que es de oro de buena ley, de oro de su alma y que suena en el corazón con la misma grata música que suena en el oído un chorro de moneditas de trinos en la urna de vidrio de la mañana o una espontánea carcajada juvenil que se escapa como un alegre chorro de optimismo del corazón, puedo decir como digo de Lugones (en su "Libro de los paisajes):

Tu verso es de cristal,
clarísimo, sutil;
es flecha que al azul
se eleva inmaterial.

Y qué diré de su prosa, fina, suave, alada, exquisita; ¿qué diré de su prosa enjoyada de sinceridad y de ternura un tanto femenina, discretamente florecida de imágenes encantadoras, que se deslizan por el lago azul y luminoso de sus composiciones como una lenta procesión de cisnes blancos y negros hacia el país de la belleza?; ¿qué diré de su prosa sino que es perfecta y única en su género?

Martínez Sierra antes que novelista y poeta es un gran impresionista, tal vez el primer impresionista entre todos los que escriben en el sonoro idioma de Cervantes.

¡Con cuánta lírica sabiduría sabe expresar el sentimiento de la Naturaleza! ¡Con qué delicadas tintas verbales sabe expresar el encanto de esa vaga y divina hora del Crepúsculo, cuando se abre en el corazón del soñador la fuente de la melancolía y canta en el alma de la juventud el ruiseñor azul del ensueño! De esa vaga y divina hora que tanto se presta a las altas expansiones de un lírico puro, pero ¡ay! también a la cursilería insoportable de los poetas ramplones, que tienen el alma (¡pobrecitos!) *enferma*.

Así como otros conocen a fondo las almas y las pasiones y saben pintarlas magistralmente, como el enorme Galdós, con el fuego vital de su Verbo de artista noble y humano, así también nadie como Martínez Sierra conoce los paisajes y los sabe traducir espiritualmente mejor.

Su lema de artista es el mismo que el del exquisito Oscar Wilde: El arte por el arte y para el arte. Por eso su literatura fina y selecta no encierra (¡Dios sea loado!) ninguna *utilidad*, porque no se pone al servicio de ideales más o menos elevados, grandes o generosos. No es pues, una literatura de *pensamiento* sino de *sentimiento*.

Su prosa, rica de matices, une a la severidad y decoro clásicos, la inquietud, la atormentada flexibilidad de la prosa moderna (llena de períodos truncados, y algunas veces, hasta sin coherencia), que tan maravillosamente la utilizan algunos para expresar estados de ánimo, de otra manera intraducibles.

Su lenguaje es clásico e innovador a un tiempo mismo porque tiene algo del arcaico sabor de los historiadores del siglo áureo, y algo, asimismo, de la modernísima exquisitez de un Darío o de un Lugones.

Donde culmina Martínez Sierra como escritor no es en la novela, en el amplio, en el verdadero significado de la palabra, sino en la fantasía caprichosa, donde algunas veces sabe mezclar con un singular acierto y en una forma verdaderamente oportuna una observación realista casi siempre hermosísima que llega a palparnos suavemente el corazón.

Sus principales obras son: "La casa de la primavera", claro y luminoso manojo de versos de un alma optimista, discretamente sentimental a ratos que también sabe dar la nota grave y patética, pero a su debido tiempo, como el novio que, en el momento oportuno roba un beso a la novia sin ofenderla; "Teatro de ensueño" que no tiene, a juzgar por su título, nada de nebuloso como los libros de los grandes escritores del Norte, como Ibsen, sino que, por el contrario, es de una frescura, claridad y musicalidad incomparables: encierra tres composiciones de teatro poético, naturalmente, *irrepresentables*, pero dignas de ser leídas con verdadera unción, como se cata un añejo elixir: con sabia lentitud que aumente su sabor. Estas preciosas comedietas líricas "sugieren" más que dicen y sin embargo ¡cuántas bellas cosas dicen! "Primavera en Otoño", delicadísima comedia en tres actos, llena de una discreta sentimentalidad, *patinada* de una sana gracia netamente española "La sombra del padre", también preciosa comedia que fué su consagración en el teatro; "El agua dormida", "La tristeza del Quijote", "Canción de cuna", etc., etc.

Su obra si es grande en calidad lo es (y el arte está de parabienes), grande también, en cantidad.

Martínez Sierra no es de los escritores que se duermen sobre sus laureles, pero sino un inquieto trabajador que honra la literatura de su patria que se ha enriquecido hoy con tantos excelentes escritores.

Como muestra de su estilo impecable y lleno de gracia reproduzco unas líneas entresacadas de su "Teatro de Ensueño": "¿Qué dice la hora del atardecer a las almas tocadas de melancolía?—Acaso una oración tan triste como su tristeza—Parece que fuese el crepúsculo una música suave que va subrayando palabra por palabra los pensamientos de aquellos que, mirándole, piensan—Su hálito es como un perfume de flor marchita que engendra suspiros, como cosquillas de recuerdos que hacen saltar lágrimas—Las nubes que corren bajo el cielo pálido parece que están locas y que caminan sin saber adonde, huyendo de su dolor"...

. . . .

Inclinémonos reverentemente ante este profesor de sentimientos, ante este sutil doctor de líricas emociones y tendámosle, idealmente, la mano para felicitarle.

Mayorino Ferraría

Madrid, noviembre 5 de 1924.

EL ARDID DE UN EMIGRANTE

De mis recuerdos diplomáticos

Por el emir EMÍN ARSLAM

Ya se sabe cuántas dificultades encuentran hoy los viajeros que entran o salen de la Argentina. Hasta un niño de dos días debe poseer un pasaporte en regla, con su fotografía e impresiones digitales. ¡Y bien! Nadie pretenderá negarme que eso es una exageración... Hace, en cambio, pocos años ocurría todo lo contrario, porque se podía penetrar en el país con tanta libertad como en una plaza pública, y hasta se permitía a los recién llegados cambiar de nombre... no obstante el peligro que eso representaba para la seguridad pública.

Los sirios-libaneses a los que, por error se califica de turcos son los primeros que aprovecharon esa libertad. Al llegar a Buenos Aires para hacerme cargo de mi puesto de primer representante del sultán de Turquía, me encontré con que esa situación, originada porque la mayoría de sus súbditos otomanos habían adoptado nombres argentinos, era una de las más grandes dificultades que tenía que resolver.

Era preciso establecer la identidad de cada uno y, principalmente, cuando se trataba de herencias o sucesiones. Como los jueces exigían certificados de defunción, naturalmente toda la responsabilidad de cualquier error, fuese cual fuese, recaía sobre mí.

En más de una ocasión llamé la atención de las autoridades hacia el peligro que representaba esta libertad, pero me respondían que la Constitución lo permitía así... Agréguese a esto que varios centenares de individuos desaparecen sin dejar el menor rastro, y que los parientes reclaman a diario que se les informe acerca de la suerte corrida por ellos, y en muchas ocasiones, hallándome en la imposibilidad de hallar el rastro de esos desaparecidos, se me ha acusado de negligencia o de indiferencia...

Hay un largo y triste capítulo que escribir a este respecto.

Sin embargo, existe el reverso de la medalla y, como siempre, la parte cómica se intercala con la trágica. Voy a recordar aquí una escena "vaudevillesca" hasta lo indecible.

Un día me encontraba en mi oficina; el ordenanza se hallaba en la puerta para indicar a los que llegaban la situación de las diversas secciones a donde tenían que dirigirse según sus asuntos, cuando oí la voz de un hombre que manifestaba imperativamente que deseaba ver al cónsul general.

—¿Para qué asuntos?—preguntó el ordenanza.

—Para un asunto personal.

—Es necesario hablar antes con el secretario.

—No. Yo deseo ver al cónsul en persona.

—No lo verá, sin haber hablado antes con el secretario.

Ante la insistencia del ordenanza, el hombre se exasperó y fué levantando la voz.

Impaciente, me levanté, abrí la puerta de mi oficina y exclamé, dirigiéndome al que gritaba.

—¿Qué desea?

—Quiero ver al cónsul general.

—¿Para qué?

Un asunto personal y privado, que no manifestaré más que a él.

—Yo soy el cónsul... Pase.

El hombre me miró sorprendido, bien porque me considerase muy joven para el cargo, o porque se me hubiese imaginado con una larga barba y un aspecto raro.

Penetró lentamente, examinó mi escritorio, y una vez que me hube sentado le dije:

—Ya le escucho... ¿Qué tiene usted que contarme?

Inmediatamente noté que la expresión de su semblante se transformaba. Palideció y buscaba las palabras mirando fijamente mi mesa escritorio. Sobre ella había un revólver Smith Weson, que yo colocaba de ex profeso como pisapapeles.

Había adoptado esa medida cuando fuí cónsul en Bruselas, desde un día en que un marinero estuvo a punto de asesinar a nuestro cónsul en Amberes en ocasión de encontrarse solo en su oficina, y en que un italiano dió muerte a su cónsul en Marsella, en las mismas condiciones.

¿Por qué los cónsules reciben a toda clase de personas?

Desde entonces he adoptado el sistema de colocar el revólver sobre mis papeles y siempre que veo a un hombre exaltado, tomo, descuidadamente, el revólver, lo descargo, hago jugar repetidas veces el gatillo y luego lo vuelvo a cargar, para dejarlo así al alcance de mi mano.

Esta escena es de un resultado infalible, nueve veces, cada diez. El hombre miraba fijamente estas maniobras con el instrumento de fuego, se calmaba y terminaba más reposado su historia.

Repetí pues la escena ante mi interlocutor, quien se serenó en seguida.

Entonces lo invité a tomar asiento y le repetí.

—Bueno. Ya le escucho. ¿Qué tiene que decirme tan personal y tan grave?

Después de permanecer unos minutos en silencio y de suspirar, comenzó diciendo.

—Mi historia es extraña y única en su género...—Luego agregó con tristeza.—Esto no le ocurre más que a mí.

—Pero, ¿qué le ha ocurrido?—pregunté.

—Me ha ocurrido,—respondió,—que un paisano mío, de mi propio pueblo, me ha robado la mujer y el nombre...

Sonreí, pensando para mí, que era un loco.

—¿Cómo?—exclamé.—¿Le ha robado la mujer y el nombre?

—Sí. Las dos cosas.

—Pero... Vamos,—continué,—concibo que le haya robado la mujer... Esto ocurre con bastante frecuencia, pero... ¿cómo puede haberle robado el nombre?... Y, a propósito, ¿tiene usted su pasaporte o cualquier documento que pueda probar su identidad?

—Sí,—respondió. Y con sus manos grasosas comenzó a buscar por los bolsillos de los que sacó un montón de papeles sucios y entre ellos se encontraba su pasaporte redactado en turco.

—¡Ah! ¿Es usted del norte del Líbano?—le dije después de haber leído el documento.

—Sí, y soy cristiano, como puede constatarlo.

—En efecto... y ¿el raptor de su esposa es pariente suyo?

—No. Se llama... N...

—Entonces, ¿cómo dice que le ha robado su nombre?

—Sí,—respondió.—Al llegar aquí, a la Argentina, yo adopté el nombre... X y entonces él ha tomado el mismo que yo y me ha robado a mi esposa, que continúa llevando el mismo nombre que yo adopté, pero que ha cambiado de marido.

Al pronto no pude resistir la risa ante la ingenuidad de la estratagema, y respondí.

—En ese caso, todo lo que puedo hacer por usted es intervenir ante las autoridades a fin de que le sea devuelta su esposa, dejando a la justicia que siga su curso...

Entonces el hombre exclamó indignado.

—¿Devolverme la mujer? ¡Jamás! Que se quede con ella. Lo que no consiento en forma alguna es que siga usando mi nombre...

—Pero,—le observé yo.—¿Ha sacado usted patente al adoptar ese nombre a fin de que nadie tenga derecho a usarlo? Lo mismo que ha tenido usted libertad para elegirlo, cualquiera puede haber hecho lo mismo.

—¡Qué cosa linda!—agregó.—¿Entonces, cuántas veces mi mujer tenga la fantasía de pasar algunos meses o algunos días con un hombre cualquiera le hará adoptar mi nombre?

—Le repito, que así como usted ha podido hacerlo, cualquiera se halla en las mismas condiciones y con los mismos derechos... Respecto a este punto yo no puedo hacer absolutamente nada por usted.

Entonces, indignado ante mi impotencia, me lanzó esta frase como final.

—¿Y para qué es usted cónsul entonces?

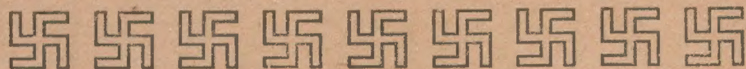
Me reí ante el reproche y mientras le señalaba la puerta, le dije.

—Amigo mío, si yo tuviese que vigilar la virtud de las mujeres, no me bastarían todos los días y todas las noches...

El hombre dando vueltas entre sus manos al sombrero, murmuró algunas palabras que no alcancé a distinguir.

Desde aquel día, siempre que he pensado en el episodio, no puedo por menos de reírme de aquella escena de vaudeville y de aquel marido engañado, digno de la pluma del famoso Courteline...



El coronel Bogado

Imagen de su patria fué Bogado,
y como ella, en su humildad, fué grande:
como una antorcha, sobre el viejo Ande,
resplandece su espada de soldado!

De San Lorenzo hasta Ayacucho un día,
sin vana ostentación, luchó esforzado,
abriéndose camino en la porfía
por libertar un mundo esclavizado.

Y tras rimar, con su sin par bravura,
la Epopeya más grande de la historia,
del silencio buscó la noche oscura...

Pero un siglo después, brilla su gloria,
Y hoy ved, por fin, cuán alto el "carpinchero" (1)
se iergue en su corcel de granadero!

Juan E. O'Leary

Asunción, diciembre de 1924.

(1) El coronel José Félix Bogado, natural del Paraguay, era en 1812 un modesto cazador de carpinchos de las islas del Paraná. Después del combate de San Lorenzo, en el canje de prisioneros, fué entregado por los españoles a San Martín, que lo dió de alta en el Regimiento de Granaderos a Caballo. Y en este Regimiento hizo toda la campaña de la independencia, hasta Ayacucho, de donde regresó a Buenos Aires, con el grado de coronel, al frente de los últimos heroicos soldados de su Regimiento.



EL VIAJERO

por

HENRIETTE LANGLADE

—¿No subes en el departamento de señoras solas?—preguntó Juan Beyrot a su mujer, que se disponía a subir a un vagón ordinario.

La señora de Beyrot le contestó sonriendo:

—No te gusta a ti.

En efecto: no le agradaban esos coches llamados de "señoras solas", ocupados generalmente por viejas gruñonas, que acogen hostilmente a las viajeras jóvenes y lindas.

—Ahora sube a Odette.

Juan Beyrot obedeció y colocó en el coche a la niña, para cuyos cinco años aquel viaje en tren constituía uno de los mayores encantos.

Beyrot daba a Luciana sus últimos consejos: lo que la nieta debía decir a la abuelita de parte de Juan, lo que Luciana y Odette iban a ver en la casita de Rennes, adonde Juan iría el domingo próximo sin falta para reunirse con ellos. A pesar de ello, Luciana no podía disimular su tristeza al separarse de su esposo.

Se acercaba la hora de partir. Llegaban presurosos los viajeros retrasados, los empleados cerraban las portezuelas, y al fin, la locomotora silbó y partió lentamente, arrastrando el resto del convoy. Luciana y Odette siguieron con la vista a Juan, que agitaba su pañuelo como despedida, hasta que el tren desapareció de su vista.

Entonces Luciana se instaló definitivamente.

Estaban solas en el departamento. Odette, arrodillada junto a la ventanilla, se recreaba viendo el paisaje. La madre abrió una novela; pero en vez de leer se puso a pensar.

Juan volvería ahora a su oficina de la calle de Reamur. Con el pensamiento to veía a su marido quitarse el sombrero y sentarse a la mesa de trabajo.

—¡Pobre Juan!—murmuró.—¡Cómo trabaja mientras nosotras nos divertimos!

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Pensaba que el domingo se reuniría con ellas en Rennes, y que su separación, la primera desde hacía cuatro años que se casaron, sería de pocos días. Después se puso a pensar en la querida abuelita, a la que abrazaría dentro de pocas horas.

El tren seguía su marcha veloz. Los rayos del sol de junio entraban por las ventanillas. Las estaciones pasaban rápidas, sin que el tren se detuviese.

—¡Sillé-le-Guillaume!—gritó un empleado.

El tren se detuvo en la estación casi desierta.

—Di, mamá — preguntó Odette, a quien el desfile del paisaje comenzaba a cansar.—¿Puede entrar aquí la gente con nosotros?

—Sí—contestó Luciana sonriendo;—pero tal vez no suba nadie a molestarnos.

Apenas dijo eso, la portezuela se abrió de repente y un viajero entró en el departamento. El tren se puso de nuevo en marcha. Luciana miró de reojo al recién llegado. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, bajo cuyo elegante traje gris se adivinaba al hombre fuerte y vigoroso, casi atlético. En su cara triangular, de pómulos salientes, lucía una mirada extraña, desconcertante.

—Odette, ven aquí. No seas traviesa.

—No la riña usted, señora—dijo el desconocido quitándose cortésmente el sombrero.—Yo adoro a las criaturas.

Odette, que había atropellado al viajero al pasar precipitadamente, le dirigió una de esas miradas de cariñosa gratitud con que las criaturas pagan toda solicitud hacia ellas. La madre se serenó y sonrió.

No tardó Odette en hacerse amiguita del viajero; tal vez un padre de familia, según pensaba Luciana, la cual no tardó en exteriorizar el pensamiento.

—En efecto, señora; tengo, mejor dicho, tenía una pequeña, rubia como la de usted—dijo el viajero acariciando con la mano la cabellera de Odette.

—¡Ah! — creyó oportuno contestar Luciana.

—¡Y pensar — siguió diciendo el hombre — que hay seres tan perversos que son capaces de hacer daño a estos querubines! ¡Un día, al volver a mi casa, me encontré a mi hija estrangulada! ¡Sobre la blancura de su cuellecito destacaban las huellas de los dedos del asesino!

Luciana sintió un escalofrío, e instintivamente se acurrucó en el rincón del coche.

—¡Debió de apretarla horriblemente!—siguió diciendo el desconocido.—¡Así!

Y sus manos enormes cogieron el cuello de Odette.

Luciana dió un salto y bruscamente cogió a la niña y la arrastró junto a sí como si un verdadero peligro la amenazara. Luego, avergonzada de su gesto instintivo, quiso excusarse; pero la voz se ahogó en su garganta. Los ojos del viajero parecían salirse de las órbitas. Luciana tuvo miedo. El viajero la contemplaba sin decir una palabra.

—Es pueril este miedo—se dijo.—Ni Odette ni yo corremos ningún peligro.

Y para probarse a sí misma su tranquilidad dijo con voz un poco temblorosa:

—Le compadezco a usted, caballero.

—Pues no es esto todo—prosiguió el viajero.—Yo tenía una esposa, hermosa y buena, una rubia como usted. También fué estrangulada aquel día por el mismo asesino.

Luciana sentía aumentar su angustia. El viajero paseaba por el departamento sin reparar en el espanto de sus compañeras de viaje, que en un rincón permanecían estrechamente abrazadas.

—Tengo miedo, mamá — murmuró Odette.

Luciana buscaba el timbre de alarma. Estaba al otro extremo del vagón. El tren pitó anunciando la estación de Laval. Aquella estridencia aguda hizo estremecer al viajero.

—Sí, señora—prosiguió con voz ronca.—Me estranguló a las dos. Sus manos asieron sus blancos cuellos inocentes hasta causarles la muerte. ¡Así!

Lentamente se acercó a las desdichadas. Luciana quiso gritar; pero sólo salió de su garganta un ronquido sordo.

—¡Sí! ¡También ella gritó así!

Sus manos se abatieron sobre el cuello de Luciana en el momento en que el tren se detenía. La portezuela se abrió violentamente y unos gendarmes seguidos de unos loqueros se precipitaron en el vagón y sujetaron fuertemente al desconocido después de una breve lucha.

Luciana vió cómo su compañero de viaje desaparecía arrastrado por los loqueros.

—De buena se ha escapado usted, señora — dijo uno de los gendarmes que asistía a Luciana, que estaba casi desvanecida.—Se trata de un loco que se ha escapado del manicomio.

—¿Pero esa historia de su hija y su mujer estranguladas?...—balbuceó Luciana.

—Es exacta. Ese hombre, en un arrebato de locura, mató a su mujer y a su hija...

Luciana no pudo oír más. Acababa de desmayarse.

Edmundo Montagne

(Soneto que encabeza el libro "Los más bellos poemas de Edmundo Montagne", recientemente aparecido).

Tiene Edmundo Montagne una cara de cura,
que sabe los pecados de su feligresía,
y tras de los anteojos de severa montura,
bondad le guiña un ojo y el otro picardía.

Cuando hubo de decirla, dijo su rebeldía;
devanó luego cosas de inefable ternura,
y se perdió por una galería
helada de misterio y de locura.

Ahora está como convaleciente,
mejor aún, como recién nacido;
mira y no mira el paso de la gente,

habla poco, se desliza sin ruido...
¡Nada más formidable que el torrente
que esconde bajo tierra su latido!

B. FERNÁNDEZ MORENO.

Estadística "movida"

Según él, un vals ordinario representa un trayecto de 1.200 metros.

Un bailarín sabio y estudioso se ha entretenido en calcular el número de kilómetros que se recorren bailando.

Las cuatro figuras de un rigodón, hacen recorrer a cada una de las ocho personas que toman parte en él, cerca de 2 kilómetros.

Para los bailes en parejas separadas, después del vals, están la mazurka, que representa 950 metros; la berlina, 900, la polka, 870, y el paso a cuatro piernas, 800.

En un gran baile que empiece a las diez de la noche y acabe a las cinco de la mañana, una persona que baile todas las piezas, no habrá dado menos de 28.000 pasos, lo que representa cerca de 19 kilómetros.

El estadista dice que estos datos son para los bailes antiguos de hace veinticinco años, pues las nuevas danzas de hoy son contorsiones y gestos que nada tienen que ver con el arte coreográfico

KAN.

Forma

(Del libro "Las horas alucinadas. Nocturnos y otros poemas", recientemente publicados por nuestro compañero de tareas Evar Méndez).

En tu cuerpo está toda la armonía del mundo:
te presentas, y un astro luce su luminaria;
miras, y en tus pupilas abre un gran mar profundo;
sonríes, y los ángeles dicen una plegaria.

Caminas, y parece que la Venus de Milo
hubiera desdeñado su envoltura marmórea;
hablas, y nuestro espíritu abandona su asilo
y en tu música vuela a una estrella hiperbórea.

Así vas por la vida orgullosa y selecta,—
sabiéndote suprema, imperial y perfecta,—
la aureolada cabeza despreciativa y alta.

Y por mi lado pasas despertando mi brío
y el cordaje del lírico, del loco laúd mío,
sin piedad, desalmada, porque el alma te falta.

Evar MÉNDEZ.

EL DELATOR

por E. GREVILLE

El camino estaba cubierto de nieve. Boris Alejandrovitch, pegado a las tapias de las quintas, pasaba como una sombra, envuelto en su grueso capotón de pieles. Sus ojos de águila miraban la cinta blanca que serpenteaba a lo lejos y que ningún obstáculo manchaba.

—Todo va bien—pensó—. Dentro de cinco minutos estoy allí. Lo único que siento es no poder fumar siquiera un cigarrillo... ¡Bah!... Ya me desquitaré.

Apuró el paso, porque el frío era muy vivo, y pronto llegó hasta una puertecilla negra que se abría en una pared grisácea. Apretó un timbre oculto entre los adornos de madera toscamente tallados, y esperó un momento. Oyó que por dentro corrían un pestillo y, antes de abrir, una voz murmuró:

—Varna.

—Preobajeusky—respondió Boris.

La puerta giró silenciosamente. Un hombre viejo, encorvado, saludó al que entraba, agregando:

—Eres puntual. Acaban de dar las once.

—¿Está Nofkine?

—Sí; ha llegado hace un momento; ¿traes todo?

—Todo y algo más que no esperaba: la lista del comité rojo.

—¿De veras?—dijo el viejo asombrado.

—Has trabajado fuerte, hermano. No se olvidarán de ti. Nofkine asegura que además de la prima recibirás otra cosa: un título nobiliario, tal vez... Hay que premiar a los fieles servidores.

—Pero expongo la vida. Si llegan a saberlo me descuartizan.—dijo Boris riendo.

—¡Bah!... No te apures; Nofkine tomará medidas; puedes contar con nosotros.

Los dos hombres atravesaron el jardinillo y entraron en una habitación espaciosa, que estaba a media luz.

Un joven alto, delgado, que escribía unas cartas, se levantó al verlos entrar y preguntó:

—¿Se ha encontrado algo?

—Sí; no falta más que dar el golpe. A la una es la reunión de mañana.

—Vamos, entonces. Su excelencia te espera.

—

El leñador, que agobiado por la carga, iba atravesando la Marienborg, se cruzó con un mendigo haraposo que se arrastraba penosamente, apoyado en un bastón.

—Hermano, una caridad por nuestro padrecito el zar.

—Hermano, perdona, por Dios. No tengo nada que darte. Pero si quieres un diablo negro, te lo daré.

A estas extrañas palabras, el mendigo se encorvó más y respondió:

—Preferiría un diablo rojo.

Y agregó en voz bajísima:

—Todo descubierto. Sólo Alexis Muchaelovesbech ha podido escapar; está en casa.

—¿Y tú?

—Esta noche salimos. Nadia se ha procurado dos pasaportes y Kirechevf ya está en la frontera. Contamos con los jefes de Plawno, Koolchif y Scadovitch.

—¿Se sabe quién ha sido el delator?

—Boris Alejandrovitch.

El leñador lanzó un juramento.

—¡Ah, traidor!... ¡Nos ha vendido!

—Por unos miles de rublos...

—Razón tenía Nikanor; era demasiado entusiasmo el suyo.

—Pero tendrá su merecido.

—¿Y si escapa?

—No escapará—dijo ferozmente el mendigo,—no escapará. Polski se encarga de eso.

Y viendo que se acercaban algunos transeúntes, agregó en voz alta:

—No importa, hermanito. Otro día me socorrerás... Que San Sergio y San Nicolás te paguen tus buenas palabras...

—

Entraba a tientas Boris en su habitación, cuando de pronto se sintió asido por los brazos.

Intentó gritar y una mordaza oprimió su boca. Fuertemente ligado, fué levantado en vilo; los agresores eran tres hombres de aspecto robusto, con la cara cubierta por un pañuelo negro. Con infinitas precauciones registraron todo el aposento. De una cajita oculta en un armario sacaron los billetes, monedas de oro, papeles.

Luego tomaron a Boris, uno por los pies y otro por la cabeza. El tercero llevaba una pequeña linterna.

—¿Estamos?—dijo el que parecía mandar.

—Sí.

Boris, con los ojos muy abiertos, lleno de espanto el corazón, miraba. Vió que uno de los hombres agarraba los billetes y los retorcía entre sus dedos nerviosos.

—El papel es firme—dijo a los otros—. Creí que no iban a servirme para el caso.

—Ponlos dobles—dijo el otro—. Hay bastantes.

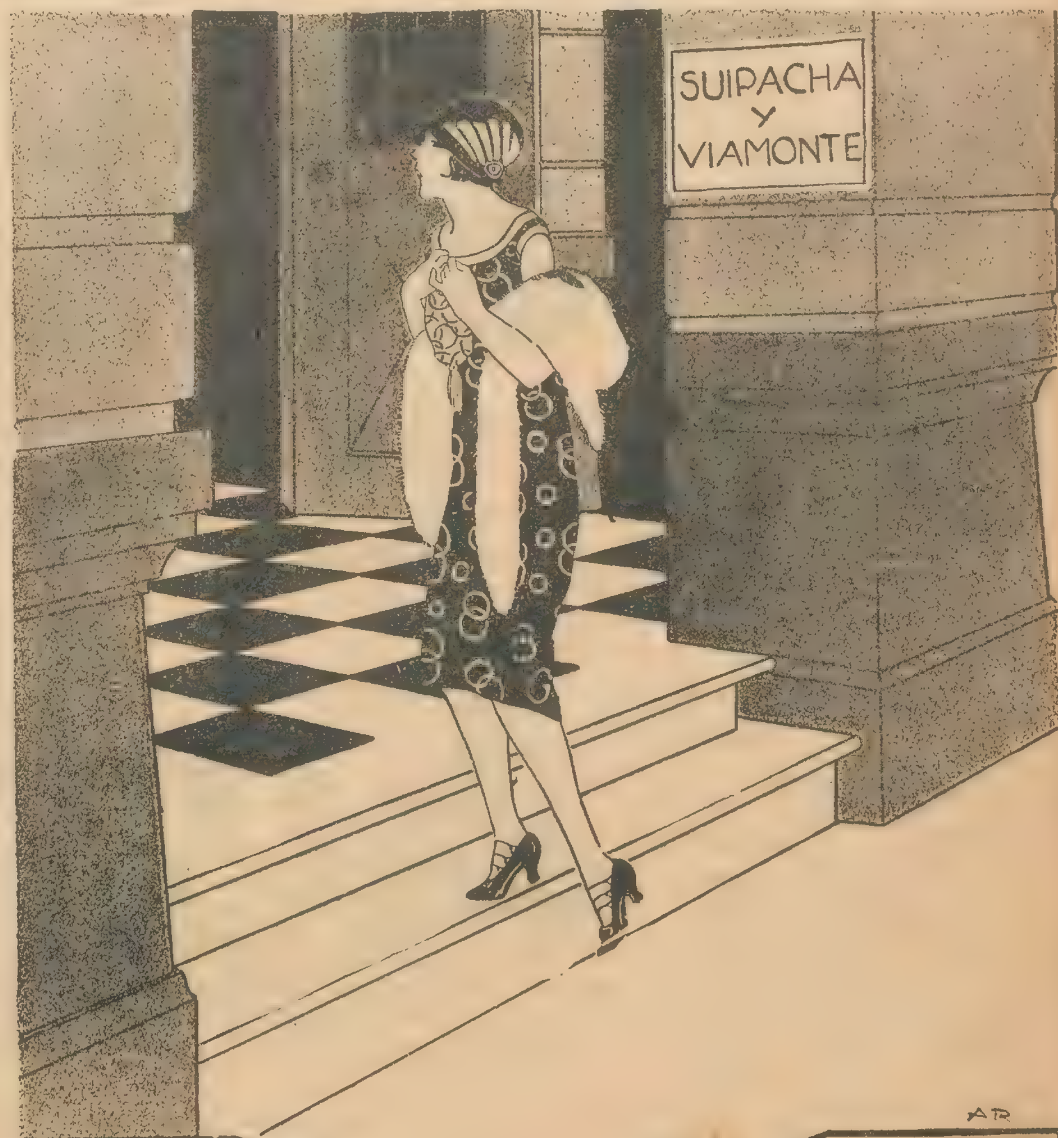
Demasiados—agregó el tercero—. Este Boris es buen negociante.

—Y Nofkine mejor pagador. Pero creo que se esperaba esto... y le saldrá barato el asunto. El mismo Boris se encargará de devolvérselos generosamente.

—Pero un poco contra su voluntad—dijo el de la linterna con una risotada—. ¿Qué te parece?—dijo acercándose a Boris—. ¿Quedará Nofkine contento de ti?...

.. ..

A la mañana siguiente, junto a la puertecilla negra, se halló el cuerpo de Boris, medio cubierto por la nieve. Atado fuertemente al cuello tenía un dogal que había servido para estrangularle... Un dogal extraño, hecho con billetes retorcidos, atados... Los billetes que habían servido de precio a la traición.



PAGINAS OLVIDADAS

COMBATE DE COWBOYS

por Teodoro ROOSEVELT

Los homicidas de profesión u "hombres malos" son a veces ladrones de caballos o salteadores de caminos; a menudo, también son una y otra cosa al propio tiempo. Algunos, como los *cowboys* de Texas, llegan a ser habilísimos en el manejo del revólver, su invariable medio de hacerse respetar; pero, en terreno descubierto, un hombre armado de rifle les lleva siempre ventaja, gracias a la superioridad de su arma, a menos que los adversarios estén demasiado cerca. Uno de estos individuos, por ejemplo, mata a un hombre defendiéndose; a raíz de esto adquiere cierta reputación y todos los valentones de la comarca llegan a considerarlo como un rival, y cifran su punto de honor en hacerle desaparecer, de manera que, desde ese momento, tiene que estar continuamente en guardia, aprender a empuñar inmediatamente su arma y a tirar con buena puntería. Lo primero es más importante aun que lo último. Y probablemente tendrá que matar y seguir matando para salvar la vida.

Algunos no sacan su valor sino de la confianza en su destreza o en su fuerza. Probadles una sola vez que han tropezado con su maestro, y en seguida se tornan de una cobardía abyecta. Otros tienen nervios de acero, y harán frente a cuantos se les presenten. Una muerte cierta no les hará retroceder un palmo.

Durante mi permanencia en una ciudad, produjose una batalla furiosa. Un bandido conocido, nativo de Arkansas, se había encontrado envuelto en una disputa entre gente de la misma especie: dos irlandeses y sus cuadrillas. Durante varios días, los tres vagaron por las calles infestadas de "salones" de aquella pequeña villa vociferante, de tabas y lona; cada uno de ellos trataba de ganar ventaja, es decir, de poder tirar primero. Los demás habitantes contemplaban esta camorra con agradable curiosidad, sin que nadie pensara en intervenir. Por fin, uno de los irlandeses halló el punto débil de su adversario mientras éste se dirigía a una infernal casa de juego; hizo fuego y le rompió la espina dorsal al nivel del arranque de las piernas, y sin embargo, aquel hombre estropeado, herido mortalmente, se volvió al caer, hacia su enemigo, y lo dejó muerto de un tiro. Entonces, comprendiendo que no le quedaban sino pocos instantes de vida, y esperando que su otro adversario acudiría al ruido de las detonaciones, se arrastró a fuerza de brazos hasta la calle; como lo había previsto, el otro apareció... y también lo dejó muerto de otro tiro. El vencedor no sobrevivió veinte minutos. Como en la mayoría de estos encuentros, todos los que murieron merecían su suerte.

Entre los recuerdos que me ha dejado un experimento no muy prolongado, sólo figura un hombre muerto en esta especie de combates, y cuya muerte haya sido lamentada: lo mató un europeo. Casi siempre, la gente se alegra al saber que uno de los adversarios ha quedado en el terreno: lo único que lamenta es ver sobrevivir al otro.

Un combate curioso a tiros de revólver y que ocurrió en Medora, merecería ser contado por Bret Harte. Se produjo durante el verano de 1884, si no recuerdo mal, a menos que no haya sido al año siguiente. No fuí testigo de la lucha, pero vi a los dos adversarios inmediatamente después. Oí los tiros, disparados en un "salón" mientras yo me hallaba en el río haciendo nadar mi caballo, y con la carabina en el aire para no mojarla. No daré los nombres exactos de aquellos hombres, pues no sé exactamente lo que ha sido de ellos, aunque, según me dicen, uno, no sé cual, ha sido encarcelado o ahorcado.

El primero era un dueño de "salón", conocido bajo el apodo de Welshy (el galense). El otro, un tal Hay, estaba disgustado con él desde hacía algún tiempo. Cierto día, Hay, que había sido vencido en la lucha cuerpo a cuerpo por uno de mis *cowboys*, y que estaba de pésimo humor, entró en el "salón" del otro, y se mostró muy agresivo. La disputa fué haciéndose cada vez más violenta; de repente Welshy empuña su revólver y hace fuego sobre Hay. Éste vacila un poco, se sacude, tiende la mano, y presenta la bala al que había querido matarlo, diciéndole:

—Aquí está tu bala, muchacho.

La bala se había deslizado sobre el esternón y penetrado en el cuerpo, para salir por el hombro, y como ya había perdido toda la fuera, cayó en la manga, y de ésta en la mano.

Al día siguiente, el diario local, que llevaba como título glorioso *El Cowboy de las Tierras Malas*, registró el acontecimiento en el lenguaje sin precisión que estilaba en esos casos, hablando de un "deplorable incidente" entre "dos de nuestros más estimados conciudadanos". El director era un buen muchacho, había hecho sus cursos en un colegio, era notable jugador de pelota, se oponía con la mayor energía a las malversaciones, pero, como todos los directores de periódicos de las pequeñas ciudades del oeste, era amigo de ambos combatientes en todas las peleas que se producían.

Aquel invierno estuve ausente, y a mi regreso pregunté a mi capataz, antiguo y excelente camarada, lo que era de cada uno de mis amigos. Entre ellos pregunté por cierto predicador ambulante que había ido a recorrer la comarca, buen hombre pero colérico. Después de un momento de silencio, el relámpago del recuerdo brilló en los ojos de mi interlocutor.

—Ah, sí, el cura—dijo,—pues... le dió a un hombre un hachazo en la cabeza, y está preso.

Aquel era, sin duda, un procedimiento sobrado expeditivo para hacer entrar en razón a un feligrés obstinado.

Otro conocido había tenido la misma suerte. Habíase puesto en marcha para abandonar el país, pero lo alcanzaron en Bismarck, y lo encarcelaron, sin duda por alguna cuestión de principios, pues no oí decir que se hubiera hecho culpable de ningún crimen particular.

El capataz desarrollaba a veces su teoría acerca de las conveniencias.

Recuerdo que un día se opuso valerosamente a la proposición de linchar a cierto francocanadiense que vivía en una choza, bastante lejos río arriba desde que los primeros blancos habían llegado a la comarca, pero a quien se sospechaba de ser ladrón de caballos. Su argumento principal contra la proposición no era la inocencia del hombre, no, sino que no era justo, sin duda alguna—decía,—¡ahorcar a un hombre que era vecino tan antiguo!

A veces tenemos risibles refriegas. Había un individuo enorme, nativo de Missouri, apodado el Sollo, ex guarda de un depósito de leña para los vapores. Como la mayoría de sus colegas, no era fácil de manejar, y aunque no dejaba de ser agradable cuando se hallaba en ayunas, no podía menos de pelear en cuanto había bebido. Un día, durante una calaverada, anunció su intención de pulverizar a toda la población de Medora, procediendo por series; y comenzó a cumplir su compromiso con energía y con loable imparcialidad. Alcanzó la victoria sobre dos o tres ciudadanos eminentes, los primeros que encontró, y en seguida atacó a un caballero que se llamaba Billy Pavo-Frío. En circunstancias ordinarias, Pavo-Frío, aunque bastante robusto, no hubiera podido hacer frente al Sollo, pero éste estaba todavía muy borracho, y además se había cansado en los combates anteriores. De modo que Pavo-Frío pudo tirarlo al suelo, ponérsele encima, asirlo de la garganta y estrangularlo con una mano, mientras con la otra le golpeaba la cabeza con una piedra triangular. El resultado de la lucha no parecía dudoso a los espectadores, pero Pavo-Frío calculaba con mayor exactitud la fuerza de resistencia de su adversario, y pronto pareció ser de la opinión del cazador aquel que, habiendo tomado un gato montés, rogaba y suplicaba a su compañero que le ayudase a *soltarlo*. Pavo-Frío, sin dejar de golpear con todas sus fuerzas, gritaba con voz lamentable:

—¡Sáquenme de aquí, camaradas, en nombre del cielo, que me mata de cansancio!

¡Cómo resistir a tan quejumbroso llamamiento! Los concurrentes abandonaron su actitud de neutralidad trocándola por la de la intervención armada.

Yo siempre he sido tratado con la mayor cortesía por los *cowboys*, sea en los rodeos, sea en el campamento; y los bandidos que he visto, fueron también perfectamente corteses. En resumen, sólo se me ha tirado un tiro con mala intención. Fué en una circunstancia que me condujo a pasar la noche en un pequeño hotel de la frontera, cuyo *bar* ocupaba todo el piso bajo. Esta habitación, era, pues, la única en que se podía permanecer, estuviera el parroquiano en ayunas o ebrio. Mi adversario no era un *cowboy* ni un hombre malo, propiamente dicho, sino un bribón de la especie más común y trivial, que acababa de atemorizar a los ocupantes de la sala, en su mayoría cuidadores de ovejas y pequeños chacareros. Como yo llevaba anteojos y le parecí dispuesto a evitar la disputa, creyó—y se equivocó,—que soportaría pacientemente una afrenta.

La primera refriega seguida de muerte que se produjo en nuestra ciudad después de la llegada de los criadores, y cuando comenzó la colonización regular, ocurrió entre un escocés y un hombre de Minesota; este último era un criador en pequeña escala. Ambos habían ganado concursos de tiro, y tenían una historia ruidosa. El escocés, valentón conocido, era el más atrevido, pero tenía la cabeza demasiado caliente y el porte demasiado altanero para ser un rival digno de su adversario, hombre de ojos grises y rasgos duros. Después de una disputa furiosa y de amenazas de violencia, el escocés montó a caballo, y empuñando la carabina, corrió a la puerta del rancho de barro inclinado a orillas del río, que servía de habitación al



americano, pero fué muerto de un tiro por este último, que se había embboscado detrás de un ángulo del edificio.

Más tarde abrí un baile de *cowboys*, con la mujer del vencedor en este combate. El marido me hacía vis-a-vis. Bailábamos lanceros, y él sabía todas las figuras mucho mejor que yo. Con un poco de práctica hubiera podido bailar un minuet. Esta escena me recordará siempre la del baile en que la heroína de Bret Harte bailó hasta media noche con el hombre que había muerto a Sandy Magee... Pero aunque allí hubiera gran número de individuos que habían muerto cada uno a su desgraciado Sandy Magee, no figuraba ninguna Lily Poverty Flot.

Un viejo y verídico adagio de la frontera dice que la frontera es dura para las mujeres y el ganado. Hay algunas excepciones notables, pero, por regla general, la vida pasada en el desierto o a su orilla, hacen desaparecer bien pronto la flor de la belleza femenina, mucho antes de que pase la juventud.

En la época en que la mujer de la frontera se hace madre, es una criatura musculosa y angulosa, con labios delgados y fruncidos, frente arrugada y chata. Pero posee cien cualidades que la hacen perdonar su falta de gracia. Es buena madre, activa ama de casa, siempre ocupada en ordeñar, lavar, cocinar, para su marido y sus hijos, robustos mocetones. Es fiel a su esposo, y como verdadera americana, exige de él la misma fidelidad. El peligro no la espanta; ninguna privación, ni la miseria misma la asustan. Que habite en las montañas una choza de troncos de árbol calafateados con musgo, en un cuartujo de adobe en la pradera desolada o en un simple campamento momentáneo, o en las carretas con toldo blanco de lona, formadas en círculo protector junto a una aguada, siempre se encuentra en su casa... Con un vestido desteñido, abrigando la cabeza bajo un horrible sombrero, lleva a cabo valerosamente su tarea, resuelta, silenciosa, sin quejarse jamás. Sus hijos crecen como la suerte quiere. Hasta pequeñitos, tienen el aspecto de ser capaces de defenderse por sí mismos.

La mujer de uno de mis carreros, que vivía en un pequeño campamento anexo, acostumbraba a cuidar de que sus hijos más chicos y turbulentos estuvieran al abrigo de todo accidente, por un procedimiento que consistía en atarlos a una estaca. Cada chico quedaba ligado por una pierna, con una larga correa de cuero, a una estaca clavada en el suelo, de modo que les era imposible, tanto reunirse con los demás, como acercarse a ningún objeto frágil.

La mejor cortadora de *ternos* de badana que yo haya conocido, era, si no una mujer que respondiese al tipo completo de la frontera, por lo menos una persona que había alcanzado su completo desarrollo en aquella región. Hacía a la perfección blusas de caza, polainas y guantes. Cuando la conocí, vivía sola en una cabaña en mitad de la pradera, pues había despedido a su marido del modo más expeditivo del mundo. No poseía únicamente cualidades notables desde el punto de vista de la inteligencia y de la destreza manual; tenía también un sentido muy claro de la justicia, aun con respecto a los indios, sentido que no siempre se halla en la gente de la frontera.

Cierta vez que fuí a encargarle una blusa de caza, hecha de badana, encontré en su choza tres Sioux, y compré a su guía, llamado *Toro núm. 1*, una tabaquera muy lindamente adornada con púas de puerco espín. La mujer les había preparado una comidita, y ellos le dieron en pago un cuero de gamo.

Trabamos conversación, y la mujer me contó que, pocos días antes de mi visita, un hombre blanco, procedente sin duda de Deadwood, había pasado por allí y tratado de robar los caballos a los indios. Estos, más vivos que él, lo persiguieron, lo alcanzaron, y lo redujeron y llevaron de nuevo a su choza.

—Les dije que fueran a ahorcarlo inmediatamente, y que yo no diría una palabra—agregó la mujer,—pero lo dejaron marcharse, después de haberle tomado la escopeta. No es más razonable robar a los indios que robar a los blancos, y yo desearía que estas cosas no pasaran en los alrededores de mi rancho. ¡No, señor! ¡y voy a devolverles el cuero de gamo que me han dado para pagar la comida y demás!

Le dije que todos deseábamos hacerla *sheriff* y agente de los indios. Obligaba a los indios, y también a los blancos, sobre este punto, a conducirse bien y andar derechos, sin soportar el menor indicio de rebelión; pero tenía un enérgico sentimiento de la justicia.

Los bailes de *cowboys*, de que ya se ha hablado, son siempre grandes acontecimientos en las ciudades en que se celebran. Se dan, por lo común, cuando la revista (rodeo) se hace en los alrededores. Son invariablemente dirigidos con el mayor decoro; nunca se toleraría una actitud inconveniente. A menudo se cuenta con un maestro de ceremonias (bastonero), elegido teniendo en cuenta su musculatura tanto como su inteligencia. Indica en alta voz las figuras de las cuadrillas, de tal modo, que los más inexpertos puedan salir airosos, y restablecer el orden, si el caso llega; a veces nos es permitido, y a veces se nos prohibe llevar revólver. La composición de la orquesta depende, naturalmente, de la importancia de la localidad.

Recuerdo un baile que estuvo a punto de fracasar porque nuestro violín, un mestizo, había ido a pescar un ''balazo'', según la expresión del indignado maestro de ceremonias.

Pero todas estas cosas no son más que simples incidentes en la vida de un *cowboy*. Es completamente inicuo juzgar de la clase entera por lo que hacen algunos individuos durante dos o tres días pasados en la ciudad, y no por los largos meses de trabajo penoso y honrado que constituyen el régimen común a todos ellos. Para apreciar con justicia sus bellas y viriles cualidades, hay que ver al rudo *rough-rider* en su rancho. Allí es donde pasa sus días, allí es donde se entrega a sus cuotidianas ocupaciones; allí es donde, cuando la muerte se presenta, la mira cara a cara como ha mirado otros tantos peligros, con valor tranquilo, sin proferir una queja. Valiente, hospitalario, duro para el trabajo, y atrevido, es el rudo pioneer de nuestra raza, prepara los caminos a la civilización, ante la cual él mismo tendrá que desaparecer.

Por ardua y peligrosa que sea su existencia, ejerce una violenta atracción que activa su valor audaz y libre. Habita países solitarios que atraviesan los largos meandros de los ríos poderosos encajonados entre escarpadas orillas, donde la pradera se extiende formando vastas llanuras de césped que ondulan como olas, sin otro límite que el horizonte azul, y en las que puede galopar a caballo durante días y semanas enteras, sin encontrar un hombre a quien hablar, sin que la menor colina sobresalga de la superficie nivelada, en que la gloria y los fulgores de las espléndidas puestas del sol iluminan la bóveda azul de los cielos y la comarca chata y parda, hasta que al fin se funden juntas en un océano de llamas y de fuego.

Una ascensión trágica

Por

Ildebrando BENCIVENNI

—¿Una ascensión sin guía? ¡Pero eso es una locura!

—¿Por qué? — dijo Jorge Albrida, levantando los ojos del diario que estaba leyendo. — ¿Acaso no estamos en la época de las locuras? Y, además, ¿podrías decirme, Bianchi, lo que es la sabiduría?

—¡Ah! esto sí, — aprobó la persona que había hablado primero: un hombre alto y delgado, que fumaba cómodamente recostado en un sillón. —¿Quién reconoce la sabiduría ahora? ¡Se han transformado tanto las ideas! Cada uno juzga las cosas desde su punto de vista.

—Perfectamente — repuso Albrida. —Pero en el fondo, la sabiduría es muy fastidiosa. Ser razonable quiere decir hacer siempre las cosas fríamente, después de haberlas discutido mucho, de haber calculado largamente las consecuencias y de estar seguros de que no arriesgamos nada. Y sin peligro, nunca podremos procurarnos algún placer; esto es la verdad. Los perezosos que se quedan en casa no aspiran a otra voluptuosidad que la de dormir. Afrontan el peligro durmiendo.

—¿Y acaso la vida no es un sueño? —dijo Lorenzo Naldi, que hasta entonces había escuchado en silencio.

—Si nos vamos a lo trascendental, ¡buenas noches! — replicó Albrida. —Yo he creído siempre que el hombre debe ser guía de sí mismo, tanto en la montaña como en el llano. Dad al poeta un guía y le faltará la sensación más fuerte, más preciosa.

—Albrida tiene razón — confirmó Naldi. — Yo también quiero ir con usted. ¿Me acepta? Al menos, seremos dos.

Albrida vaciló un segundo; luego dijo con fina sonrisa:

—¿Por qué no? Acepto.

—¡Solos en la montaña! — exclamó Bianchi. — ¡Debe ser espantoso!

—Será simplemente admirable — contestó Albrida. — Mira: hablamos de soledad y no la conocemos. La nuestra es una ilusión subjetiva. La vida va siempre a nuestro lado. ¡Pero allá arriba! Esa es la verdadera soledad, el verdadero silencio. Cimas inaccesibles, abismos que los ojos no pueden sondear... La blancura de las nieves eternas, el azul del cielo y también el fragor de la tempestad, hermosa y terrible.

—Cuando van dos, siempre están solos — insistió Naldi. — más todavía: nos sentimos débiles, desarmados ante el peligro; y de ahí la suprema audacia de afrontarlo y el gozo de la victoria. Y podemos estar solos de un momento a otro. Una ráfaga, una grieta, cualquier cosa puede separarnos.

Todos callaron estremecidos ante la visión que evocaban las palabras de Naldi.

—¿Así que — continuó éste — acepta mi compañía, verdad? Escuche: no quiero — y al decirlo vibró toda su energía, — no quiero, repito, que sea una broma. Iremos. Ambos somos de aquellos que a nada tienen miedo.

Albrida aprobó simplemente con un gesto, y Bianchi exclamó, riendo:

—Mejor; así escribirás tus impresiones. Espero una novela, ¿eh?

—Todo es posible — repuso Naldi con indiferencia.

Los dos alpinistas habían comenzado la ascensión del Giomein. Albrida estaba muy contento; en cambio, su compañero guardaba sombrío silencio. Apenas, de vez en cuando, respondía con un monosílabo a las preguntas de Albrida. El día era espléndido y la ascensión fué al principio deliciosa.

—Allí me gustaría llegar — dijo señalando un alto pico cubierto de nieve. Parece el pedestal de un monumento fantástico. Sólo falta un ángel con las alas extendidas.

Naldi contemplaba el pico nevado.

—El ángel está — dijo, — y lo veo bien. Es el de la muerte.

Albrida lo miró como diciendo: ¡Vaya una ocurrencia!

Al llegar al albergue del Giomein, se desayunaron con gran apetito.

Naldi escribió varias cartas y Albrida se quedó charlando con otros alpinistas.

—¿Hasta dónde van ustedes?

—Lo más arriba posible.

—Con un buen guía que les oriente, naturalmente.

—No, ninguno. Conocemos el camino.

Y en estas palabras ponía tal acento de seguridad, que nadie podía dudar que no fuesen sinceras.

Después de dos horas de camino habían llegado a lo alto de una roca. El frío les hacía estremecer ligeramente.

—¿No le parece — preguntó Naldi a su compañero — que un duelo aquí entre dos hombres que aman a la misma mujer, tendría un singular atractivo?

—¡No tengo armas! — gritó Albrida, presa de un súbito terror, apretando convulsivamente el puño de su bastón de hierro.

—¡Yo tampoco! — repuso Naldi, con una sonrisa indefinible. — Bastan los brazos. Una lucha cuerpo a cuerpo. Veremos cuál de los dos cae al abismo...

Y dejando el bastón en el suelo, se precipitó hacia su compañero.

Albrida vaciló, intentó substraerse al asalto, pero se sintió asido fuertemente por los hombros. Y los dos cuerpos lucharon breve rato, cayeron, y fueron rodando hasta el abismo...

En Giomein se esperó su vuelta, y los guías salieron a buscarlos. Los encontraron en un precipicio, estrechamente abrazados.

El libro de memorias de Naldi reveló el misterioso drama.

Una anécdota de Clemente Onelli

Por OSCAR R. BELTRAN

En mi reciente viaje a Villa Dolores, la ciudad risueña qué se alza al Oeste de la serranía cordobesa, hacia el lado del Champaquí, tuve oportunidad de visitar la Escuela Normal, especialmente invitado por su director don José María Barzola.

Después de recorrer algunas clases, en las que pude admirar la excelente disciplina de los alumnos y la meritoria obra educativa de los profesores, llegamos a un pabellón casi en ruinas, separado del resto del edificio, donde el profesor de historia americana, don Ernesto Arrieta, ha instalado un curioso museo, muy rico en documentos y cacharros indígenas; museo que desde hace tiempo viene atrayendo las miradas codiciosas de algunas instituciones nacionales y de no pocos estudiosos.

El profesor Arrieta, entregado de alma a su obra, cuida todo aquello con esa pulcritud que caracteriza a todo coleccionista. Aquellos trastos son para él lo que las talegas de oro fueron para el viejo Sylock... ¡Era de ver el entusiasmo con que nos hablaba, el maestro al explicarnos la historia y procedencia de cada una de aquellas piezas!...

De pronto llamó mi atención un lugar vacío en cierto estante reservado a reliquias de gran valor histórico.

—¿Qué había aquí, profesor?...

En los ojos del maestro sorprendí una nube de melancolía, como si mi pregunta hubiese llevado a su memoria el recuerdo de un hecho doloroso...

—Aquí estaba — me respondió, con voz temblona — un vaso de cristal; un vaso antiquísimo, rudimentario, que había sido utilizado por el Padre Brochero, aquel Apóstol del Oeste serrano, para bendecir las aguas de Mina Clavero... Para mí, era la pieza más querida de todas. Ya sabe usted cómo vive en nuestros corazones el afecto hacia aquel fraile que, a fuerza de heroísmo, levantó en plena serranía un baluarte de cristianismo y de civilización...

—¿Y qué pasó con aquel vaso?...

—Hace algunos años visitó este pueblo don Clemente Onelli. Por aquellos tiempos había aquí una gran revuelta estudiantil y la Escuela Normal estaba clausurada. Onelli, curioso, inquieto como de costumbre, quiso visitar mi museíto del que ya tenía noticias. Vino una tarde en ausencia mía, lo vió todo, lo revolvió todo, tomó una serie de apuntes y cuando llegó a este rincón, se enamoró del vaso que aquí había. El profesor que lo acompañaba dióle las explicaciones del caso... y él se intersó cada vez más por aquela reliquia...

—¿Y?...

—Pasó mucho tiempo y un día, con la sorpresa que usted imaginará, descubrí que el vaso había desaparecido. Nosotros no nos explicábamos cómo pudo haber salido de aquí. Hasta que una tarde, ojeando los diarios de Buenos Aires, leímos un discurso de don Clemente, — una de sus características piezas oratorias tan interesantes, tan llenas de anécdotas — con motivo de inaugurar la fuente surgente del Jardín Zoológico de aquella capital. A las aguas de aquella fuente se le atribuyen no sé qué virtudes minerales y la ceremonia consistía en dar a beber los primeros tragos al presidente de la República que asistía al acto. Onelli, en su carácter de director del Zoológico, era quien debía oficiar de Samaritana. Mi estupor no tuvo límites cuando hacía el final del discurso, leí que Onelli le hacía al primer mandatario la historia del recipiente en que iba a beber,.. y era nada menos que el vaso que nos faltaba!!... Nuestro vaso!!!...

Lo vi tan desconsolado al maestro, que le prometí gestionar, a mi regreso a Buenos Aires, la devolución del vaso aquel que tanto echaban de menos en el museo de Villa Dolores... Aunque confieso que, en mi fuero interno, no dejaba de causarme gracia esta humorada de don Clemente... y que me perdone don Ernesto Arrieta.

Ya me disponía a escribirle al querido "gringo" contándole las angustias que tras sí había dejado en aquellas serranías, cuando nos sorprendió la noticia dolorosa de su muerte.

Y mientras comentábamos, pesarosos, la desaparición del más "criollo de los gringos", Arrieta me preguntaba una vez más...

Y ahora... ¿será posible que nos devuelvan el vaso?...

Villa Dolores (Córdoba), noviembre de 1924.

"BIER-HAUSE"



—¡Caballero! ¡El amigo que usted esperaba acaba de ser atropellado por un automóvil.

—¡Voy en seguida! Mozo: en vez de dos "chops", ponga uno solo.

Una historia de gorriones

Por PEDRO VALDAGNE

En una callejuela tranquila, existe un inmueble bastante bello. Es una casa burguesa que tendrá unos sesenta años. Está provista de balcones hasta la altura del quinto piso. Después, la fachada se inclina ligeramente hacia atrás y tiene ventanas, y delante de cada una de estas, hay una pequeña terraza, una de las cuales se destaca de las otras por hallarse abundantemente florecida.

Pertenece a la habitación que ocupa la señorita Teresa Groslión primera vendedora en el establecimiento de modas de las "Hermanas Rallot".

La señorita Teresa, gana bastante dinero, pero es prudente y económica. Piensa en el porvenir y desea ahorrar, lo antes posible, una suma determinada a fin de descansar cuando los años no le permitan trabajar con el mismo ardor.

Por eso vive sencillamente, sin pensar ni en matrimonio,—no ha encontrado aún el hombre que la agrade,—ni en aventuras, que la repugnan.

Tiene un alma poética y adora las flores. Las cultiva en su pequeña terraza; ama sus colores y su perfume, siente envidia por los que pueden poseer grandes jardines. Sus amigas le gastan bromas, llamándola "Juana, la Obrerita" y acusándola de perder lastimosamente el tiempo.

Pero Teresa Groslión las deja decir. No persigue los mismos propósitos que ellas. No tan sólo cultiva sus flores sino que ha adoptado una bandada de pequeños gorriones a los que distribuye miguitas de pan, todas las mañanas.

Esto ocurre a la hora en que antes de partir para su rudo trabajo toma el desayuno. Lo toma mirando sus flores y mirando disputarse la comida a sus pensionistas, que pían alegremente. Luego parte para la ruda batalla que por la existencia se libra diariamente en las grandes ciudades.

Pero, desde hace algún tiempo, con gran sorpresa, nota que los gorriones le son menos fieles. Acuden en menor número; se han hecho menos fáciles de contentar y las migas de pan no les gustan ya como antes.

Teresa está admirada; se indigna y trata a los pájaros de caprichosos. ¿Acaso proceden de ese modo porque han encontrado en otra parte manjares más apetitosos?

Y preocupada por este pequeño incidente de su vida se pierde en conjeturas, más o menos filosóficas.

—¡Sólo tengo veintidós años—murmura—y mi experiencia es la de una vieja!

Al lado de la pequeña terraza de la señorita Teresa Groslión hay otra que no tiene ni una flor y que corresponde a la ventana de la habitación que ocupa Nicolás Persil, joven arquitecto.

Nicolás Persil, no es rico, pero no parece preocuparse mucho por ello y si se le interroga acerca de su indiferencia a ese respecto, responde que tiene la plena confianza de que no tardará en sonreírle la fortuna.

Ahora bien, el que colocado en un punto bien elegido obsérvase lo que ocurre en la terraza de Nicolás Persil descubriría que todas las mañanas a las 6 y 30 el joven coloca una buena cantidad de cañamones, alpiste y maíz partido, menú muy atrayente para cualquier gorrión y por eso acuden allí en cantidad, sin preocuparse de las migas de pan con que los obsequia la señorita Teresa, a las 9 de la mañana.

Los gorriones, como los hombres y las mujeres practican la ingratitud. Por eso abandonaban aquellos a la joven que tuvo, la primera, la idea de obsequiarlos, y les enseñó el camino de la casa.

Llegó su curiosidad a intentar conocer la causa de aquel cambio y realizó una observación minuciosa.

Primeramente notó la cantidad de granos que había en la ventana de su vecino. Luego espió a éste; primero a las 8, luego a las 7 y por fin lo sorprendió distribuyendo la comida a las 6 y 30.

En aquel momento los pájaros acudían desde todos los tejados vecinos y picoteaban alegres, sin pensar el dolor que con ello causaban a Teresa, quien al ver aquello se declaró vencida.

Como una consecuencia inmediata sintió que en su corazón se despertaba un odio profundo por Nicolás Persil, quien sin razón alguna destruía una de las limitadas alegrías, de sus inocentes entretenimientos de joven soltera.

Pero Teresa Groslión, por muy sentimental que fuere, no carecía de combatividad. No consideró suficiente aquello de detestar a su vecino. La injusticia de su modo de proceder la exasperaba: quiso hacer saber a aquel arquitecto lo que sentía hacia él y resolvió que en la primera oportunidad que se le presentase le manifestaría netamente su opinión respecto a su desleal maniobra.

¡Ya verían si después de hablar con ella tendría valor para robarle a sus alados amiguitos!

La ocasión se presentó un domingo. Teresa regaba sus flores, cuando apareció en su ventana Nicolás Persil. Era un muchacho de atrayente aspecto. Envolvió a la joven con una mirada, que cualquier observador hubiera calificado de todo, menos de indiferente. Pero Teresa no vió en ella más que ironía.

La joven, al verlo, dejó la regadera que tenía en la mano y se acercó a la verja que separaba las dos terrazas.

—¡Señor!—exclamó con voz que la ira hacía temblorosa.—Yo no le conozco a usted... Ha sido la portera quien me ha dicho cómo se llama... Pero usted me ha causado un gran dolor... Yo no ignoro que esos pajaritos a quienes yo cuidaba cariñosamente prefieren sus golosinas, a las pobres migas de pan que yo les ofrecía...

Y el discurso prosiguió así, vehemente, lleno de convencimiento y de indignación.

Persil no respondía. Parecía como si esperare aquellas acusaciones. Escuchaba con tranquilidad y de vez en cuando sonreía, lo que era causa suficiente para que Teresa se indignase más aún.

Sin embargo, hubo un momento en que la joven tuvo que callarse y entonces Persil, tomó la palabra.

—Señorita,—comenzó.—Esta escena que hace usted ahora, la he provocado yo intencionalmente. Yo he tratado, de ex profeso, atraerme a sus pajaritos. Deseaba saber si usted tenía un carácter firme y voluntario y si sabía, llegada la ocasión, defender sus derechos, porque a mí no me gustan las personas que ceden con facilidad ante las contrariedades de la vida.

Si he querido, de este modo, probar su carácter es porque hace muchos meses que la miro... que la observo..., y todo porque me encanta usted.

Hoy nos hablamos por primera vez. Tengo la certidumbre de que la amo... ¿Quiere usted que unamos nuestras existencias? ¡Yo tengo fe en el porvenir y sabré hacerla feliz!

Lo brusco de la declaración, su franqueza y también la llama que iluminó la mirada de Persil, emocionaron repentina y profundamente a Teresa quien no supo qué responder..., ni atinó a retirar la mano que el joven había tomado entre las suyas, un poco temblorosas.

Tal es la historia, que data de treinta años y que acaba de referirme la señora de Persil. Esta dama de cabellos grises es Teresa Groslión, la esposa de Nicolás Persil, el arquitecto hoy célebre, y puso en su relato tanta gracia y emoción que me impresionaron.

He aquí por qué cuento esta historia sencilla y tierna para que al leerla olvidéis un poco los relatos truculentos que se leen a diario.

Compasión

Nadie se preocupa de cerrar la jaula;
si el triste canario ya se está muriendo;
si ya no es posible que el pobre se escape
volando a los cielos.
Cuando agonizaba,
cuando era un copito de seda latiendo,
todo esponjadito
el plumón del pecho,
por ver si tornaba
la vida a su pobre cuerpecito trémulo,
lo arrancaron un punto a su exilio,
lo llevaron a un árbol del huerto,
y con flores del árbol florido
un nidito fragante le hicieron.
Lo dejaron allí; si sabían
que aún estaba preso;
que no iba a escaparse, que estaba ¡tan débil!
el pájaro enfermo.
Luz del día, aura fresca, perfumes
y trinos alegres de pájaros sueltos...
quizá lo reanimen;
quizá el verse libre le dé vigor nuevo.
Qué dolor despierta
verle así, sufriendo;
con la cabecita
hundida en la seda del plumón del pecho.
Si la luz, si el aura, si el perfume, el trino,
le dan vigor nuevo...
Sin su canto, está el patio tan triste,
tan hondo el silencio...
Oh, si el verse libre
lo salvara al pobre pajarito enfermo.
Que así, con la jaula vacía, este patio
parece desierto...

Alberto LARRAN DE VERE.

EL REY ENERGICO Y EL VASALLO PORFIADO

Curioso origen de un título de nobleza

Un rey de España que gobernó con el nombre de Carlos V exigía, no sólo a los que se le aproximaban por azar, sino también a los señores de su corte, la mayor deferencia y el más profundo respeto. Todos debían inclinarse ante su voluntad.

Cierto día que, con un grupo de cortesanos había ido a cazar perdices, encontróse de pronto solo con uno de los guardias reales, cuyas maneras correctas habían llamado la atención del monarca.

Habiéndolo juzgado hábil tirador, lo autorizó a hacer junto a él un disparo, diciéndole:

—Vamos a ver quien de nosotros es más hábil.

Los servidores de su majestad estaban ya cargados de piezas y se iba a dar la señal de regreso cuando, inopinadamente, se levantó una perdiz ante el rey y el guardia. Dos detonaciones sonaron a un tiempo y el ave cayó.

—¿Quién, según tú, ha muerto esa perdiz?—preguntó el rey.

—Yo, señor.

—¡Tú! ¡De ningún modo! Soy yo quien la he muerto.

—Vuestra majestad se equivoca.

—El rey no se equivoca jamás! ¿Sabes? Confiesa que te jactas sin razón.

—No puedo decir lo que no es verdad.

—Pero eso no te impide mentir.

El joven guardia palideció. Carlos V, añadió.

—Vamos, declara francamente quién de los dos ha cobrado esa pieza.

—¡Yo, señor!

Iracundo por semejante obstinación, el rey montó en cólera.

—¡Mientes, bellaco!

Pero no había terminado la frase cuando el guardia, exasperado levantó la mano para dejarla caer sobre el monarca. Un último destello de buen sentido lo contuvo. El primer impulso del monarca fué dar muerte al insolente; por fortuna para el guardia la escopeta real estaba descargada.

Su segundo impulso fué proteger al modesto servidor contra la furia de los cortesanos quienes, habiendo visto el ademán, se precipitaron, desnudas las espadas, en ayuda de su amo.

El tercer impulso fué hacer que encarcelaran al guardia mientras llegaba el momento de ejecutarlo.

Al regresar a palacio, Carlos V se retiró a sus habitaciones y luego de larga reflexión mandó en busca del preso. Hizo notar a éste la importancia de la falta, tanto más grave cuanto que era imposible afirmar que no hubiese mentido, ya que habiendo partido juntos los dos tiros nadie podía asegurar quién había muerto la perdiz.

—Eso no es dudoso para mí, señor—dijo el culpable.

—¿Y en qué te fundas?

—En la seguridad de mi puntería, señor.

—Pues, es la seguridad de la mía la que me ha inducido a desmentirte. ¿Acaso me crees menos hábil que tú?

—No, señor. Pero fuí yo quien mató la perdiz, y si vuestra majestad lo permitiese sería cosa fácil demostrarlo. Bastaría con examinar el cuerpo del ave. Vuestra majestad no ha usado más que perdigones. Yo, en cambio, sólo tiro con balines.

Ordenó el rey que llevasen la famosa perdiz. Tenía el cuerpo atravesado de parte a parte por una bala. El guardia tenía razón. Carlos V amaba demasiado la caza para dejar de admirar un buen tiro, aunque de él se sintiese envidioso, y en ese momento se arrepintió un poco de haber provocado la cólera de su hábil competidor.

Quedóse pensativo ante el ave y luego dijo.

—Bien. Pero, aún admitiendo que fuiste tú quien mató esta perdiz, nada disculpa el atentado que quisiste cometer contra mi persona. ¿Me pides perdón humildemente por haberte atrevido a levantar la mano contra tu rey?

Irguiéndose orgulloso el guardia, respondió:

—No. Señor. Porque vuestra majestad me dijo que mentía.

Esta respuesta acalló todos los buenos sentimientos del monarca. El preso fué conducido a su calabozo, ordenando Carlos V que luego lo trasladasen a Madrid y lo pusiesen en capilla.

Pero al regresar a la corte el incidente le hizo reflexionar mucho. Aquel infeliz había cometido, ciertamente, un delito de lesa majestad. Pero, ¿merecía la horca? ¿No había sido él, el rey quien primeramente había faltado insultando al humilde servidor en una forma que excusaba un poco la cólera del guardia?

Juez supremo de su pueblo, Carlos V tenía a honra ser siempre equitativo y justo. Así la víspera del día fijado para la ejecución, hizo que, viesen al condenado y lo invitasen a pedir perdón al rey, que con ello mandaría ponerlo en libertad, pero el prisionero negóse terminantemente a toda humillación.

El rey no quiso creer en semejante desprecio por la vida. Hizo comparecer de nuevo ante sí al preso e insistió personalmente.

El guardia respondió:

—Señor. Si tuviese mil vidas y vuestra majestad me dijese mil veces, sin razón, que mentía, mil veces me rebelaría e iría tranquilamente al patíbulo. Mi dignidad está por encima de todas las cosas. Mendigar el perdón sería renegar de mi acto de protesta. La horca no puede infamar a quien es colgado de ella por defender su honor.

Pensativo, Carlos V miró largo rato al hombre. Esta vez la admiración se sebrepuso a la cólera.

—Eres un verdadero español, orgulloso y valiente—dijo.—Haces falta a mi reino, pues, por desgracia, no siempre me rodean gentes que se te parezcan. No sólo te perdono, sino que además, te incorporo a mi personal privado.

Entonces el guardia, húmedos de emoción los ojos, se arrodilló ante el rey, agradeciéndole un perdón que no había querido pedirle. Poco tiempo después la cancillería le expedía oficialmente el título de Conde Puñonrostro, y el nuevo gentilhombre fué hasta la muerte de Carlos V, uno de los vasallos más leales del gran rey.

El último conde de Puñonrostro, grande de España, Caballero de la Orden del Toison de Oro, falleció hace unos treinta años.

Las víctimas del opio

Algunos diarios franceses se lamentan del creciente desarrollo que ha adquirido en Europa la afición a fumar opio, aun en las grandes ciudades del interior.

Los ingleses, grandes productores de la fatal droga en la India, la venden a los chinos; pero éstos han inducido a los europeos y norteamericanos a fumarla. Los pieles rojas han sido exterminados por el alcohol; a los blancos los exterminará el opio.

A causa de la carestía del opio de Oriente, los fumadores de Europa consumen el que allí mismo se recolecta y que contiene triple morfina que el importado.

El aburrimiento, la curiosidad, incita a muchos a frecuentar los fumaderos, convirtiéndose muy pronto en recalcitrantes morfinómanos. El opio es una de las principales causas de la degeneración de las razas.

Delfor del VALLE.

La ciudad más antigua

La ciudad más antigua del mundo que existe hoy, es Damasco, pues todas las demás ciudades de su tiempo han desaparecido. Tiro y Sidón fueron casi tragadas por el mar; Baalbeck, la ciudad del Sol, está en ruinas. Palmira se halla enterrada en el desierto, y Ninive y Babilonia desaparecieron de las orillas del Tigris y del Eufrates.

Por lo tanto, Damasco es la única ciudad que queda de los días de Abraham.

Según Josefo, fué fundada por Uz, hijo de Aram y nieto de Sem, y es la primera que se menciona en las Escrituras con relación a Abraham, cuyo mayordomo era natural de aquel país.

Los indios dicen que Benarés y Canora son ciudades antiquísimas. También pueden mencionarse en las de este género Argos, Atenas y Tebas, en Grecia; Crotona y Roma, en Italia; Cádiz y Sagunto, en España; Constantinopla, en Turquía, y Marsella, en Francia. Esta última fué fundada por los griegos 80 años antes de Jesucristo.

Faustino LEZICA.

La vizcacha, el zorro, y el erizo

(Fábula)

En un rincón apartado de un hermoso cuadro de campo la vizcacha trabajaba afanosamente en sus cuevas...

No contenta con una, iba amontonando tierra y tierra, fabricando boquetes y galerías aquí y allá: parecía uno de esos trabajadores infatigables que durante toda una vida sin descanso, se preocupan solo de acumular más y más, como si fuesen inmortales.

Desde el acecho de una mata de pasto puna, la contemplaba el zorro con ojos aviesos. "Trabaja, que te trabaja, pobre idiota" — pensaba para sí — y una tarde bochornosa de verano, aprovechando la momentánea ausencia del roedor, dió una vuelta por las cuevas, como si las inspeccionara, eligió la mejor y se metió en ella, quedándose con el hocico a ras de tierra para respirar con fruición el aire fresco.

Cuando volvió la vizcacha y encontró la casa ocupada, protestó a grandes voces: "¿Con qué derecho? —gritaba. Y el zorro mostrándole su zarpa y sus dientes que una risa perversa, descubría por entero, contestó: "Con el de la fuerza, mi amigo. Yo hago como los hombres..." — y se puso a canturrear: el vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo...

La vizcacha fuese triste y mohina a pedir justicia, en el supuesto de que llegase alguna vez aunque fuese en carreta y no en autos y mientras tanto, el usurpador muy contento con su hazaña se reía confiado en el poder de la fuerza.

Al rato notó con sorpresa que no estaba solo en la cueva; en el boquete mismo de entrada, un miserable bicho le miraba con ojos humildes como pidiéndole asilo. Maese zorro lo consideró atentamente como buen gourmand *que es, por si el huésped fuese un bocado apetecible; pero al notar que era un pobre erizo le despidió con palabras desdeñosas: "¿Qué haces ahí, desgraciado? Lárgate en seguida, si no quieres que te saque a golpes..."*

El otro se achicó aún más. "Perdón, señor raposo — le dijo humildemente — empieza a llover y ha refrescado. Poco te pido: un lugarcito donde guarecerme aquí no más".

El zorro no se dignó siquiera contestarle; pero su silencio podía pasar por un asentimiento. Se desperezó, bostezó y echándose largo a largo se puso a dormir confiadamente como si estuviese solo. Despertó al poco rato, sintiéndose pinchar. Dióse vuelta con presteza y con rabia y vió que el erizo, hecho una pelota, se le pegaba con las espinas de su cuerpo, echándosele encima.

Don Zorro, ya que no podía morder apercibido de las espinas, optó por tomar la cosa en chacota. "Diga, compadre, a usted se le da la mano, y se toma el brazo; apártese porque incomoda". — Pero el erizo le replicó con sorta: — "déjeme por favor, cuanto más cerca, menos siento el fresco húmedo del atardecer..." "Pero es el caso, amigo, — refunfuñó el zorro, gruñendo al fin como un perro enojado, — que me molesta con sus pinches..." "¡Y qué quiere! — se disculpó hipócritamente el erizo, mientras se le apretaba más, hecho un ovillo; — yo soy así, un poco áspero en apariencia; pero en el fondo, buen amigo, hay que saber comprenderme *y tomarme como soy..." Y en el colmo del agradecimiento por la hospitalidad, cuanto más se retiraba el zorro, tanto más avanzaba él.*

Fué así que paso a paso, lo fué sacando al zorro de la cueva... y entonces maese raposo, comprendió que más vale maña que fuerza.

Cuando ya de noche llegó la vizcacha con la autoridad, es decir, con unos cuantos vizcachones para tomar posesión de la cueva y expulsar de ella al intruso, se encontraron con el erizo en la puerta, quien les dió buenas razones en derecho; él era un ocupante de buena fe que había entrado por estar la finca desocupada y la estaba cuidando...

Y tan espinoso se mostraba, que la vizcacha dueña, optó por parlamentar. Y fué ese el primer arreglo equitativo entre un propietario y un poseedor de buena fe.

Domingo Sasso

Iniciativa postal

Transcribimos a continuación la idea que, respecto a la impresión de las estampillas postales, sugiriera al director general de Correos y Telégrafos, el señor Gabriel Hidalgo, director de The Argentine Exchange, y la respuesta que diera el jefe de dicha repartición nacional al autor de la mencionada iniciativa:

Buenos Aires, 15 de octubre de 1924. —Señor Director General de Correos y Telégrafos D. Emilio Mihura.

Muy señor mío:

Guiado del aprecio que me merece, cualquiera manifestación que tienda a ensanchar las fronteras de este país, ante el extranjero, me atrevo a dirigirme a usted, a fin de exponerle una idea, que si bien no puede haber escapado a su criterio, tal vez por concordar en ella, le diese mayor fuerza para considerarla digna de estudio.

Las emisiones de sellos de correos argentinos, si bien ha primado siempre el deseo de honrar a nuestros próceres, es fuerza también notar, que no se han apartado de las líneas que las concibieran, dando así como resultado, una monotonía en su estilo, que le ha hecho perder algo de su belleza, en lo que a la parte artística se refiere.

Es sabido que el sello de correo, hoy por hoy, es el mejor vehículo de propaganda, tanto dentro de un país, como fuera de él; prueba de ello es el impulso que han tomado las máquinas selladoras, bajo su dirección, coadyuvando, ya en la obra de la Cruz Roja, Caja de Ahorro Postal, Industria Argentina, etc.

Consultando la opinión de muchos de los 2700 afiliados con que cuenta este Centro en todo el mundo, todos ellos personas de reconocida competencia en la materia, hemos concordado en libertad a la estampilla de su marco característico actual, proponiento a su consideración, adoptar en la próxima emisión de valores, algunos tipos que representen, los paisajes y monumentos naturales más notables, con que cuenta nuestra República. Esta idea al par de abrir campo a la iniciativa artística, daría un gran impulso al turismo, fuente de reconocidos ingresos, para cuantos países han adoptado su difusión.

La idea no es nueva. Con sólo pasar una ojeada por cualquier álbum, más o menos importante, se puede apreciar que muchos países ya la han llevado a la práctica. Por ejemplo: Africa del Sud, y Colonias Francesas africanas, Albania, Armenia, Borneo, Bulgaria, Turquía, Francia en el Territorio del Sarre, y en América, Estados Unidos, Bolivia, Guatemala, México, El Salvador, etc., etc. Todas ellas han estampado en sus sellos, los rasgos más salientes de sus territorios, dando así a conocer en el mundo entero, en forma bella y fácil, lo que de otra manera hubiera permanecido ignorado.

Casualmente ha llegado a mi poder la revista de un Club similar de la vecina orilla, en la que encuentro un caso análogo de patriotismo. Como el artículo lo creo de interés, lo transcribo y me hago un placer al adjuntárselo, ya que en él, se allanan las pequeñas dificultades, que pudieran presentarse para su emisión.

Saluda al Sr. Director, con el mayor respeto S. S.

The Argentine Exchange, director.

Buenos Aires, 8 de noviembre de 1924.—Señor Director de "The Argentine Exchange".—Casilla de Correo número 570.—Ciudad.

Con referencia a su atenta del 15 de octubre último, cúmpleme hacerle saber que esta Dirección General ha tomado nota de su insinuación acerca de la impresión en los valores postales de paisajes y monumentos nacionales, la que será considerada en la oportunidad en que se emitan nuevos timbres.

Saludo a usted con toda consideración.

AL MARGEN DE UN PIC NIC



—¿Por qué no habrán contestado esas jóvenes?
—No te extrañe; me parece que son telefonistas.

Decoración sombría

Dibujó en la lontananza
el sol su postrer miraje,
y se decoró el paisaje
con tintes de lontananza.
Perfumó la remembranza
mis gardenias pensativas;
por las nostalgias, cautivas
sollozaron mis memorias:
¡sonámbulas amatorias
de mis noches sensitivas!

Cayó la crepuscular
penumbra sobre el espacio
y un piano gimió despacio
en la hora crepuscular.
Hubo como un batallar
de brisas por la arboleda;
repicó tímida y queda
la campana de un convento:
¡nota que transmite el viento
con suavidades de seda!

La ventana bendecida
que ornaron frescos claveles
cuando sonaron rondeles
por la mujer bendecida:
abrióse, como la vida
a la caricia primera,
y desechó la quimera
su eterna interrogación
sobre el desierto sillón
de la novia que muriera!

De un extraño sortilegio
surgió un chispazo de gloria
que al alumbrar mi memoria
brilló como un sortilegio.
Cobró un viejo florilegio
el alma de mis doloras;
y con las desoladoras
ilusiones de mi vida
me hundí en la noche homicida
de mis románticas horas!

Ricardo M. LLANES.

PUCHITOS

En los ferrocarriles ingleses se han instalado cocinas eléctricas en substitución de las de gas que había antes en los coches restaurants.

* * *

Los naturalistas estudian, sin que hayan llegado aún a saber la razón de ello, por qué unos pájaros caminan y otros marchan a saltitos.

* * *

Los automóviles de alquiler de Londres, se dice, marchan tres años atrasados en lo referente a confort con los de Nueva York. Los automóviles norteamericanos tienen calefacción en invierno.

* * *

El último de los trenes de lujo puesto al servicio público, en Inglaterra, circula en la línea que va a Escocia. La máquina costó 7.500 libras esterlinas y los coches representan un valor de 35.000 libras esterlinas.

* * *

Se realizan actualmente "cruceros de invierno" en los que cada pasaje cuesta 2.500 libras esterlinas. Los vapores que los realizan recorren 28.168 millas en esos viajes por el mundo.

* * *

Si no se siente afición al trabajo, puede depender de imperfección de las glándulas. Un médico inglés, afirma que la pereza crónica debe en muchos casos ser considerada como una enfermedad.

* * *

Los concurrentes a los restaurants de Noruega son responsables ahora de un nuevo impuesto, pero los mozos se niegan a cobrarlo si no se agrega un diez por ciento en concepto de propina.

* * *

Los sueños molestos y las pesadillas van a desaparecer ahora, si la teoría de un médico norteamericano resulta cierta. Afirma haber curado con su sistema a una paciente que ahora sueña tan sólo cosas agradables.

* * *

Educación doméstica especial, para jóvenes que no quieren seguir por entero los cursos de enfermeras, ha comenzado a enseñarse en el King's College Hospital, de Londres. Los nuevos cursos constan de economía doméstica, cocina y conocimientos elementales de medicina y cirugía.

* * *

De las familias largas han nacido frecuentemente genios: Balzac era el más joven de una larga descendencia, Napoleón era el octavo hijo, Benjamín Franklin fué el más joven de diez y siete, Wagner y Mozart eran los dos, séptimos hijos.

* * *

Las dueñas de casa que tienen la suerte de conseguir una casa municipal en Sarnes (Lurrey), pueden limpiar las habitaciones, cocinar mañana y tarde y planchar, todo por medio de la electricidad sin gastar más de tres peniques por semana.

* * *

Los ópalos son las únicas piedras preciosas que no se han podido falsificar.

* * *

Los empresarios teatrales de Nueva York, que dependen grandemente del buen estado de salud de sus artistas, han colocado ahora a las jóvenes del coro bajo un estricto método deportivo. Si una de las "girls" se enferma, el doctor sufre un descuento de su sueldo.

* * *

Un médico francés ha declarado que la sidra es un antídoto contra la fiebre tifus.

* * *

Los dueños de automóviles de alquiler, ganan en Londres de quince a veinte libras esterlinas por día.

* * *

El baño donde Carlota Corday mató a Marat, fué vendido en remate por 600 pesos oro.

* * *

La aguja de Cleopatra, el célebre Obelisco que corona el embarcadero del Támesis en Londres, es un solo trozo de piedra de 70 pies de altura y 186 toneladas de peso.

* * *

Los húngaros no empiezan nunca un baile con el pie izquierdo.

El poeta Andrade



La casa en que nació Andrade, en Gualeguaychú, el año 1839.



El poeta Olegario Andrade, antes de su muerte



Corona de oro con que fué premiada "Atlántida", y el tintero y la pluma del poeta.



La casa en que falleció el poeta, situada en la calle Paraná número 472 (antes 228) de Buenos Aires

Tenía cuarenta y tres años el poeta excelso Olegario Víctor Andrade cuando falleció en Buenos Aires, el 30 de octubre de 1882, en la casa calle Paraná—hoy 472, antes 228—que se conserva con su antiguo aspecto.

Nativo de Gualeguaychú (Entre Ríos), nació el día 6 de marzo de 1839, en una modesta casita de techo pajizo, que la tradición y el culto amoroso de sus conterráneos ha conservado como una gloriosa reliquia.

Educado en el histórico Colegio del Uruguay, se destacó por las raras dotes de su brillante inteligencia. A los diez y seis años era proclamado vencedor en un certamen literario del colegio con su poesía "A mi patria", dedicada al general Urquiza, el ilustre fundador de la célebre casa educacional.

Antes de terminar los cursos preparatorios abandonó las aulas y se hizo periodista, adquiriendo rápido renombre por la brillantez del estilo y la agudeza de sus conceptos.

Defensor de la causa del primer presidente de la Confederación Argentina, sostuvo polémicas ardientes contra la prensa separatista de Buenos Aires.

De aquella época es el canto "A la muerte del Chacho", que en la edición oficial de sus *Poesías* póstumas, aparece titulado "Canto a Lavalle", y el canto "A Paysandú".

Radicado en Buenos Aires después del asesinato de Urquiza, fundó "La América", "El Pueblo Argentino" y "La Tribuna Nacional", que redactó hasta el día de su fallecimiento.

Pero el verdadero apogeo de su indiscutida gloria se inicia con el "Canto lírico a San Martín", leído en el teatro Colón al pie de la bandera de los Andes. "El arpa perdida", "El nido de cóndores", "Prometeo" y el canto "A Víctor Hugo", sólo reafirmaron su fama del más grande poeta lírico de América, con que fué proclamado por su última obra: "Atlántida", laureada en los juegos florales del año 1881, celebrados por el Centro Gallego de Buenos Aires, que presidió el doctor Nicolás Avellaneda.

Tal fué el poeta insigne cuyo busto se ha inaugurado en los jardines de Palermo el día 30 de noviembre. Asociándonos al patriótico homenaje, FRAY MOCHO consagra esta nota gráfica sobre su vida, que un admirador de Andrade ha tenido la gentileza de brindarnos.



El monumento a Andrade recientemente inaugurado en el Rosedal de Palermo, obra del escultor Claudio Semper.



CENTRO GALLEGO DE BUENOS AIRES

JUEGOS FLORALES DE 1881.

El Jurado adjudica a D.n Olegario V. Andrade, una corona de oro, premio del Exmo. Señor Presidente de la República, Gral. D.n Julio A. Roca, por la poesía titulada "Atlántida" Porvenir de la raza latina en América, que lleva el lema: Wake - Hamlet

Buenos Aires, 12 de Octubre de 1881.

EL PRESIDENTE DEL CENTRO. Antonio F. Gómez

EL PRESIDENTE DEL JURADO.

EL SECRETARIO. Blanco

EL SECRETARIO.

Diploma otorgado por el premio de "Atlántida"

Autógrafo de Víctor Hugo, agradeciendo al poeta su magnífico canto.

Plan del canto a Víctor Hugo, autógrafo del poeta

GENTE MENUDA



María Teresa Dall Armellina.



Fidel Suárez Lomuto



Angélica Medina



Luis Avila



Tita Ortiz.



Jorge Osvaldo Milone.



Miguel [illegible]

De la escena muda



Carmel Myers y Lew Cody, protagonistas de "Los verdugos del matrimonio" superproducción Goldwyn Cosmopolitan, que en su programa extra Arte dió a conocer el domingo pasado la Corporación Argentino Americana de Films



Escena de "Hijas irreflexivas", cinedrama interpretado por Marguerite de la Motte, Patt O'Malley, Marjorie Daw y Allan Forrest, que el viernes último estrenó la casa Max Glücksmann



Irene Alba y Luis Bonafé, los creadores de "Alma de Dios" en una escena de la adaptación española de esta conocida zarzuela, película que la New York Film Exchange dará a conocer en breve.



Escena de "La ráfaga del escándalo" cinedrama que interpretan Myrtle Stedman, Betty Blythe, Lou Tellegen, Patsy Ruth Miller, Jack Mulhall, Forrest Stanley y Phyllis Haver, y que en su programa Ajuria estreno la General el viernes último.



Escena de "El quinto no matar" [illegible] Walker, Kathlyn Martyn y John Bohn [illegible]



Theodore Roberts, Jacqueline Logan y Casson Ferguson, en un pasaje de "El cañón", notable cinedrama que la casa Max Glücksmann exhibió anteayer.

CENTENARIO DE LA BATALLA DE AYACUCHO

1824 — 9 de diciembre — 1924



General José de San Matrín.



Antonio José de Sucre, general en jefe del ejército patriota, vencedor en la batalla de Ayacucho.



General José María Córdoba, jefe de la primera división del ejército patriota.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

República del Perú

Lima Enero 5. de 1825.

Al Sor. Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Buenos Ayres.

Bue.s Ay.s Marzo [illegible] 825. Acúsese recibo con la expresión que corresponde. [illegible]

El infrascripto Ministro de Relaciones Exteriores tiene la grata satisfacción de poner en noticia del Sor. Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Buenos-Ayres, la gran victoria del Ejército Unido Libertador, al mando del Sor. General en Jefe Antonio José de Sucre, en los Campos de Ayacucho el 9. de Diciembre anterior, y cuyos pormenores y consecuencias enuncian los impresos adjuntos á esta Nota.

El suscripto á nombre de su gobierno, congratula altamente á la Nación Argentina, cuyos bravos emprendieron la grande obra de la Emancipación Peruana, por una jornada que va á consolidar la independencia de las provincias unidas del Norte.

El que subscribe tiene la honra de ofrecer con este motivo, al Sor. Ministro á quien se dirige los sentimientos de su distinguida consideración y aprecio con que es

Su muy atto.
obed.te serv.r

José Sánchez Carrión

El parte dando cuenta de la victoria de Ayacucho, enviado por el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, a su colega de la República Argentina. (Reproducción del original existente en el Archivo General de la Nación).



Mariscal La Mar, jefe de la segunda división.



El virrey La Serna.



General Simón Bolívar.



General Guillermo Miller, jefe de la caballería patriota.



General José de Canterac, jefe del Estado Mayor de las fuerzas españolas.



Plano de la batalla de Ayacucho.



General Jerónimo Valdés, jefe de la vanguardia española.



General Andrés García Camba, jefe de una brigada de caballería española y famoso tanto por sus célebres "Memorias", como por ser el autor del terrible sorteo de Matucana.



Rincón de Ayacucho.

Al amanecer del día jueves, 9 de diciembre de 1824, el sol se levantó radiante tras la gigantesca cumbre de los Andes orientales. Sucre recorrió a caballo la línea del ejército, proclamando a los soldados en alta voz: "¡De los esfuerzos de este día depende la suerte de la América del Sur!" En estos momentos las columnas de ataque españolas descendían las cuestas de Condorkanqui, y agregó con acento inspirado: "Otro día de gloria va a coronar vuestra constancia." Los fuegos de las guerrillas y algunos cañonazos disparados de parte a parte, dieron la primera señal del combate. Eran las 9 de la mañana. A las 10 de la mañana, los españoles situaban cinco piezas de artillería, protegidas por un batallón, al pie de la altura, y avanzaban de frente en masa con su izquierda y centro, ocultando el movimiento de su derecha, destinada a flanquear la izquierda republicana. El virrey marchaba a pie a la cabeza del centro.

El campo de batalla en que se iban a medir los dos ejércitos, es una llanura que desde el pie del Condorkanqui se extiende hacia el valle o Pampa de Ayacucho. Su configuración es la de un cuadrado y su extensión, como un kilómetro de sur a norte y algo menos de este a oeste. En su fondo occidental se eleva una loma de suave pendiente, que se desarrolla en toda su longitud. En este punto estaba formado el ejército unido. Los flancos estaban cubiertos por ásperas quebradas, siendo la del sur (derecha independiente) absolutamente impracticable. La mayor parte del frente en la prolongación de norte a sur, lo atraviesa un barranco, que los españoles tenían que salvar, pero que puede ser despuntado por la extremidad sur. En este punto fué donde los españoles establecieron su primera batería.

La división de Valdés inició la batalla por su derecha, desalojando las compañías de cazadores de los independientes avanzadas sobre el barranco del frente. Al sonar los primeros tiros, una parte del centro realista comprometió a paso de carrera el ataque, con dos batallones seguidos por la línea de tiradores, con el propósito de flanquear la derecha opuesta. La división colombiana que defendía este punto, permaneció inmóvil a pie firme. Sucre reforzó su izquierda con un batallón y ordenó que Córdoba cargase rápidamente, protegido por la caballería de Miller. El joven general levantó en alto su sombrero, y dió la famosa voz de mando que ha dado relieve a su heroica figura: "Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas a discreción!" Y cargó con ímpetu irresistible, formado en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro. La infantería enemiga, que se había avanzado, fué atacada a bayoneta, y por algunos minutos la victoria estuvo indecisa. Los españoles pretendieron decidir el combate lanzando ocho escuadrones a fondo, pero fueron arrollados por los regimientos de caballería de Colombia al mando del general Laurencio Silva. El campo quedó por los independientes. La artillería realista de este flanco quedó inutilizada, antes de poder romper sus fuegos. La derecha del centro de los realistas (general Monet), que se hallaba intacta, acudió a restablecer el combate; pero, antes de pasar toda ella el barranco, fué atacada de firme por la división de reserva al mando de Lara, apoyada por la caballería colombiana, y retrocedió en desorden. Tres nuevos escuadrones salieron al encuentro. Los jinetes colombianos a pie firme, con sus enormes lanzas enristradas, les infundieron pavor, y fueron exterminados. El virrey se lanzó valerosamente en medio de sus tropas desbaratadas, con ánimo de renovar la pelea; pero, derribado de su caballo con seis heridas, fué hecho prisionero con más de 1000 de sus soldados.

Mientras tanto, Valdés, con tres batallones y cuatro piezas de montaña, había penetrado por la izquierda republicana y abierto fuegos sobre el flanco de la división peruana al mando de La Mar, que ya empezaba a cejar, cuando acudió el batallón colombiano destinado a reforzarla, y sucesivamente los Húsares peruanos de Junín mandados por Suárez, sostenidos por los Granaderos de Buenos Aires a las órdenes de Bogado, con Miller a su cabeza, que decidieron el último combate. La batalla estaba ganada en toda la línea. Era la 1 del día. Valdés, desesperado al ver su tropa en fuga, se sentó sobre una piedra para esperar la muerte; pero sus oficiales lo obligaron a replegarse a la cumbre de la montaña, donde se reunieron todos los generales vencidos con sus últimos dispersos, huérfanos de su virrey y general en jefe. Canterac asumió el mando y capituló con el vencedor, que le concedió generosamente condiciones honrosas. La guerra de la independencia de la América Meridional estaba terminada, y su emancipación por siempre asegurada. Según la expresión del poeta, mil años transcurrieron en la hora de Ayacucho.

Ayacucho fué llamado en América la batalla de los generales, como la de los soberanos en Europa. Catorce generales españoles, con todos sus jefes y oficiales, rindieron en ese día sus espadas ante la soberanía de un nuevo mundo republicano. Del ejército realista quedaron en el campo 1400 muertos y 700 heridos. La pérdida de los republicanos fué de 300 muertos y 600 heridos. ¡La cuarta parte de los combatientes fué muerta o herida!

En esta batalla final estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona; como estuvo presente el espíritu de San Martín, representado por los últimos soldados de su ejército. Sin la concepción del plan de campaña continental de San Martín; sin la creación del ejército de los Andes, su paso de las cordilleras meridionales, sus victorias de Chacabuco y Maipú; sin el dominio marítimo del Pacífico, según sus previsiones, su expedición al Perú y su intervención en la guerra de Quito, que terminó en Pichincha, no habría habido Ayacucho. Así también, sin la condensación de la revolución del norte de la América Meridional por el genio de Bolívar y su paso de los Andes Ecuatoriales; sin Boyacá y Carabobo; sin la organización militar de Colombia, no habría habido tampoco Junín y Ayacucho. Los dos Libertadores triunfan; pero Bolívar coronaba la obra. La noble y simpática figura de Sucre, el vencedor de Pichincha y Ayacucho, se destacaba en segundo término como vínculo de unión entre los dos vencedores de Chacabuco y Maipú, de Boyacá y Carabobo.

Bartolomé MITRE.

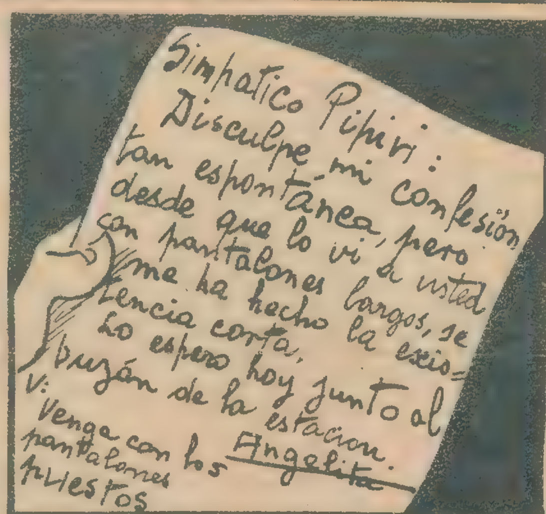


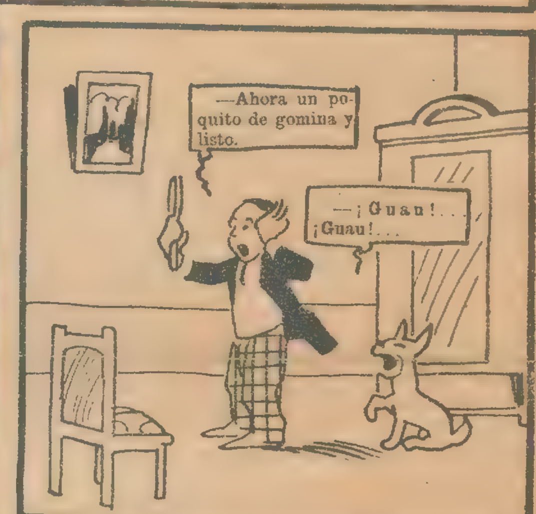


PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí; por Blay



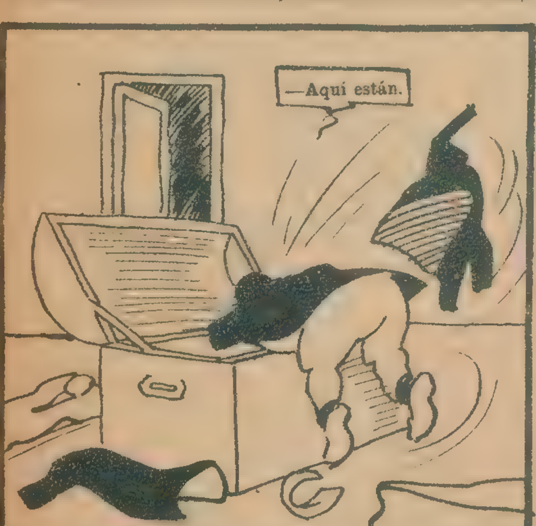








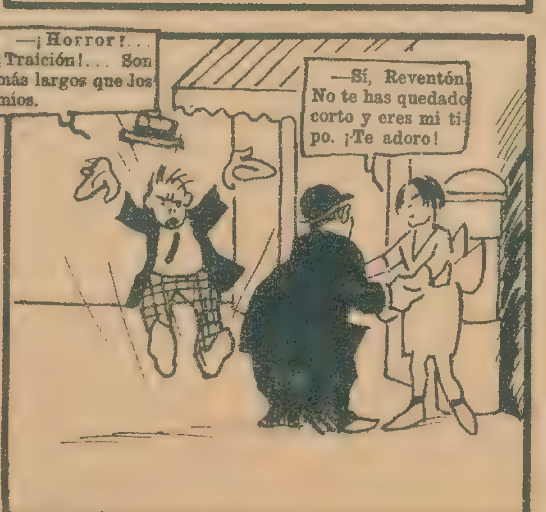














Al amane
diciembre de
radiante tras
de los Ande
rrió a caba
proclamand
voz: "¡De
depende la
Sur!" En e
nas de atac
las cuestas
gó con acer
de gloria v
tancia." Lo
y algunos
parte a part
del combat
ñana. A la
españoles s
artillería,
llón, al pie
de frente e
y centro, oc
su derecha,
izquierda r
chaba a pie
El campo
iban a medi
llanura que
kanqui se
Pampa de



CAPITAL FEDERAL.—La señorita María Biedma y el señor Jorge Cordero Pizarro, después de su boda, en la que fueron apadrinados por la señora de Biedma y el señor R. Cabezas.



Señorita Zulema García Torres

Sociales



QUILMES. — La señorita Noemí Robinson y el señor Julio L. Perkins después de la ceremonia de su enlace.



Señorita Yolanda M. Galli que recientemente contrajo enlace con el doctor Alberto C Alice.



CAPITAL FEDERAL. — La señorita María Rosario Ledesma y el señor Rafael García Fernández, últimamente desposados.



DE LA VIDA DEL PERIODISMO NACIONAL



Ejemplares de "La Nación", correspondientes a una parte de la tirada diaria, listos para ser expedidos.

En varias oportunidades, nos hemos ocupado de la importancia y del prestigio indiscutible de la prensa nacional.

Lo hemos hecho cada vez que algún gran esfuerzo, algún acontecimiento digno de encomio ha dado tema al comentario. Y si las opiniones nuestras han sido acompañadas casi invariablemente con la de otros colegas locales, no han faltado, tampoco, en muchos casos, los juicios de diarios, periódicos y revistas extranjeros, cuyas opiniones en esta materia, han dado desde luego, a esas mismas opiniones, una importancia que fuera inoficioso poner de manifiesto.

La comprobación en cuanto concierne a un concepto, que nadie discute, se renueva frecuentemente y los órganos de la prensa nacional destacan siempre sus propósitos de afianzar un prestigio brillantemente alcanzado.

Nos sugiere estas reflexiones una innovación puesta en práctica, hace poco tiempo, por "La Nación", al publicar, debidamente controladas, las cifras exactas de su circulación diaria, cuyo promedio llega a la cantidad de 188.835 ejemplares.

Esta cifra, revela en primer término, una difusión extraordinaria, bien demostrativa del profundo arraigo que el matutino tiene en el público argentino y del extranjero, como consecuencia de su seriedad informativa, del valor de sus opiniones, de la selección de su material, y en una palabra, por sus características inconfundibles de un gran diario moderno, que está a la altura de las exigencias del periodismo actual, que demanda preocupaciones constantes para que la información sea, verdaderamente, la que el público desea y acepta. Después aquella iniciativa que comentamos, señala entre nosotros una innovación cuya trascendencia no puede desconocerse, porque realza la importancia del diarismo nacional, cada vez más acentuada.

Fallecimiento de un destacado periodista



La muerte de Angel M. Méndez, ocurrida en Montevideo, significa la pérdida de un periodista de valía indiscutible, cuya pluma ágil, siempre puso de relieve un talento claro y un espíritu altamente selecto. El extinto actuó con éxito en diversos diarios de ambas orillas del Plata.

FIESTAS AL AIRE LIBRE



Familias concurrentes al pic nic recientemente efectuado en las islas del Tigre por los socios del Club Atlético Casa Tow.

Divulgación científica

SEDAS DE PAPEL Y ALGODON

¡Vivimos de ilusiones!



"Si nuestros abuelos levantasen la cabeza se asombrarían de ver el lujo con que visten hasta las clases modestas"; pero seguramente sería mayor su asombro de ver cómo es transformado en seda el algodón y el aserrín de madera, el empleo de la leche para fabricar infinidad de objetos de fantasía, la fabricación de perfumes y esencias artificiales, la de predras preciosas que tan hábilmente imitan a las naturales y, en fin, de todo aquello que la moda pone en circulación, y que de esa manera, y gracias al progreso de la química, no queda limitado su empleo sólo a ciertas clases privilegiadas.

Vamos a ocuparnos hoy únicamente de la seda artificial, una de las industrias que han contribuido más a ese lujo aparente.

Si el algodón se trata por una mezcla de ácido nítrico y sulfúrico queda transformado en algodón pólvora, denominado químicamente "nitrocelulosa", producto que se emplea directamente como explosivo o sirve de base para la fabricación de las modernas pólvoras de guerra, industria ésta que, no obstante la extraordinaria importancia que tenía antes del año 1914, ha aumentado notablemente, de tal manera, que se fabricaban diariamente unas 24 toneladas de algodón pólvora antes de dicho año y llegó a 500 en el 1917; habiéndose consumido durante todo el período de las hostilidades unas 310.000, de las cuales 120.000 fueron fabricadas por los Estados Unidos, sin contar la invertida en la fabricación de ciertos explosivos, de algunos de los cuales, como la "cordita", compuesto de algodón pólvora y nitroglicerina que antes de la guerra elaboraba Inglaterra unas 15 toneladas diarias, llegó a producir después, diariamente también 300.

Claro es que en aquellos años, como la importación del algodón disminuyó notablemente o quedó suprimida en absoluto para ciertos países, como Alemania, fué preciso substituir aquel producto por el aserrín de madera, o, mejor dicho, por la pasta de papel, que como es sabido, se fabrica con esa primera materia, y que, sometidos a tratamientos especiales, da por resultado obtener celulosa tan pura como la del algodón y a un precio mucho más inferior que el de éste. La celulosa así separada de las restantes substancias que forman parte del aserrín de madera se la denomina "viscosa", y con ella puede fabricarse, como en el caso anterior, la nitrocelulosa.

El empleo con ese fin de enormes cantidades de aserrín de madera fué una de las causas del aumento tan notable que adquirió durante los años de guerra el precio del papel, y con ello, la crisis porque atravesó la industria de los periódicos y libros.

Ahora bien: si a la nitrocelulosa o algodón pólvora se le disuelve en una mezcla de alcohol y éter, acetona o alcohol metílico, líquidos todos éstos excelentes para dicho fin, y después de filtrada la disolución se la evapora dejándola caer desde cierta altura y a través de tubos que tengan un diámetro finísimo (una décima de milímetro aproximadamente), se obtiene una serie de hilos que, sometidos a operaciones especiales con el fin de "desnitrificarlos", quedarán transformados de nuevo en el producto primitivo, es decir, en celulosa de algodón o de aserrín; mas con toda esa serie de operaciones: nitrar, disolver, evaporar y desnitrar, se habrá obtenido una fibra de caracteres idénticos a los de la seda, y, por consiguiente, del mismo brillo y tacto especial, que se pueden teñir con los mismos colores y fabricar con ellos tejidos que la imitan de una manera perfecta, y a veces, debido a ciertas modificaciones en los métodos empleados, se fabrican sedas casi impermeables o también que tienen un brillo superior a las naturales, por lo que se consiguen efectos de colorido imposibles de lograr con esas otras.

Terminada la guerra y transformadas muchas industrias de manera que pudieran ser utilizados sus productos a primeras materias empleadas en ellas, la fabricación de la seda adquirió una importancia tan extraordinaria como se comprenderá por las cifras antes expuestas, y tal es el aumento de producción mundial, que de 30.000 toneladas que se fabricaron en el año 1922 casi se han duplicado en el siguiente, sobre todo en Italia, que de 2.800 toneladas fabrica hoy cerca de 6.000.

En España no existe la industria de seda artificial; más, sin embargo, la cantidad importada en el pasado año de 1923, entre sin hilar e hilada, sin teñir y teñida, asciende a 645.836 kilos, según datos oficiales, y en cuya cifra no están incluidos los tejidos ya confeccionados.

Y si a dicha enorme producción se añade que el precio a que resulta esta seda apenas difiere del de algodón, se comprenderá que no es extraño que los vestidos de seda estén al alcance de las clases más modestas, que, bien mirado, siguen vistiendo de algodón, como antes, y en cambio, pudiera darse el caso que quienes se alarman ante el lujo de estas gentes crean lucir unas ricas medias de seda y sean en realidad de pasta de papel.

Tal es esta original industria de extraordinario valor para un país, puesto que lo mismo desempeña un importantísimo papel como defensa nacional, que, en un momento dado, queda transformada en otra de una materia de tanto consumo como lo es el de la seda, sin contar que sirve también de base en otras fabricaciones, como la del celuloide, mezcla de algodón, pólvora y alcanfor, y cuya industria es de tanta importancia como esa otra.

Dr. M. MAESTRE IBAÑEZ.

Nocturno

—¿Oyes? ¡Cómo estalla el trueno!
¡Qué noche aciaga, inclemente!
¡Y pensar que algún mortal
sin un techo afuera duerme!
—En verdad, eso es muy triste,
y te ruego no lo mentes:
ello me causa pena y
me avergüenzo de mi suerte.
—Bien mirado el bruto es
más feliz que muchas gentes.
¡Cuántos hombres hoy quisieran
ser asnos duros y fuertes!
(Ton, ton, ton)...—¡Están llamando!
¿No será algún penitente?...
Quien camina en esta noche,
que se le acoja merece.
Abriremos, pues, la puerta.
Adelante, hombre valiente.
Bienvenido es al hogar
el que en esta noche viene.
—Muchas gracias, señor mío.
Con este tiempo se acrece
mi sempiterna labor,
y mis fuerzas desfallecen:
A descansar he venido;
los ya listos que me esperen.
—Bien, entrad. Aquí hay buen fuego..
Mas ¡qué extraño brillo tienen
vuestros ojos, caballero!
Perdonad que me interese
en saber quién sois, al punto.
—Mi anónimo se respete.
A descansar he venido;
los ya listos que me esperen.
—Ingrato oficio es el vuestro
que en estas noches tan crueles
os obliga a andar velando...
Mas ¿qué extraña cosa hiede
a sepulcro abierto, en vos?
—Intranquilo estáis parece.
Conservad la calma os ruego,
que aborrezco a quien me teme.
A descansar he venido;
los ya listos que me esperen.
—Con extraño tono habláis,
de los hombres diferente.
Y ¡qué negra es vuestra capa!...
Permitidme que os confiese
que en verdad causáis temor.
—Dondequiera que yo llegue
miedo y llanto me reciben.
No hay mortal que no se arredre
al oír mi solo nombre.
Y es que el hombre no comprende
que yo soy el bien supremo
y el que da la paz perenne.
No tengo amigos ni afectos;
todo el mundo me aborrece.
¿Cuándo inspirarles podré
un recibo franco, alegre?
Como amigo estoy aquí,
y mi estada será breve.
A descansar he venido;
los ya listos que me esperen.
—¡Me dais miedo! ¡me dais miedo!
¡No sois humano, parece!
¡Cómo suena vuestra voz!
¡Salid, salid prontamente!
—Me marcho, pues, al instante.
Bien os he hecho, creedme,
y recordad lo que he dicho.
Buenas noches. ¡Soy la Muerte!
. . . .
—¡Dios, qué momento terrible!
Mas, ¿duermes, Valeria, duermes?
¡Oh, qué blanca y fría estás!
¡Maldita sea la Muerte!

J. Manuel **ALCOBRE.**

LO SOBRENATURAL EN LA VIDA DE LAS MUJERES CELEBRES

Por el doctor MAX KEMMERICK

Muchos hombres de nombradía, sobre todo poetas, nos han contado cómo en más de una ocasión lo sobrenatural ha cruzado el camino de su vida. El escéptico contumaz e incorregible se obstina en considerar todos estos relatos como abortos de una fantasía desenfrenada, no podrá descartar así los correspondientes testimonios de príncipes, estadistas y oficiales, sin demostrar primero la mentalidad anormal de estos personajes, y además abundan sucesos misteriosos e inexplicables también en la vida de muchas célebres mujeres. Los acontecimientos extraños que registramos en este artículo son una prueba de que el contacto con un mundo suprasensible no es el privativo del sexo fuerte sino juega un papel importante en la vida de muchísimas personas dotadas de un alma delicada y un ingenio superior, sea cual fuere el sexo a que pertenecen. Con la palabra "anomalía" no se explica nada, porque este término se refiere únicamente a lo cuantitativo, lo estadístico. Antes bien se puede afirmar que sólo aquellos merecen el nombre de seres humanos en el sentido propio de la palabra que se elevan sobre el nivel de la normalidad, si con este vocablo se quiere designar la complexión mental del vulgo. Los "normales" en este sentido no son más que seres orgánicos, que se nutren y propagan su especie, y que creen pensar repitiendo lo que otros han dicho antes que ellos. En cambio son "anormales" los excelsos ingenios del arte y de la ciencia, los grandes hombres de estado, los profetas, los héroes de la moral y de la religión.

Los intelectos obtusos se aferran a la opinión de que estos estados anormales del ánimo son la consecuencia de una propensión al misticismo o la exaltación religiosa; nosotros, en cambio, sostenemos que sólo a base de tales experiencias interiores se eleva el alma hacia esas regiones puras y augustas de la naturaleza humana. Con todo ello no nos ocuparemos de las muchas visiones religiosas de mujeres afamadas, a fin de impedir que el "escepticismo de la ignorancia", como lo llama Schopenhauer, opugne los hechos con sus trilladas banalidades.

Comencemos con la margravina Guillermina de Bayreuth, la célebre hermana de Federico el Grande. Esta señora, tan crítica como espiritual, y además educada en el ambiente del racionalismo, refiere en sus conocidas memorias un acontecimiento, "que impresionó grandemente a muchísimas personas, pero no a mí, porque a fuerza de estudiar y de reflexionar he llegado a librarme de muchos prejuicios, y hasta me envanezco un poco de entender algo de filosofía.

"La habitación del príncipe heredero (en Bayreuth) se componía de dos grandes cuartos con un gabinete adyacente. Los tres aposentos juntos no tenían más que dos salidas, la una hacia mi alcoba, la otra hacia un vestíbulo, donde se encontraban dos centinelas y un sirviente, que dormía allí en la noche del 7 al 8 de noviembre (1723). Estas tres personas oyeron primero que alguien andaba por largo tiempo en el cuarto grande, luego oyeron una especie de lloriqueo y por fin lamentos espantosos. Entraron en el cuarto varias veces, sin ver allí lo más mínimo; pero tan luego que habían salido se renovaba el ruido. Seis centinelas que en aquella noche se relevaban hicieron todos la misma declaración. Cuando el señor von Reitzenstein recibió un relato de lo ocurrido se indagó el asunto con la mayor escrupulosidad, pero sin que se obtuviera el menor resultado. Se trató de evitar que yo me enterara del secreto. Algunos dijeron que se había asomado la "dama blanca" para anunciar mi próxima muerte. Otros temían que sucediese un accidente al príncipe heredero. Este último miedo se disipó bien pronto, cuando el 11 de noviembre el príncipe volvió con el margrave de Bayreuth. Apenas hubieron llegado cuando vino un correo que trajo la triste nueva de la muerte de mi cuñado, el príncipe Guillermo, quien había fallecido en la misma hora en que los centinelas habían oído el misterioso quejido" (v. la edición de las memorias publicadas por I. Armbruster en la casa editorial de W. Langewiesche Brandt, Ebenhausen, cerca de Munich).

En el mismo libro (pág. 295) se halla descripto un segundo caso de transmisión telepática, que ocurrió cuando falleció Augusto el Fuerte, rey de Sajonia y Polonia (1733 en Varsovia). Pocos días antes se había despedido el rey con mucha cordialidad de Grumbkow, el primer ministro del rey Federico Guillermo I, el padre de la margravina. El día de la muerte saludó el ministro al rey con las palabras siguientes: "¡Ay, qué desgracia, vuestra majestad! El pobre hombre ha muerto. Esta noche entró en mi cuarto, abrió las colgaduras de mi cama y me miró fijamente. Yo estaba tan despierto como en este momento. Quise levantarme, pero la aparición se disolvió". Más tarde se verificó que el rey había muerto en la misma hora en que Grumbkow había visto el espectro.

Este relato de la margravina, confirmado como fidedigno por muchos otros informantes, no es, ni con mucho, tan fatídico como el siguiente, que nos ha dejado Luisa Carlota del Palatinado, la valiente y honrada princesa alemana, que vivía en la corte de Francia (v. la publicación de sus cartas en la edición de C. Kuenzel, 1912, pág. 391).

"La princesa de Tarento, mi tía, me ha contado que en el mismo día y la misma hora en que feneció su tío, el landgrave Federico, ella daba con otra parienta mía una vuelta por un bosquecillo en las afueras de La Haya. Las dos andaban del brazo. De súbito lanzó la princesa de Tarento un grito y dijo que alguien le apretaba el brazo de una manera atroz. El brazo fué examinado y se vieron en él 5 cardenales amoratados, evidentemente originados por la presión de cuatro dedos y de un pulgar. Ella apuntó lo ocurrido en el acto y dijo: "Mi tío, el landgrave Federico, debe de haber muerto. Me ha dado la solemne promesa de despedirse de mí al llegarle su hora". Se registraron todos estos datos, y en efecto, aquel mismo día el landgrave había entregado su alma a Dios".

En mi libro "Fantasmas y espectros" (edición Lhotzky, Ludwigshafen a orillas del Bodensee) he emprendido la tarea de dar una explicación de los fenómenos anteriormente descriptos. Aquí me limito a observar que de ninguna manera son raros tales casos y hasta se puede afirmar que son frecuentísimos; sólo que una ciencia mal orientada cree deber anatematizar todo cuanto se relaciona con un mundo suprasensible. No todos tienen el valor de exponerse a la mofa de la plebe confesando francamente sus experiencias en el terreno de lo transcendental.—Ocupémonos ahora de los sucesos más recientes.

Un caso de telepatía, bastante común entre amantes y muy familiar a Goethe, es el que nos refiere Helene von Doenniges en su autobiografía intitulada "Otros y yo" al hablar de un encuentro con Lassalle, quien, como se sabe, cayó más tarde en un desafío que tuvo que sostener por ella. El señor Holthoff la conducía por el brazo para ver y conocer por su mediación al célebre tribuno. La muchedumbre hormigueaba por la sala donde se celebraba el baile, visitado por Lassalle con el único objeto de hablar a sus anchas con su joven y hermosa amiga. "No está todavía", dijo Helene. "¿Cómo puede usted pretender saberlo?", le contestó el señor Holthoff; "yo que soy tan alto veo más que usted y no me atrevería a aseverarlo". "Es verdad que no puedo verlo; pero no tengo todavía la extraña sensación que siempre tengo cuando él está cerca de mí". — Por el amor de Dios, hijita, no me venga usted con flúidos nerviosos y otras cosas de esta calaña". — "Ahí viene", exclamó ella, y el señor Holthoff lo confirmó con asombro, porque en este momento vino Lassalle acercándose a la pareja. Helene continúa en su biografía así: "Es muy difícil definir el sentimiento de que acabo de hablar. Fué una especie de ansia y de alegría, como jamás la he sentido ni antes ni después. Fué como si se me comprimiera el corazón; y sin embargo volaba mi alma, llena de júbilo, hacia él, quien, como si fuera la cosa más natural del mundo, me desprendió del brazo de Holthoff y me llevó a un rincón..."

Nataly von Eschtruth refiere en su libro "Apariciones" Leipzig, casa editorial P. List el siguiente interesante suceso. Acompañada de su padre estaba la escritora de visita en la quinta del poeta Scheffel, y habitaba all un cuarto donde, fuera de la suya, se hallaba todavía otra cama con ropa fresca y blanca. Cuando después de un sueño muy profundo doña Nataly de repente se despertó vió ella con espanto en el mismo punto donde antes se encontraba el lecho un alto sarcófago alumbrado por la luz lunar, y encima de él armas y una almohadilla llena de condecoraciones militares, mientras cirios ardían a uno y otro extremo del ataúd. La joven lanzó un grito de horror, y su padre vino en seguida con una bujía ardiendo; pero ahora ya no se veía más que la cama, en que poco tiempo antes había dormido S. E. el general de F. Todo esto se pudiera considerar como una simple alucinación si en la misma noche el anciano general no hubiera caído enfermo de muerte.

Un acontecimiento telepático-telecinético, que merece la mayor atención porque la "Society for Psychical Research", de Londres, lo ha corroborado después de una investigación muy escrupulosa, es el que nos refiere la esposa del célebre paisajista inglés Arthur Severn. La señora escribió el 27 de octubre de 1884: "Me desperté asustada, porque sentí que algún golpe me había lastimado la boca. Como creía firmemente estar herida cogí mi pañuelo y apelmazándolo lo prensé contra la parte doliente. Me incorporé en la cama y cuando al cabo de algunos segundos retiré el pañuelo de la boca yo estaba asombrada de no ver sangre en él. Entonces comprendí que nada me podía haber sucedido, puesto que yo había estado dormida en mi cama". Abreviamos el largo relato creyendo que nuestros lectores se contentarán con saber el resultado: En aquella misma hora se había lastimado su esposo el labio superior.

Mencionamos aquí el hecho notorio de que la poetisa Annete von Droste-Hülshoff tenía el don de la segunda vista.

María Antonieta se estremeció de horror en la presencia del verdugo Samsón, el mismo que años después la decapitó. Tales presentimientos son demasiado comunes para merecer una mención en este lugar; pero lo notable es que la reina, cuando encontró al verdugo en su jardín de Trianón, no conocía a este hombre, que tenía finos modales y andaba bien vestido.

En el libro "Recuerdos de mi vida" de la famosa poetisa Karoline Pichler se halla el siguiente pasaje, que se refiere al fallecimiento de su madre, ocurrido en el año 1815: "Al fin, el 21 de enero, a las 11 de la noche, abandonó su alma la caduca morada mortal; cuando menos parecía haberla abandonado. En aquella misma noche yo tuve una sensación como si algo cálido y suave me abrazara y estrechara. Sentí un calofrío a pesar de ser muy agradable la sensación".

Lilly Braun, la afamada escritora socialista, sabe referir varios sucesos de su vida y de la de su madre, que todos pertenecen al terreno del ocultismo. El más conocido de ellos es aquel que ocurrió en Munich (v. Lilly Braun, Memorias de una socialista), que entonces se interpretó como presagio del trágico fin del emperador Guillermo II.

Las facultades sobrenaturales, y particularmente el don profético, son bastante más frecuentes entre mujeres — sobre todo cuando viven en absoluta castidad — que entre los hombres, y los "medios", es decir, personas que viven en contacto permanente con un mundo invisible, son casi siempre mujeres. Por razones especiales hemos prescindido aquí del testimonio de tales medios. Si no, podíamos haber citado a María Ana Lenormand, una cartomancista consultada hasta por Napoleón Bonaparte, a quien ella en vano predijo el éxito fatal de su campaña rusa, o a Eusapia Palladino, a la señora d'Espérance y a muchísimas otras. Nuestra intención fué apoyar nuestra teoría sólo en relatos de mujeres que se han distinguido también en otros terrenos. Nos sería muy fácil prolongar la lista ad libitum; pero lo dicho basta para demostrar que existen facultades misteriosas y materialísticamente inexplicables, y que sería absurdo ver en ellas un síntoma de inferioridad intelectual. ¡Qué otras señoras tengan el valor de seguir el ejemplo sentado por las precitadas confesiones de mujeres célebres! Hoy día nadie se compromete ya revelando públicamente los casos en que le fué dado rasgar el velo de lo suprasensible.

EL ULTIMO DIA DEL AÑO 1000

por EMILIO GEBHART

El último día del año 1000 los romanos vieron con espanto que el pálido sol de invierno bajaba sobre la basílica de San Pedro, y que luego se hundía y se apagaba, allá en el fondo del desierto melancólico, en un lecho de vapores sangrientos. De lo alto de las colinas, de los campaniles y de las torres, se despidieron de la luz, de la esperanza, de la vida; y, convencidos de que el mundo había llegado ya a su hora suprema, se encaminaron llorando, de todos los puntos de la ciudad santa, hacia la sombría fortaleza donde, en una fría celda, velaban y oraban los dos vicarios de Dios, los dos reyes de la tierra, el Papa y el Emperador, Silvestre II y Otón III.

La humanidad iba a perecer. Aquella era la noche solemne predicha por David y por la Sibila, naufragio de la Iglesia y entierro de la Cristiandad, la crisis inefable cuya visión había horrorizado a San Juan y a San Agustín, la ruina de todas las cosas. ¿De qué lado resonaría, a media noche, la trompeta del Arcángel? ¿Sobre los montes de la Sabina o sobre el mar? ¿Dónde se abriría de repente el abismo de fuego, tumba de Roma? ¿En el Coliseo, santificado por la sangre de los mártires, en las Termas de Caracalla, guarida de los demonios, o debajo del altar de los Santos Apóstoles? Los clérigos, los monjes, los doctores lo ignoraban; afirmaban solamente que la agonía de los hijos de Adán había comenzado. Y Roma, como el niño que se siente morir, y vuelve desatentamente al regazo materno, Roma trepaba las pendientes del Coelius y se apiñaba junto a las murallas del palacio de Letrán, a fin de expirar bendecida por su obispo y consolada por su rey.

Desde el crepúsculo, lentamente, de las regiones del Campo de Marte, del Transtíber, del Teatro de Marcellus y de los Jardines de Salustio, una muchedumbre obscura, dolorida: gente de humilde condición, artesanos, pobres sacerdotes, burgueses de la última clase, peregrinos llegados de muy lejos, del otro lado de los montes y que pensaban durante todo el camino, en su hogar desolado, en su casa cerrada, en los amigos que no volverían a ver más; madres despavoridas, con los cabellos sueltos, que arrastraban a sus hijos, con una cólera sorda contra Dios; monjes adustos, con la cabeza alta, que lanzaban al cielo miradas terribles; aquí y allá, los pastores de la campiña romana, los boyeros de las lagunas Pontinas, los paisanos del Látium, vestidos con pieles de animales, cuyos ojos chispeaban en la sombra de la noche; después, el hormigueo de los miserables, las tropas de mendigos escapados de las iglesias y de los monasterios, los paralíticos izados sobre los hombros de los ciegos, los lisiados rodando entre los convulsionarios, los frenéticos retorciéndose entre los leprosos encapuchados y enmascarados... la negra multitud subió hacia la basílica de San Juan, cubrió la meseta del Coelius, acampó en las soledades que, desde el Coliseo, Santa María la Mayor y la Puerta de San Lorenzo, se extendían hasta el palacio pontificio.

Encendieron grandes fuegos alrededor de la Scala Sancta, en las galerías de las antiguas murallas, bajo las bóvedas cavernosas de Minerva Médica, en los barrancos del Esquilino; y muy pronto, por todas partes, las ruinas flamearon, las torres del Aventino y del Capitolio se irguieron, bermejas, en medio de la noche, el Letrán surgió siniestro como al resplandor de una enorme antorcha sepulcral, mientras que Roma, sentada en el polvo de ese valle de Josafat, inmóvil, contemplaba el tabernáculo augusto donde estaban encerrados los dos únicos hombres que podían contener todavía el brazo de Dios.

Pero esta era una probabilidad muy débil de misericordia y salvación. El siglo que iba a terminar en breve había sido demasiado horrible. Jesucristo se había retirado visiblemente de su Iglesia. Se había visto la tiara puesta en almoneda por los barones feroces del Tusculum, y papas magos sentados en la cátedra del Apóstol. La gran abadía benedictina de Farfa se había convertido en cueva de bandidos. La sangre de los obispos y de los santos había corrido por sobre el mármol del altar. No se había olvidado ni al papa Formoso, juzgado después de su muerte, arrancado de su tumba, llevado ante sus jueces, con la mitra blanca sobre su frente lívida, arrastrado después a través de Roma y arrojado al Tíber; ni a Juan X, hambriento, estrangulado después en su calabozo; ni a Juan XII, el papa adolescente a quien el emperador Otón el Grande acusaba de adorar a Júpiter y de hacer sacrificios al demonio; ni a Juan XIV, envenenado en el castillo Sant'Angelo; ni al antipapa Juan XVI, con el rostro mutilado, los ojos vaciados y la lengua cortada, muriéndose de angustia en el fondo de un claustro.

Entonces se pensaba en el papa Silvestre, y los sencillos se estremecían de terror. Nadie en Roma amaba a este Gerberto, cuya alma fué demasiado elevada para que la comprendieran los hombres de su tiempo. Los clérigos lo respetaban por la austeridad de su vida; pero los monjes lo detestaban por la rigidez de su disciplina. En San Pablo Extramuros, los Hermanos de San Benito maldecían al papa benedictino que castigaba a los tibios y degradaba a los impuros. Le reprochaban su ciencia, sus pergaminos griegos y árabes, su Virgilio, su astronomía y hasta los relojes que lo consolaban inocentemente de los dolores del Pontificado. Lecturas criminales y obras diabólicas, decían; y el pueblo no dudaba absolutamente de que Gerberto fuese un nigromante disimulado bajo el manto de púrpura. ¿Cuántas veces un pastor, un peregrino, un burgués, un hombre de armas, extraviado durante la noche en las tinieblas del Coelius, había distinguido, en la cima de una torre, un fantasma inclinado sobre Roma dormida... al papa Silvestre, que espiaba en sus espejos los secretos del cielo? Espantado, el paseante se persignaba y huía, convencido de que había sorprendido al Santo Padre en coloquio sacrílego con Satanás. ¿Y no era, además, un misterio terrible este pontífice que había tomado el nombre del primer obispo de Roma, reconocido por el viejo imperio como obispo universal?, ¿y no reservaba Dios al Silvestre del año 1000 el presidir la caída de un mundo que Constantino había colocado en la mano tres veces santa de Silvestre I?

Muy pronto, el primer toque de silencio, el de las iglesias y conventos, resonó lúgubremente sobre la ciudad desierta y atravesó como una lamentación el cielo de Roma. En este mismo instante, un espectáculo extraño redobló la emoción de la multitud. Largos cortejos avanzaban, entre el pálido resplandor de los cirios, con un murmullo profundo de plegarias, hacia el Letrán. A la cabeza de cada uno de ellos marchaba, entre los altos faroles, la cruz velada de duelo; luego, de dos en dos, la procesión de las grandes Ordenes monásticas. Por la vía que llevaba a los Cuatro Santos, los monjes de San Pablo y toda la familia benedictina en hábitos negros; por la puerta San Juan, y siguiendo a San Nil, patriarca de los Ermitaños, los solitarios semisalvajes bajados de los peñascos de Calabria y de Apulia, descalzos, con sus túnicas de piel de cabra ceñidas por una cuerda: por la Puerta Mayor, y siguiendo a San Romualdo, patriarca de los Contemplativos, los Camandulenses de Toscana y de la Pineta de Rávena, todos de blanco, con los brazos hieráticamente cruzados sobre el pecho; en fin, por la vía consular del Coliseo, montados sobre sus mulas blancas, escoltados por sus escuderos, que llevaban antorchas, y siguiendo al cardenal vicecanciller de la Iglesia, los obispos con cimarras de color violado y los cardenales con mantos rojos; después, más lejos, conducida por el Senador de Roma, brillante con sus armaduras de acero, la caballería del Capitolio.

Entonces la vieja basílica se iluminó: de pie, en el umbral de la puerta, abierta de par en par, los dos ascetas taumaturgos, maravillas de la Cristiandad, Nil y Romualdo, acogieron al Sagrado Colegio: los obispos y los cardenales se inclinaron piadosamente ante los Padres del Desierto y penetraron con ellos en San Juan de Letrán; en el atrio de la iglesia, los capitanes de Roma se alinearon en gran silencio; los monjes se diseminaron por entre la multitud.

Las horas pasaban. Pronto la campana del Capitolio anunciaría la aproximación de media noche, y el minuto final del año 1000 vería realizarse el Apocalipsis. Pero a casa de Gerberto, hacia la cual se volvían las miradas y los corazones, seguía siempre muda y negra. En el último piso de la torre que servía al papa de observatorio para estudiar el curso de las estrellas, una pequeña lámpara brillaba, como un fanal colgado del palo mayor de un navío. Sobre las montañas de la Sabina surgía el creciente de la luna, enrojecido como por los reflejos de un incendio. A medida que se elevaba, cada vez más rojo, en el azul del firmamento, la fachada del Letrán se destacaba más formidable entre Roma y el cielo.

La angustia del pueblo iba haciéndose más y más desesperada. Los monjes vagaban de grupo en grupo, recordando las imágenes amenazadoras de las Escrituras, evocando los confusos ensueños de los milenarios, la revelación trágica de Patmos, los cálculos de la Ciudad de Dios. Ya no se podía asegurar, decían, que el mundo



iba a verse inundado de repente por un diluvio de llamas y no sería mañana más que un puñado de cenizas; pero, probablemente, el drama se iniciaría con el asalto del Anticristo contra Jesús, por el duelo le Satanás y de la Iglesia, espectáculo más terrible que la muerte fulminante del género humano. Algunos relataban el pontificado del primer Silvestre, y cómo este buen papa venció al dragón cuyo aliento infernal había matado a trescientos romanos. El santo, con la estrella en el cuello, bajó con dos sacerdotes al antro del monstruo y le encadenó la boca por medio de un hilo de seda que selló con el sello episcopal, marcado con una cruz. Pero el dragón no había muerto, pues el Anticristo es inmortal. Había esperado pacientemente, agazapado en alguna cisterna del Letrán, hasta ese día, dedicado a la liturgia del papa bienaventurado, hasta esa noche maldita, en que el segundo Silvestre rompería con sus sortilegios el sello, y libertaría al demonio. El nigromante había atraído ya a su palacio al emperador, al caballero fiel de Dios, a quien, el año anterior, el arcángel San Miguel había visitado entre los anacoretas del Monte Gargano. El amigo de Jesucristo, el joven César, de cabellos rubios, el último escudo de la Iglesia, iba a ser la primera víctima de la catástrofe universal. Y los profetas de la desgracia, a la claridad mortecina de los fuegos, con el brazo tendido, denunciaban la ciudadela papal, la lamparita que temblaba en la ventana del mago; y Roma esperaba, jadeante, la primera señal de las cóleras de Dios, la Bestia apocalíptica dando un salto hasta la cima de la torre, el golpeteo inmenso de sus alas de murciélago, el fulgor mortal de sus ojos de brasa, y el emperador romano, torturado en presencia de su pueblo, más miserable entonces que el gorrión destrozado por las garras de un buitre.

Pero allá abajo, en la bruma, del otro lado del Fórum y del Palatino, acaba de sonar la campana del Capitolio: al primer tañido del toque a agonía, la multitud, enloquecida de espanto, se echa de rodillas, con las manos juntas, sin una lágrima, la terrible voz de bronce se precipita, rueda de ruina en ruina, de colina en colina, y parece un clamor humano, imperioso y afligido, y he ahí que, de cien mil bocas, se eleva hacia el Letrán, hacia el Padre Celeste un grito único, el canto del Miserere.

Sobre la plataforma de la torre, dos sombras aparecen, el papa y el emperador. Otón, envuelto en su manto de armiño, más blanco que la nieve, el casco de oro asentado sobre su cabellera rubia; Gerberto, en su hábito negro de benedictino. El emperador se vuelve ansiosamente hacia las montañas latinas y mira por encima del Tíber el punto donde ha de mostrarse el próximo sol. Gerberto inclina su frente calva, en la actitud que le es familiar; observa tranquilamente, en sus espejos astronómicos, la infalible marcha de la hora en lo más alto de los cielos.

Y, mientras que allá abajo, en el Capitolio, el toque de silencio mortuorio resuena con volteos más violentos, y la salmodia de las multitudes crece como el bramido de un mar, de la basílica luminosa donde oran los obispos y los santos, prosternados delante de los relicario, sale, con una majestad triste, un canto nuevo: "¡Parce, Domine, parce populo!"

El papa ha levantado la cabeza; llama a sí al emperador, le muestra con el dedo el signo de las estrellas, el signo de Dios, y lo abraza. Entonces la voz de bronce parece hundirse en el fondo de la niebla lejana: sobre el Coelius y en San Juan de Letrán, los cantos de terror, el llamamiento a la piedad de Dios, se callan de repente. El emperador se arrodilla a los pies del papa: Gerberto abre los brazos como para estrechar contra su corazón a la ciudad apostólica, y en el silencio sagrado de Roma y del cielo, el viejo pontífice, desde lo alto de su torre, entona el Tedéum.

El año 1000 había pasado y no era más que un mal sueño. Los romanos volvieron a sus hogares con cánticos de júbilo; y ese año, un año de resurrección y de esperanza, en honor del papa astrónomo, cuyos astros ajustaban tan bien los relojes. Los romanos festejaron el 1.º de enero el día de San Silvestre.

DOS COMPOSICIONES DE LA POETISA CHILENA BERTA QUESADA F.

(Especiales para "Fray Mocho")

Berta Quesada F., es una joven poetisa chilena, consagrada por la crítica de su país. Hace algunos meses, la publicación de su último libro de versos, titulado "Motivos", inspiró sinceros elogios de los entendidos. Berta Quesada F., escritora original, joven aún, marcha á la vanguardia de la nueva generación de literatos chilenos. Y es una bella promesa.

Motivo

Hijo mío, quedaste adormido en mi carne
porque no encontré un hombre
que te me hiciera bello,
que te me hiciera noble,
que te me hiciera grande.
¡Yo que hubiera sufrido
los mayores tormentos por llegar a mirarte!
Hijo que no has nacido y que llevo en mi carne
i siendo todo mío, aún no acierto a nombrarte
milagro de mí misma, hijo sin carne ¡salve!

———

Chichecito, mujercita de placer,
dueles el dolor de un mundo
que tú nunca llegarás a conocer,
dueles porque eres tan joven,
por tu eterno sonreír
dueles tanto, mujercita porque no supiste ser
niña ni alcanzaste a ser mujer.
Chichecito, mujercita de querer,
mi piedad que estaba mustia
ha tornado a florecer.

Berta QUESADA F.

Santiago de Chile, noviembre de 1924.

ES PARA ALARMARSE



—¿Has leído que hay billetes de cincuenta pesos falsos?
—No me hables, Liborio. Estoy con la noticia que me ahogo con un cabello.

El marido filósofo

El profesor de la Universidad de Pittsburgh, doctor Alfred Hallquest, es un verdadero filósofo, que se rinde ante los imperativos de la realidad y se encoge de hombros cuando ésta contraría su ideal de vida.

Y por esa circunstancia, puesta ahora en evidencia, es hoy día el héroe y la admiración de los Estados Unidos.

Después de diez y siete años de matrimonio, la señora del profesor le dijo hace pocos días:

—Alfredo, no puedo quererte, a pesar de todos mis esfuerzos. Acabo de encontrar el amador perfecto.

El profesor la miró por encima de las gafas, y con la mayor serenidad le preguntó:

—¿Quién es él?

—El más bello de los militares, el mayor Fred Hart, tu amigo.

—¿No será un capricho fugitivo?—interrogó el señor Hallquest—. Ten mucho cuidado, no vayas a equivocarte.

Y no se habló más.

Pero al siguiente día la señora de Hallquest desaparecía con el apuesto comandante, quien, a su vez, había abandonado a su esposa en Cincinnati.

En vista de prueba tan convincente, el profesor, según él ha manifestado, estuvo meditando filosóficamente durante tres días acerca de lo que debía hacer.

—Al cabo de ese tiempo—sigue diciendo el señor Hellquest,—adopté una resolución decisiva. Yo soy un pobre profesor de la Universidad y me hallo muy ocupado con mis estudios. Por lo tanto, no puedo acompañar a mi mujer a las diversiones que apetece ni darle los medios indispensables para que costee el lujo que desea. En cambio, mi amigo, el mayor Hart, es rico y aficionado a los placeres de una existencia de prodigalidades. De forma que, dado su carácter, su fortuna y sus gustos, que se compaginan con los de mi mujer, puede ésta ser feliz... Pues bien; que lo sean los dos.

Y al día siguiente presentó la demanda de divorcio.

Por otra parte, el mayor Hart ha presentado también otra para separarse de su esposa y poder contraer matrimonio con la señora Hallquest.

Ahora la madre de la señora Hallquest declara que hace un año su hija le declaró que era muy desgraciada con su marido, el cual la quería tanto y estaba tan prendado de su belleza, que, deseando conservarla incólume y evitar que su salud sufriera el menor detrimento, tratábala como a una hija.

—Ese miserable—añadió la vieja,—no comprendía los secretos que guarda el corazón de la mujer.

El mayor Hart era íntimo amigo del profesor, y a diario le visitaba en su domicilio. Las visitas del comandante llegaron a interesar tanto el corazón, hasta entonces vacío, de la señora, que al fin lo colmaron de amor, y mutuamente se confesaron su pasión.

El mayor manifestó a la señora Hallquest que se lo confesara todo a su esposo para ser leales y poder unirse en matrimonio: pero como el marido era un filósofo y tenía que meditar sobre el caso, ellos no tuvieron paciencia para esperar el término de tantas cavilaciones, y resolvieron huir juntos.

SECCION VERMOUTH

NO ESTABAN EN RAZÓN

En casa de Emilita hay un lindo canario. El otro día sale la niña con su tía a dar un paseo y al pasar por una pajarería se fija en una jaula llena de verdes cotorritas, y exclama:

—Tía. Mira cuantos canarios que no están maduros aún.

DEFINICIÓN

—¿Qué es un bígamo?

Un hombre que ha cometido el mismo error dos veces.

CAMBIO DE CORRESPONDENCIA

—Señorita Mercedes—exclama el gerente. Haga usted el favor de no escribir a su novio durante las horas de oficina, pues se mezclan las cartas... Aquí recibo una del Paraguay, en la que un cliente me dice que le hemos enviado un cargamento de besos y abrazos en lugar de las naranjas que nos pedía.

ARGUMENTO APLASTADOR

Discutían acerca del vicio del alcohol y uno de los presentes exclama:

—Digan lo que quieran, ha causado siempre más víctimas el agua que el alcohol.

—Eso lo dice usted, pero no lo demuestra...

—¿Que no? ¿Y el diluvio universal?

Todos los presentes le dieron la razón.

SALVANDO LA RESPONSABILIDAD

—Pero, padre—exclama Vicente. —El poeta nace, no se hace.

—Mira—le responde el padre.—Escribe todas las paradas que creas convenientes, pero no nos metas en esos asuntos a tu madre y a mí.

ÚLTIMA MODA

—¿Has visto mi nuevo vestido de baile?... Es un encanto, un poema...

—Por el tamaño parece más bien un epigrama.

IBAN DE ACUERDO

—¿Ha llegado su esposo a comprenderla a usted, señora?

—Yo creo que sí. Este mes me ha aumentado la cantidad que me da para los gastos.

UNA CHICA MUY ATAREADA

—Pero, Dolly, ¿cuándo vas a demostrarme un poco de cariño?

—Si es que entre aprender a jugar el mah-jougg y el automóvil no me queda tiempo para nada...

LE MIRÓ LA CARA

—Esposo mío. Voy a ir esta tarde a un instituto de belleza... ¿Quieres darme cincuenta pesos?

—¿Cincuenta pesos? ¿Y crees que te transformarán por esa cantidad?

UN CHICO DE TALENTO

—¿Es despejado su hijo de usted?

—¡Ya lo creo! Quisiera yo saber manejar a su madre con la misma facilidad que él.

MODOS DE DECIR

—La esposa de Juan se ha ido a vivir a casa de sus padres...

—¡Qué pena! ¿Y por qué se han separado?

—No. Si Juan se ha ido también a vivir allí.

ERA TUERTO

—Estoy buscando a un hombre pequeñito, con un solo ojo—exclama la señora, que ha perdido a su esposo entre la gente.

—Señora—responde uno—. Si el hombre es tan pequeñito es preferible que lo busque con los dos ojos.

EN LA CÁRCEL

—Vea—dice el director—. Está usted en libertad y por un error lo hemos tenido encerrado un mes más de su condena.

—No importa, señor... siempre que se acuerde de descontármelo cuando vuelva.

LA CARA LO PROTEGIÓ

—Yo jamás besé a una muchacha hasta que encontré a tu madre. ¿A ver si puedes tú decir a tus hijos lo mismo?

—Pero, papá. Piense usted que yo tengo una cara distinta a la suya... Yo me parezco a mamá.

¿El crimen con forma literaria?

Por VICENTE DEL OLMO

Rítmicamente, al compás del tintineo de la linotipia, para que la máquina se las trague con gula heliogabálica y las devuelve plasmadas en líneas de plomo, el periodista tiene que improvisar cuartillas. Y la actualidad palpitante, como densa y pesada neblina enloquecedora, forma la atmósfera de una redacción. Una hoja impresa jamás puede dejar a sus lectores sin ninguna de sus cotidianas secciones. Y a veces, como a menudo acontece en "El Iris de Paz", magacín intercontinental del estado de Boston, que cuenta actualmente con la respetable cifra de 1.000.001 lectores, el confeccionador suda tinta entre los rodillos, las bobinas de papel, las rotativas y los chibaletes del establecimiento tipográfico, para dar asilo en la platina al alud de composición que encima se le precipita.

No hace mucho, "El Iris de Paz" anunció en gruesos caracteres, que se destacaban del resto de la composición, que el célebre literato austriaco von Kamelof, recién llegado a los estados de la Unión, daría forma literaria al primer crimen que en Boston aconteciera. Todos los días, al filo de la una de la tarde—el periódico murciélago llámase en Boston a "El Iris de Paz",—von Kamelof sentábase en el despacho que se le destinara en la redacción del gran magacín. Allí comía, bebía, fumaba y aguardaba impaciente que el reportero de sucesos diese el golpe de teléfono y empezase a comunicar los horrores de alguna tragedia del arroyo. Pero la maldita casualidad, una enervante casualidad, hacía que en Boston se sintiese apacible la gente. Una mala cuchillada no enturbiaba el límpido cristal de las aguas del lago callejero. La ciudad de Boston, no hace mucho, era una abrumante región paradisíaca, sin escándalos ni reyertas. Hasta los mismos chinos, tan egoístas en eso del arroz, para que los ciudadanos de Boston no tuviesen motivo alguno de queja, habían dejado de comer el grano con palillos. Comía, bebía extraordinariamente, fumaba y cobraba mil dólares diarios a la administración de "El Iris de Paz" von Kamelof. El director de la publicación, que no podía soportar las tragaderas del austriaco, cada vez que veía pasar al camarero con una batea de platos decíase malhumorado:

—¡Un hombre que come tanto no puede escribir bien!...

Nada hay eterno. Y efectivamente, no bien había degustado el primer sorbo del moca con que aromatizaba lo ingerido von Kamelof, cuando: ¡Rrrr...! El teléfono... Míster Taleguilla, el redactor de sucesos, daba notas y más notas de un crimen sensacional. "Días de nada, vísperas de mucho...", dice un refrán yanqui. El planeta habíase convertido en un caos. Terremotos en la India, fusilamientos de bolcheviques apóstatas en el corazón de Rusia, naufragio de tres transatlánticos en el Océano Pacífico — ¡...! —conmociones políticas en Centro América...

—Oiga, monsieur...—dijo el director de "El Iris de Paz", suspirando por el poco espacio que podía concederse al suceso literario.

—Von,—interrumpióle Kamelof.

—No contamos nada más que con tres columnas para el crimen.

Empero el secretario de redacción, escrupuloso cumplidor de su deber, y, por lo mismo, siempre inoportuno, irrumpió:

—La isla de Santi Petri, la de las columnas de Hércules, señor director, espontáneamente se ha puesto a flote.

—¡Caray!...—murmuró el director.

—¡Eso, hinchado con la habilidad sensacional de Taleguilla, será el non plus ultra!...

—A los doce puntos de Wilson, señor director—acongojado dijo el redactor político,—por una coma mal puesta en la cancillería nuestra de Berlín, se les da una nueva interpretación en Alemania.

Y simultáneamente el redactor de sports, el de modas, el cronista musical, el crítico literario, como gigante tromba que absorbiera las tres columnas disponibles, precipitáronse con una pirámide de original... ¡Horror!... ¡Sólo quedaban cuatro líneas para el crimen!... A von Kamelof le giraban vertiginosamente los ojos en las pupilas. El director de "El Iris de Paz", con cierta sonrisilla mefistofélica — ¡para el director del magacín de Boston un suceso trascendental no podía ser narrado por otra persona que no fuese el redactor Taleguilla!...—advirtió:

—Ocho líneas sobrantes. En ese espacio tiene que ir el crimen.

Von Kamelof enclaustróse en el despacho. Llegada la hora del cierre, las cuartillas del crimen literario no habían aparecido aún. Hubo que descerrajar la puerta del despacho, y...

A la siguiente fecha, todos, absolutamente todos los diarios de Norte América recibían el siguiente telegrama:

"Von Kamelof, literato austriaco, indigestionóse crimen acaecido ayer; encontrádoselo muerto sobre cuartillas intentar redactarlo. Imponente duelo gente letras, periodistas. Camino necrópolis, contra féretro Kamelof chocado autocamión. Muertos, Chauffeur, conductor coche fúnebre; heridos, trece acompañantes entierro. Espantáronse caballos; cadáver von Kamelof, reventádose ataúd, rodó barrizal arroyo. Espectáculo macabro. Cascos caballos desbocados despedazaron restos escritor austriaco."

Resistencia de los vegetarianos

El doctor Irving Fischer ha tomado 49 individuos, netamente divididos en tres categorías, a saber: atletas que comen carne, atletas que comen sólo substancias vegetales, y hombres sedentarios que comen únicamente substancias vegetales.

Ya en posesión de estos sujetos, los sometió a diversos ejercicios, como flexión de rodillas, levantar una pierna estando acostados, etcétera, coronando las experiencias con una decisiva que consiste en mantener extendido un brazo.

La derrota de los carnívoros ha sido espantosa; el que más, tuvo media hora el brazo tieso, siendo diez minutos el término medio de la permanencia en esa posición.

En cambio, de los treinta y dos vegetarianos sometidos a esta prueba, veintidós pasaron de media hora, cuatro aguantaron dos horas y uno tres horas.

Concejal Angelito M. GIMÉNEZ.

PAPEL Y TINTA

CUENTOS DE ITALIA, CUENTOS DE RUSIA Y CUENTOS DEL CERTAMEN, Edición de la Biblioteca Literaria Argentina Floreal, Buenos Aires.

La biblioteca que dirige el señor Florencio E. Alvo, ha publicado recientemente tres interesantes volúmenes con el título de estas líneas.

El primero de los libros citados lo constituye una serie de cuentos de tres autores italianos que han alcanzado gran popularidad: D'Annunzzio, Pirandello y Bracco. Hay en estos trozos de vida una naturalidad inexplicable, la cual se une a la originalidad. Los cuentos están desarrollados en el país del arte; el alma apasionada de sus protagonistas fluye de ellos, donde la observación es la parte tónica. Sus autores han buscado consiguiéndolo, el dolor devastador de las almas de sus héroes, como así también la pasión devoradora.

El segundo de los tomos de referencia lo constituyen cuentos de escritores rusos. Plumas ventajosamente conocidas, en cuyos trabajos campea la exactitud, el reflejo del ambiente ruso. Como todos los escritores de aquella región, de donde ha repercutido el nombre de Gorki y otros más, éstos. han sabido poner todo el fuego de sus almas vibrantes. en esos trozos de vida, de dolor y angustia. Nada hay que haga empalidecer estos cuentos tan hábilmente seleccionados y que vienen a enriquecer la literatura mundial.

En cuanto al último de los tomos citados, lo forman los cuentos premiados en el certamen que realizó esta Biblioteca, recientemente, cuyo jurado estaba formado por Payró, Echagüe y David Peña. La iniciativa de este concurso se debe a la plausible idea de su directòr el señor Albo, quien persevera con su obra de difundir nuestra literatura, como así también la extranjera. Es, en efecto, una manera de despertar en el cuento las manifestaciones de su alma, unidas, siempre, a la observación. Los cuentos de este volumen son originales y su estilo es sobrio y delicado.

El señor Alvo merece un aplauso por la difusión de obras de buenos autores, las cuales son un exponentes las que menciono en esta reseña, y que, como las anteriores vendrán a enriquecer, desde luego, nuestra literatura.

F. B. V.

MEMORIA DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA

Hemos recibido la Memoria informativa de los trabajos, obras y servicios de mayor importancia, realizados por la Sociedad de Beneficencia de la Capital, durante el pasado año de 1923, que la ex presidenta de dicha importante institución, señora Sofía Arning de Bengolea, eleva al ministro de Relaciones Exteriores y Culto.

La vasta y humanitaria labor anual llevada a cabo por la Sociedad de Beneficencia, se halla comprendida en un volumen de más de 500 páginas, donde se registra el movimiento habido en los numerosos establecimientos, cuyas funciones dependen de la institución que nos ocupa; y para dar una ligera idea de las extensas proporciones que alcanza la actuación de la Sociedad, enumeramos los siguientes capítulos contenidos en la Memoria:

Legados y donaciones.—Fondos de pobres.—Decenas de lotería.—Venta de propiedades.—Estadística general de enfermos y de asilados.—Hospital Rivadavia.—Hospital Nacional de Alienadas.—Asilo de Alienadas, de Lomas.—Hospital de Niños.—Sanatorio Marítimo.—Solarium.—Hospital Oftalmológico.—Hospital Vicente López y Planes.—Casa de Expósitos.—Instituto de [illegible] Infantil "Mercedes de Lasala y Riglos".—Asilo "Estela Matilde Otamendi".—Casa de Huérfanas.—Instituto "Pizarro y Monje".—Asilo "Saturnino E. Unzué".—Asilo "General Martín Rodríguez". — Asilo de Huérfanos. — Colonia "Crescencia Boado de Garrigós".—Hogar Ex alumnos".—Costurero Central.—Instituto "Angel T. de Alvear".—Asilo "Manuel Rocca".—Asilo para Ancianos.—Instituto "Plácido Marín".—Colonia de vacaciones, etcétera.

Además, contiene la memoria el balance de los fondos administrados por la Sociedad; el discurso pronunciado por su ex presidenta, señora Sofía Arning de Bengolea, en la ceremonia de la distribución de premios a la virtud y el informe de la Comisión Visitadora.

El total de los fondos recibidos en 1923 por la Sociedad de Beneficencia, por diversos conceptos, alcanza a $ 8.649.131.75, que fueron distruibuídos así:

Por personal y gastos ordinarios de los establecimientos, $ 4.691.340.72; por alquiler decenas de lotería, $ 469.705; por limosnas, $ 9.584.60; por premios a la virtud, $ 51.738.55; por corso de las flores, $ 7.089.88; por construcciones, reparaciones y gastos diversos de orden general, $ 2.020.371.97; por devolución de vacantes, personal efectivo, $ 34.659.81; por pago de salario mínimo y aumento proporcional, $ 772.253.24; devolución sobrante de diferencia de sueldos y salario mínimo, $ 54.896.54; por saldo, $ 537.491.44; total, $ 8.649.131.75.

Como se deduce de lo anteriormente expuesto, no puede ser más amplia y plausible la obra humanitaria realizada por la Sociedad de Beneficencia, cuya escrupulosa y correcta administración, le han rodeado de los más sólidos prestigios en la opinión pública.

La fecunda simiente que hace un siglo sembrara el genio de Rivadavia, y que tan provechosos frutos rinde hoy, constituye una de las grandes instituciones que honran a la República Argentina.

HEMOS RECIBIDO: **Los dos**—Novela por Juan Felipe Mantecón. Edición Julio Suárez. Buenos Aires.

Memoria de la Junta Ejecutiva del Monumento a Rivadavia. Relación de sus antecedentes y trabajos realizados, 1912-1924.

Boletín de la Unión Panamericana—Volumen LVIII. Número 12. Diciembre de 1924. Wáshington.

Inter - América—Volumen VIII. Número 4. Nueva York.

Boletín de Fomento y Obras Públicas—Año II. Número 6. República de San Salvador.

Hispania—Volumen II. Número 43. Nueva York.

Alemania Ilustrada—Gaceta de Munich. Año IV. Número 43. Munich.

El más allá y las fuerzas desconocidas

He tenido ocasión de oír el otro día a M. Jules Bois, que ha hecho del ocultismo una agradable y atrayente especialidad. La asamblea era distinguida y numerosa. Untuoso, armonioso e irónico, en tono de prédica y con voz cantante nos dijo lo que era el maleficio en general, y en particular, el maleficio de odio.

Nos pidió ante todo que consideráramos que el hechizo moral, es decir, la influencia de una voluntad sobre otra, es uno de los hechos más comunes: que muchas veces se ha visto que una voluntad fuerte se apodera de una débil, la arrastra, la envuelve. Luego, haciendo a un lado las metáforas, pasó a la descripción del maleficio tradicional, que es el de odio.

La operación es conocida. Se toma cera virgen, es decir, que no haya servido para otros usos; porque, siendo virgen, podrá embeber mejor la voluntad de uno. Con esta cera se modela una figurita a semejanza del ser a quien se odia. Se la viste con pedazos de tela sacados de las ropas del enemigo; si es posible conseguir algunos cabellos de éste y uno de sus dientes para amueblar con ellos el cráneo y la boca del muñeco, tanto mejor. Después de esto, y sin dejar de recitar continuamente fórmulas mágicas de imprecación, se ponen ustedes a traspasar interminablemente, con alfileres o agujas de tejer, las diversas partes del cuerpo, y especialmente, el rostro de la figurita, y el enemigo empezará a sentir entonces los dolores más atroces en los sitios correspondientes de su cuerpo y de su rostro. Por último, arrojan ustedes la figurita al fuego, y el enemigo muere de repente.

—Sin embargo, resulta a veces que no se muere — agregó M. Jules Bois con una sonrisa que le valió inmediatamente mis simpatías.

Una vez descripta la operación, M. Jules Bois hace saber que, va a dar "su explicación psicológica, y luego, su explicación científica". La explica, observo, después de haber confesado que no acostumbra salir bien, y quizá hay en esto una pequeña contradicción.

Confieso que no he comprendido muy claramente la "explicación psicológica": M. Jules Bois tampoco, según me ha parecido. La "explicación científica" sí; no es tan prudentemente vaga. Según M. Jules Bois, la exteriorización de la "sensibilidad" y la "telepatía" explicarían fácilmente el buen éxito (supuesto) del maleficio.

El joven e intrépido demonólogo nos recuerda que hay sabios "muy serios" que, operando con enfermos, han podido transportar fuera del cuerpo de estos pobres diablos, a varios centímetros de distancia, el asiento invisible de su sensibilidad, y han metido esta sensibilidad en un frasco con agua, o la han incorporado a un pedazo de cera; de suerte que el sujeto, perfectamente insensible si se le pinchaba la piel, sufría cruelmente cuando se agitaba el agua o cuando se traspasaba de parte a parte la cera, y perdía el sentido si se echaba el agua o la cera, en el fuego.

Bueno, así será. Sólo que... he asistido varias veces a esas sesiones de brujería "científica", y afirmo que, en toda ocasión, o los experimentos han fracasado (y con especialidad, el de la exteriorización de la sensibilidad), o cuando tenían buen éxito, podían explicarse satisfactoriamente, fuera por la complicidad y la pillería del "sujeto", fuera por la inocencia y la credulidad del experimentador.

Y no digo nada más; yo no dudo absolutamente de la sinceridad de los sabios cuyos nombres respetables ha puesto en línea M. Jules Bois, a guisa de argumentos; pero quisiera estar más convencido de la sangre fría y de la lucidez mental de todos ellos. Y como yo no voy a repetir sus experimentos (¿podría, acaso, estar seguro de conservarme durante su curso más lúcido y más perspicaz de lo que ellos pueden haber estado?) me considero obligado a reservar mi juicio. Yo no niego; yo sé que no lo sabemos todo; pero creo no ignorar qué cosas son las que no sabemos.

En cuanto a la "telepatía", que tanto agita a los ingleses en estos momentos, ella es en resumen, la aparición, a través de grandes distancias, de una persona a otra. Esto sucede, por lo general, cuando la persona aparecida está a punto de morir. En muchas familias se conserva el recuerdo de fenómenos semejantes. Y esto es misterio, pero no es propiamente, "extraordinario"; porque la alucinación es "un hecho". Lo curioso es que la alucinación sobreviene, a veces, precisamente en el momento de la muerte del ser lejano que de pronto se nos aparece. Pero, como es natural, no se observan más que estas coincidencias, y se descuidan los casos en que ellas no ocurren. Lo decididamente "extraordinario" sería que una persona alejada de nosotros se nos apareciera en el momento que quisiese y por un esfuerzo de su voluntad. Y no creo que un hecho de esta especie haya sido comprobado "científicamente" hasta ahora.

Sea como fuere (y haciendo a un lado la cuestión de que el maleficio no necesita absolutamente ser explicado desde que no se puede asegurar que haya producido alguna vez su efecto), no veo muy bien qué luces podrían arrojar sobre la cuestión la exteriorización de la sensibilidad y la telepatía, fenómenos dudosos también. Porque, hasta hoy, no se ha podido exteriorizar la sensibilidad sino en sujetos enfermos, muy enfermos, y a muy cortas distancias: el recurso no sería, pues, de ningún valor contra un enemigo distante y sano.

Y por otra parte, si admitimos que la telepatía puede practicarse "a voluntad" y que somos capaces de matar de lejos a un enemigo a fuerza de quererlo así, esta telepatía haría completamente inútiles el muñeco de cera y los pinchazos.

Jules LEMAITRE.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

MEDIDA PRESERVATIVA CONTRA EL FUEGO DE LOS VESTIDOS

Si el fuego ha prendido en los vestidos, rodear la parte prendida con una tela, lo más gruesa posible (alfombras, mantas, cortinas, abrigos); se debe arrastrar hasta el sitio donde está la campanilla o la ventanilla para pedir socorro, si se corriese se activaría la llama.

Tratamiento local. — 1.° Regla general. Siendo debidos los dolores en gran parte al levantamiento de la epidermis, debe tenerse cuidado de no rasgar las ampollas, se deben pinchar estas por la parte inferior para que salga el líquido.

2.° Quemadura por el calor. Limpiar cuidadosamente las partes quemadas con un paño muy suave empapado en agua, hacer una emulsión con clara de huevo y aceite de oliva (batiendo uno con toro), después, con un pincel, embadurnar las partes lastimadas; esto se debe hacer de un modo continuo.

Este procedimiento quita el dolor; si el dolor reaparece, se vuelve a efectuar la misma operación. La emulsión forma una costra y debajo de ésta se efectúa la cicatrización de la herida.

Se puede curar también con una tela agujereada, mojada en el linimento óleo-calcáreo, mezcla de aceite y agua de cal, o una pasta formada por agua y magnesia calcinada, o mejor aún, con gasa o algodón hidrófilo, mojados en una solución de ácido pícrico, que suprime el dolor, antiseptiza la herida y renueva rápidamente la epidermis.

Si se emplea este último método, no deben ponerse encima telas impermeables como ser tela engomada etc., pues la evaporación debe ser rápida, so pena de accidente.

3.° Quemaduras producidas por ácidos. Lavar abundantemente con agua saturada de jabón, agua de cal, creta o una solución de bicarbonato de sosa, y después curar con una gasa mojada en estas soluciones.

Consultorio del hogar

CUIDADOS DEL INTERIOR

Para poder exigir de un servidor una minucia para los cuidados del interior, es preciso respetar su trabajo, mostrarse uno mismo cuidadoso, y no destruir sus esfuerzos con negligencias ni descuidos.

El servidor que conoce bien su servicio se da mucho trabajo para entretener la limpieza, la belleza y la elegancia de la casa. Barre, quita el polvo, cepilla, sacude las alfombras, lo arregla todo y cuando el interior reviste ya el aspecto de una casa bien cuidada, sin miramientos a un trabajo se ensucia, se desarregla todo y el desorden impera allí donde pacientemente él ha puesto la armonía, se descorazona, y la negligencia viene a reemplazar toda su buena voluntad.

Debemos, pues, animar al criado trabajador, y no desmoralizarlo. Si queremos obtener un buen resultado hay que ayudarle, no sólo con nuestro consejos sino que con nuestro ejemplo.

Se debe también, cuando el servicio no está completo, tomar parte en sus cuidados.

Es evidente que cosas frágiles, manejadas por manos toscas, a veces torpes, se deterioran y rompen. Exigir que una sola sirvienta efectúe todo el trabajo de la casa, es querer lo imposible y apurarla, hacerle perder la cabeza, y, por lo tanto, traer a la casa una perturbación desastrosa.

Pero, fuera de esto, es preciso demostrarse muy estricto sobre el empleo del tiempo, y sobre el modo de cumplir el servicio.

No se debe autorizar ninguna negligencia, y sólo después de pasar revista al trabajo hecho se dirigirán las observaciones merecidas.

Cuando la mujer ignora los cuidados de una casa, jamás podrá tenerla bien arreglada, a menos que tenga la suerte de caer con criados bien enseñados y pagados a precio de oro.... ¡y aún así! Los criados suelen inclinarse ante la superioridad.

Cuando reconocen que la señora de la casa puede pasar sin ellos por saber bien su papel, los criados no son arrogantes, pues saben muy bien que no se aceptarán sus condiciones aunque intentaran imponerse en circunstancias embarazosas.

Consultorio femenino

María Luisa A. Adrogué. — Para pintar sus labios puede utilizar:

Vinagre rosado	100 gramos
Alcoholato de jazmín	10 „
Carmín	60 „

Se pone todo en un frasco y se agita hasta que se haya mezclado bien. Debe agitarlo cada vez que deba utilizarlo y páselo por los labios con un pincelito o con un algodón. Si el frasco tiene tapón esmerilado puede emplearlo para pasarlo por los labios.

Amelia. Azul. — Para blanquear y vigorizar la piel, haga preparar la siguiente receta:

Eter	1 cucharada
Glicerolato de almidón	50 gramos
Alcohol a 35°	100 „

Haga fundir el glicerolato y agregue el alcohol, después el éter. Se guarda en frascos cuidadosamentet cerrados, y se emplea para masajes del cutis.

Juana C. La Plata. — Para curar ese callito, haga preparar:

Vaselina	10 gramos
Acido acético	10 gotas

Raspe el callo y aplique la pomada, téngala media hora. Luego tome un baño de pies con sal.

Lola D. Capital. — Para fortalecer las piernas, haga hervir, hasta que se reduzca a la mitad:

Corteza de roble pulverizada	32 gramos
Tilo	30 „
Hojas de nogal	60 gramos
Agua	2 litros

Se cuela y se agrega:

Alumbre en polvo	10 gramos

Se aplica en compresas cada noche y se tiene durante media hora.

Aída Z. Ramos Mejía. — Esta loción le suavizará el cutis:

Aceite de olivas	20 gramos
Aceite de camomila alcanforado	20 „
Aceite de almendras dulces	20 „
Tintura de benjuí	5 „
Lanolina	100 „

Mezcle todo y guarde en frascos. Se pasa por la cara con un algodón, cada noche al acostarse.

NOTA. — Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolivar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

PARA LA PIEL ARRUGADA

Una piel es rugosa cuando no se cuida, cuando se hace uso de un mal jabón, cuando el agua de la que uno se sirve para lavarse es muy cruda o muy fría. Es preciso emplear un jabón de buena calidad, hacer hervir el agua y cuidar mucho la epidermis si se quiere suavizar, satinar y hacerla agradable a la vista y al tacto. Cada noche, después de lavarse con agua tibia, pasarse sobre la piel con una tela fina la mezcla siguiente:

Leche fresca	1 cucharada
Jugo de limón	1 „
Alcohol	1 „

Déjese secar y empólvese con polvo de almidón por la noche. De mañana, después de lavarse, se dan masajes con un cold-cream y empólvese con polvo de arroz mezclado con polvo de raíz de iris.

LECHE DE BELLEZA

Mezcle, en un frasco que será, si es posible, con tapón esmerilado:

Tintura de benjuí	60 gramos
Agua de rosas	150 „
Glicerina	15 „
Esencia de verbena	2 „
Bórax	2 „

Se obtiene así una leche tonificante con la que se limpiará el cutis todas las noches, al momento de acostarse. Se humedece un algodón hidrófilo y se pasa por todo. Cuando esté sucio se tira, se toma uno nuevo y se recomienza la operación, y así se continúa hasta que el algodón esté limpio después de pasarlo por la piel.

Esta limpieza es muy saludable, activa la circulación y mejora la epidermis.

Bordados para blusas o camisolines



Los monogramas enlazando dos o tres iniciales no están muy de moda... Pero los camisolines resultan un poco severos si no se les adorna con un monograma en la presilla o en la cinta anudada como corbata alrededor del cuello; una rosa estilizada, una mano de fatma, florecitas bordadas con tonos vivos, o encuadrado en un rombo un misterioso motivo árabe. En esta página os ofrezco algunos motivos, de los que podéis elegir el que os agrade, aunque cualquiera de ellos os dará una nota personal y de buen gusto. Podéis bordarlos con algodón, seda o cordoné.

Las grandes amorosas

Las figuras de las mujeres que han amado mucho quedan siempre rodeadas de un interés que atrae a todas las almas femeninas.

Acabo de escuchar la hermosa conferencia pronunciada en el gran teatro nacional de Lisboa, por el ilustre escritor señor Sousa Acosta, sobre el tema que sirve de epígrafe a esta crónica.

Oyendo las inspiradas frases y acertados comentarios, hemos visto pasar las figuras de las grandes enamoradas, que parecían aparecer a su conjuro y cruzar el amplio escenario, mostrando las llagas de sus pasiones.

Desde las mujeres bíblicas, las paganas, las mártires enamoradas de Jesús, hasta las heroínas del amor humano, ninguna de las grandes amorosas fué olvidada por el conferenciante.

Al fin, tres figuras elegidas por él forman un admirable tríptico: Heloísa, la Vallière y Sor Mariana.

Es esta última la que tiene para nosotros más novedad, porque siendo la que tenemos más cerca la hace más desconocida. Sor Mariana es portuguesa.

La figura de la monja no tiene más destaque que su amor. Entra niña en un convento, el de la Concepción de Reja, y de toda su vida no tenemos noticias. No podría afirmarse siquiera si fué morena o rubia, ni si era un portento de belleza.

Pero una nota curiosa, deducida de las biografías de las principales enamoradas, es su longevidad.

Casi todas las grandes enamoradas han muerto ancianas, excepto las que llevaron unida a sus amores la tragedia.

Es indudable que esta larga existencia perjudique a la poesía. Por eso, sin duda, los poetas no llevarán al teatro a algunas de sus mujeres que, se puede decir, estropearon sus figuras con la supervivencia de sus amores.

Enfría el entusiasmo del poeta la visión de la octogenaria, olvidada ya de su pasión, y tal vez arrepentida. Esa longevidad es como la traición a sus amados. Y las tres figuras del admirable tríptico de Sousa Costa han cometido su traición.

Sobre todo, los ejemplos de longevidad se dan en casi todas las grandes enamoradas portuguesas. El ilustre escritor Rocha Martins dice humorísticamente que, de no haberla matado, Inés de Castro viviría aún.

Parece que el mismo amor que las domina las sostiene. Es un fenómeno lógico, que la fuerza vital, la gran energía de un amor tan excepcional, corresponda a organismos vigorosos, capaces de resistir y de alcanzar una larga vida.

Se puede deducir de esto que el amor no mata, como vulgarmente se cree, sino que, por el contrario, el amor es un elixir de longevidad.

Carmen de BURGOS.

COLABORACION ESPONTANEA

¿Todo ha de ser así?

Has dormido el tiempo de innúmeras edades: ¿y no despertarás esta mañana?

Kabir, XIX, 3.

¿Todo ha de ser así, grave y sombrío,
para mi pobre juventud cansada?
¿Qué me aguarda en mitad de la jornada
que no vislumbra mi intuición, Dios mío?

No dejes que este llanto, tan impío,
velando el lago de mi azul mirada,
me reste un poco de la paz lograda
tras de tanta oblación y desvarío!

Apareció el gurú sobre mi huerto..
¿Qué me dijo el gurú, cuando en mis hombros
sus manos apoyó, con gesto incierto?

—"Pronto hallarás tu corazón despierto".
Y hoy removiendo mi montón de escombros,
lo he hallado, sí, pero hallado... muerto!

Emilio Germán ANDRICH.

Es tu instinto

Rojo y blanco cual tu cuerpo, cual tu alma,
en sus fiebres de pecado y contrición.
Tiranuelo que te roba audaz la calma
y te ofrenda al mismo tiempo redención...

Luz que guía con maléficos indicios
los misterios de la vida y del dolor
y te inspira atrabiliario el sacrificio
de las leyes más divinas del amor.

Lodo infame que salpica a tu alma pura,
los emblemas de tu lírica locura
y las alas del bajel de tu ilusión...

El cilicio de tus místicos martirios,
nube roja de tus trágicos delirios,
cruz eterna de tu inmenso corazón!

Albino REY.

Ahora es primavera

Ahora que las hojas reverdecen
en la arboleda del camino;
ahora que las aves, con su trino
matinal, las almas enternecen...

Ahora que todo es un arrullo;
que nuestra vida es un retoño
del triste vendaval de otoño
y que el rosal ya está en capullo..

Ahora que la frágil mariposa
bebe en las flores ambrosía,
más bello amanece cada día
y la aurora vemos más hermosa;

ahora que la brisa pasajera
todo impregna en el primer albor;
ahora que las musas del amor
llegaron... ahora es primavera!

Raimundo SAN JUAN MIGUEL.

Mi ruego

Para mi gran amigo José Marchese, con cariño.

Obrerita pizpireta
que inspiraste a Carriego,
detén tu paso, coqueta,
aguarda y oye mi ruego:

Déjame hallar en tu boca
lo que jamás encontré,
al besar, con ansia loca,
la mujer de cabaret.

Esa mujer, ¡oh ironía!
que nos besa apasionada
con el alma fría, fría...,

que acaricia, interesada,
porque sabe que la orgía
ha de ser muy bien pagada!

Miguel GALLUZZO.

DE LA VIDA INTENSA



—¿Con que viuda por tercera vez?
—Temporalmente; sí, señora.

La escuela de las flores

¿Verdad mamá que también
las flores van a una escuela?
Cuando las Hadas del viento
y la lluvia abren la puerta,
al campo salen corriendo
como muchachas traviesas
vestidas de azul, de blanco,
rosado, rojo, o violeta...
¡Y hay que ver cómo se mojan
sus zapatitos de seda;
sus labiezuelos pintados
y sus cortitas polleras!
ya, tomadas de la mano,
saltan, corren, bailan, juegan
en la costa de los ríos,
sobre el valle, entre las piedras. .
y si pasa el chico feo,
el más pobre de la aldea,
¡si vieras cómo lo quieren!
Las más bajitas le besan
los pies; las grandes le tiran
polvo de oro en la cabeza.
Esa escuela de las flores
está debajo la tierra.
Y es verdad, también las ponen
a cumplir su penitencia.
Porque cuando no hace viento
ni llueve, cierra la puerta
su maestro; ellas estudian
sus lecciones. Y si afuera
se escapa alguna, al rincón
de rodillas se la deja...
¿Y sabes por qué de noche
mirando al cielo se quedan?
Es que cual yo, al acostarse
a una mamá que las besa
buscan; pero su mamá
que es otra Hada, allá en la estrella
tiene su casa, y siempre
no puede bajar a tierra.
Ellas le tienden los brazos
y Hada sólo les contesta
con las gotas de rocío
que en sus boquitas abiertas
cae del cielo. Al rato agachan
sus cabecitas y rezan.
Después las hamaca el viento
y sobre el pasto se acuestan.
¿Verdad, mamá, que las flores
de día van a la escuela?

Paulina SIMONIELLO.

Femenina

En cada fulguración
de sus pupilas extrañas
asoma, tras las pestañas
la bíblica tentación:
¡De sus pupilas extrañas
en cada fulguración!

De sus frescos labios gruesos
el encendido clavel,
¡Cuánto fuego y cuánta miel
debe poner en sus besos,
el encendido clavel
de sus frescos labios gruesos!

Su cabellera moruna
es cabellera que asombra:
parece un jirón de sombra
robado a una noche bruna.
¡Es cabellera que asombra
su cabellera moruna!

Ante el mágico temblor
de sus senos florecientes:
¡Cuántas frentes, cuántas frentes
desmayarían de amor,
de sus senos florecientes
ante el mágico temblor!

En la euritmia escultural
de sus mórbidas caderas
sus diez y ocho primaveras
cantan un himno triunfal;
¡de sus mórbidas caderas
en la euritmia escultural!

Basta con verla una vez
para sentir su atracción,
y dejar el corazón
de amor rendido a sus pies
¡para sentir su atracción,
basta con verla una vez!

Domingo F. ARIETTI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

KATARA. Recuerdos de Hana-Hiva

(Narración polinésica)

(Capítulos del libro de este título)

Por RAFAEL CALZADA

XIII

UN CONFLICTO

Dicho así, a grandes rasgos, según mis notas y mis recuerdos, lo que eran, cómo vivían y lo que creían aquellos hombres, cuyo estudio acaso mereciese algunos volúmenes, no obstante su simplicidad, o precisamente por ella, vuelvo a la narración de mi vida y la de mis compañeros, los cuales, especialmente don Miguel, parecían menos resignados que yo a la dura fatalidad que nos perseguía.

Los isleños se mostraban cada vez más bondadosos con nosotros, considerándonos como si hubiéramos sido sus compañeros de toda la vida, especialmente al ver el empeño que poníamos en conocer su idioma. Una vez que pudieron entenderse con nosotros, y ello se explica fácilmente, ya no les parecíamos más suyos, sino enteramente suyos.

En cuanto a la gentil Kora, según iba pasando el tiempo, se me aparecía más amante y más rendida; pero he aquí que un serio incidente vino a turbar aquel idilio. A un isleño llamado To-hú, alto y de hercúleas fuerzas, que había pretendido a la joven, aunque inútilmente, poco antes de nuestro arribo a la isla, se le ocurrió renovar sus demostraciones amorosas, cobrándome, como es de suponer, un odio mortal. En los primeros tiempos, probablemente ante la impresión que produjo nuestra aparición allí y las afectuosas demostraciones de que fuimos objeto, el hombre supo disimular sus instintos; pero cuando pudo convencerse de que mi presencia le dejaría sin la esperanza siquiera de llegar a conseguir lo que en sus ilusiones habría considerado como suyo tantas veces, ya no pudo contenerse y requirió a la joven hasta con las más terribles amenazas. Nada me ocultó Kora, quien me dijo, llorando amargamente, que antes moriría que ser de aquel hombre, y que si algo temía, no era por ella, sino por mí. Me dió a entender que podía yo ser objeto de una venganza, me aseguró que velaría por mí, momento a momento, y me suplicó que viviese prevenido.

Aquella inesperada complicación, de cuya extrema gravedad me di cuenta en el acto, confieso que me alarmó seriamente, toda vez que yo me encontraba indefenso para el día en que a aquel bárbaro se le ocurriese acometerme, y sobre todo, hacerme víctima de sus asechanzas. Aunque me sentía animoso y fuerte, yo no tenía la menor duda de que una vez entre aquellas terribles manos, mi estrangulación era segura.

¿Cómo resolver aquel conflicto? Por un lado, Kora era mía, y yo no me resignaba a quedarme sin ella, permitiendo que pasase a poder de aquel salvaje; pero, por otro, yo no había perdido la esperanza de salir de aquel cautiverio y debía mirar por mi vida; que de no ser así, tal vez habría afrontado serenamente la casi seguridad de perecer a manos de mi enconado rival. Habría sido una solución como otra cualquiera.

No era posible tampoco pensar en que allí debiese mediar la autoridad de los ancianos, ni el consejo de nadie. Aquello tenía necesariamente que ser resuelto de hombre a hombre. Yo comuniqué mis temores a don Miguel, el cual, desde aquel instante, ya no se separó de mí; pero, como quiera que fuese, comprendiendo el peligro en que me hallaba, desapareció para mí, como por encanto, aquella plácida tranquilidad en que vivía. Al encontrarme en aquella isla remota y entre aquellos salvajes, pasaron desde el primer momento por mi imaginación toda clase de peligros, aun los menos probables, y pensé en la manera de hacerles frente; pero he de reconocer que en uno como aquel, tan difícil, por no decir tan imposible de conjurar, no pude pensar nunca. De ahí la cautela con que yo había mirado al principio las demostraciones de Kora, y que sólo acepté cuando ya no tuve la menor duda, engañado por las apariencias de que no eran un motivo de contrariedad ni de recelo para nadie, bien ajeno ciertamente a que en el ánimo de To-hú estuviese germinando una pasión que había de manifestarse con preludios de tragedia. Aquel bárbaro, que era a mi lado un gigante, no se cuidaba gran cosa de disimular sus propósitos. Se me acercaba con frecuencia, y en más de una ocasión tuve la certidumbre de que se disponía a clavar sus garras en mi cuello.



El vendedor, señor Pérez.—Esta es la última moda. Fíjense en mí y verán que no hay nada tan elegante y distinguido.

A todo esto, la compañía de don Miguel y del mismo Ricardito, no dejaba de proporcionarme una cierta tranquilidad; pero aquel cuidado a que mi situación les obligaba, les impedía efectuar las excursiones que de tiempo atrás venía haciendo a la costa, con la esperanza de ver pasar algún buque, al cual harían señales, o a cuyo encuentro irían con nuestro bote, ya bien provisto de vela y remos. ¡Qué pena tan grande—pensaba yo,—si mientras estos queridos amigos me acompañan, pasa el ansiado barco que podría sacarnos de este encierro! Pero, lo esencial, por de pronto, era vivir. En cuanto al barco, si había de venir, ya vendría.

Quien estuvo constantemente a mi lado durante aquel tiempo, fué mi Moro, mi queridísimo Moro, el cual se puso muy triste, como si adivinase el inminente peligro que me acechaba. Me miraba con verdadera ansiedad, y me lamía la mano con más frecuencia que nunca, como diciéndome que él me quería, que él velaba por mí, y que estuviese tranquilo. ¡Qué inteligente y qué fiel era aquel hermoso animal!

Yo trataba de disimular ante todos el estado de mi ánimo, porque no podía pasar por la afrenta de que aquellos hombres me viesen o me considerasen acobardado, viniese lo que viniese: ante ellos, debía ser yo y quería parecer tan animoso y tan fuerte como el que más; pero muy pronto se dieron cuenta de los terribles celos y de las siniestras intenciones de To-hú, lo cual fué un motivo para que redoblasen sus cariñosas atenciones hacia mí, significándose muy especialmente Aka-kúa, el padre de Kora, quien me había cobrado un grandísimo afecto, agradecido seguramente a la preferencia con que me había dignado distinguir a su querida hija.

En nada de todo aquello dejó de fijarse To-hú seguramente, cada vez más torvo y ceñudo; pero él seguía adelante, acechándome siempre, bien seguro de que no había de faltarle ocasión de saciar en mí sus fieros instintos de venganza.

Así corrió algún tiempo, durante el cual hice tales adelantos en el aprendizaje del nuevo y muy agradable idioma, que conseguí hablarlo con verdadera facilidad. Mis maestros, que eran, puede decirse, casi todos—menos el torvo To-hú—me aseguraban, llenos de la mayor satisfacción, que hablaba ya tan bien como ellos mismos, pero con un acento más suave, más dulce, que les resultaba más agradable al oído y hasta les hacía pensar que yo me expresaba mejor que ellos mismos.

El peligro de un choque con To-hú no había desaparecido, ni mucho menos. Por el contrario, cada día se presentaba como más inminente; pero, mis precauciones, por un lado, y por el otro, la compañía de don Miguel y su hijo, la atenta vigilancia de Kora y la prevención con que muchos de los isleños venían observando la conducta de To-hú con respecto a mí, dieron por resultado que él tuviese que ir aplazando la consumación de sus planes, que no podían ser otros que los de mi exterminio. Yo le estorbaba, y él necesitaba quitarse de delante aquel estorbo.

Un día, agobiado ya por aquella situación, que no podía ser más comprometida, llamé al padre de Kora y le enteré de todo, recomendándole la mayor reserva y asegurándole que, en caso de un encuentro, yo estaba seguro de vencer y de matar a To-hú.

—Todo eso,—me dijo Aka-kúa—ya lo sabía yo por Kora, y muchos otros lo saben. Todos estamos seguros de que tú matarás a To-hú, porque vemos que eres muy fuerte y porque sabes mucho más que él y que todos nosotros; pero también te digo que si te ofende y no le matas tú, le mataré yo.

—No,—le repliqué en el acto;—tú no harás eso. Yo no quiero que por causa mía, ocurra ninguna desgracia entre vosotros; ya que os encontré en paz, en paz quiero que sigáis viviendo. Si, como no dudo, cuando me acometa, le venzo, le mataré; y si no, con morir yo, todo habrá concluído.

Aka-kúa, que tenía un corazón excelente, y que sentía por mí una especie de admiración supersticiosa, me miró con asombro, se le arrasaron los ojos de lágrimas, y me dijo con acento lleno de energía.

—Tú no morirás, Katara, tú no morirás, porque eres bueno y porque todos necesitamos de tus consejos y de tu compañía. Si te sigue odiando, el que morirá, será To-hú.

—Escucha, Aka-kúa—le dije entonces.—Esto tiene un remedio. Yo me puedo ir a otro sitio lejano de la isla, que tú mismo puedes indicarme, encontraré gente bondadosa como vosotros, con la cual viviré, y espero que de esta manera, To-hú dejará de perseguirme.

—¡No te irás!—replicó Aka-kúa, apretando colérico sus terribles puños.—¡No te irás!—Sería una vergüenza para todos nosotros, y creo que también para ti. Tú no puedes abandonar a Kora, ni yo lo consentiré; y si te fueses, llevándola contigo, él irá tras de vosotros y te acometerá con más ventaja que aquí, porque no tendrás quien te guarde.

Verdaderamente, le sobraba razón al buen isleño: yo no podía buscar solución al conflicto, alejándome de allí, como había creído; pero, en cambio, parecíame como si hubiese centuplicado las garantías de mi vida el apasionado afecto de aquel hombre.

—Bien está, Aka-kúa,—le dije.—Tienes razón. Suceda lo que suceda, venceré a To-hú y seguiré viviendo tranquilo y contento entre vosotros.

—¡Sí, Katara, contento! ¡siempre contento!—me replicó Aka-kúa, lleno de alegría.—Tú eres de nosotros, y todos hablamos de ti diciendo que debes haber venido de aquel lugar grande, grande, donde dicen que vive Atúa; porque tú, que nos dices todos los días cosas que nos asombran, pareces un hombre distinto y mejor que nosotros.

—Muy bien hablas,—le contesté.—De vosotros soy; pero sabe que soy enteramente como vosotros.

Le di una palmadita en el hombro, pues así era como yo les demostraba mi estimación y simpatía, y se retiró diciendo:

—¡No, Katara, no te irás!

XIV

UNO MENOS

Apenas se retiró Aka-kúa, se me acercó don Miguel, que había presenciado aquella animada conversación



desde alguna distancia, y se apresuró a preguntarme:

—¿Qué te dijo, (me tuteaba desde mi niñez), nuestro amigo Aka-kúa?

—Pues algo muy interesante. Por de pronto, que ese mi proyecto, que usted conoce, de irnos a vivir a otra parte de la isla, es de todo punto irrealizable. Todos estos isleños, y el primero él, se opondrían. Además, aun en el caso de que no fuésemos, Kora me seguiría, con lo cual, mi situación sería infinitamente peor que ahora, por cuanto To-hú contaría con mayores facilidades para su venganza. Pero, en cambio, me dejó convencido de que ese hombre corre de su cuenta, lo cual no deja de tranquilizarme mucho, teniendo como tiene una fuerza hercúlea.

—No sabes,—me dijo—con cuánta alegría te escucho. Yo vengo sufriendo lo indecible al verte expuesto, a cada momento, a ser víctima de la ferocidad de ese bruto. ¡Qué tierra, querido amigo, qué tierra infame es esta! Si al emprender mi viaje con lord Wilson, me hubiesen jurado que había de llegar a un país, aunque fuese de hotentotes, en que no habría para la vida otra justicia ni otra garantía que los puños, yo diría que era una ridícula invención. ¡Qué bárbaros, Dios mío, qué bárbaros son estos hombres!

—Paciencia, don Miguel, paciencia. Hay que pensar que su barbarie tiene también sus ventajas, por cuanto están conformes con su suerte. Además, el único bárbaro aquí, es un hombre solo, en quien se han despertado furiosamente los instintos de una bestia. Todos los demás, son buenos con nosotros.

—Serán,—me contestó—todo lo que tú quieras: pero, de mí, te digo que ya no puedo más. Esta vida salvaje y esta tristeza de todos los momentos, recordando a mi pobre mujer y a mis queridos hijos, me están matando; y te juro que me siento morir. Por eso me alegra tanto la tranquilidad que para ti representa el auxilio del padre de Kora.

—¡Don Miguel! — exclamé — ¿Por qué se ha de morir usted? Esas son aprensiones hijas de su ánimo, temiendo que no podrá ya nunca abrazar a los suyos. Deséchelas usted. Hemos de volver a nuestra tierra, y tal vez pronto. Volverá usted, no lo dude, a su querida casa de Ortiguera, tendrá usted un nuevo bergantín, tan gallardo y tan velero como el que ha perdido, y lucirán todavía para usted muchos días felices, tan felices como se los merece.

—No, mi buen amigo,—me dijo moviendo tristemente la cabeza,—no es así, por mi desgracia. Desde hace cerca de un mes, me vengo sintiendo muy mal, y nada he querido decirte, viendo lo difícil de tu situación, por no atribularte más todavía; y desde ayer, me he empeorado muchísimo. Ahora que veo puedes contar con la ayuda leal de Aka-kúa, no tengo reparo en decirte que acaso no debas ya contar conmigo, porque me parece que me muero.

Al oírle hablar de aquella manera, con el acento de un convencido, me fijé en su fisonomía, y observé que, efectivamente, había en ella algo de cadavérico. Don Miguel, aquel valiente y animoso don Miguel, me parecía otro. Yo le había notado inapetente durante una pequeña temporada, pero no atribuí al hecho mayor importancia, creyendo que se trataba de alguna pequeña indisposición. Le pedí que me mostrase la lengua, y la tenía horrible. Le toqué después la frente y las manos, tomándole en seguida el pulso y me convencí de que no eran del todo infundados sus presentimientos: tenía una alta fiebre.

Le preparé en seguida un purgante, con una especie de tártago, que abundaba en la isla, le hice acostarse, cubriéndole con las pocas ropas de que disponíamos, y esperé con verdadera ansiedad al día siguiente; pero todo había sido inútil. Por momentos, se veía que el enfermo iba de mal en peor.

En aquel triste cuadro, hubo una nota que bien podía calificarse de cómica: la intervención del médico-sacerdote del clan, el cual corrió al lado de don Miguel apenas supo que estaba enfermo. Hizo sus conjuros, dirigió súplicas, canturriando, al espíritu bueno y al espíritu malo, le colocó en la frente una gran hoja verde, y le puso ambas manos, primero, sobre el pecho, y después, en las mejillas.

No podía ser el tratamiento más inocente, ni más primitivo; pero cuando, en presencia del mismo enfermo, que no nos entendía, le hice alguna pregunta acerca de su dignóstico y su pronóstico, pude percatarme de que aquel infeliz sabía darse cuenta de qué cosa era una enfermedad, aun cuando no supiese curarla. Según él, don Miguel estaba atacado de una fiebre maligna, que era la enfermedad más temible y, a la vez, más común en la isla; agregando, a renglón seguido, que como los atacados de esa enfermedad se morían casi todos, lo casi seguro era que don Miguel se muriese antes de ocho días.

Desgraciadamente, así fué. Cuando el buen capitán comprendió que se acercaba su último momento, me hizo señas para que me acercase, y con voz apenas perceptible, me dijo:

—Me muero. Vive tú... Por Dios, cuídame a Ricardo... Si vuelves a España... mi mujer... mis hijos... que les bendigo...

Fueron sus últimas palabras; y media hora después, era cadáver.

Fué aquella pérdida, por lo mucho que yo apreciaba a don Miguel y por la espantosa soledad en que me hallaba, un rudo golpe para mí; y en cuanto al pobre Ricardo, lloró desesperadamente la muerte del autor de sus días, consolándole yo todo lo mejor que pude.

Todos aquellos indígenas fueron a ver el cadáver, como meros curiosos, no porque el hecho pareciese causarles la menor pesadumbre. Como ya en otras ocasiones había podido observar, miraban la muerte como cosa que no tuviese la menor importancia y no se entregaban, ante ella, a los extremos de intenso dolor que tan corrientes y tan naturales son entre nosotros. No me cabía la menor duda de que el padre debía sentir la pérdida del hijo, como el hombre la de la mujer amada, porque la naturaleza es siempre la misma en todas partes; pero, al menos, tenían la fortaleza de resignarse ante su desgracia al extremo de no demostrar su pena, no por ficción o disimulo ciertamente, sino porque quien sabe si no encontrarían ridículo rebelarse contra aquello que, como dicen los mahometanos, "estaba escrito".

Fué tan sencillo como curioso el entierro de aquel mi inolvidable paisano y amigo. Colocamos su cuerpo entre unas tablas de las traídas de la costa, cuando el naufragio; pusimos una pizarra en la cabecera y otra en los pies; atamos todo ello, a falta de clavos y de martillo, con algunas cuerdas que teníamos, y así improvisamos el único cajón allí posible, que los isleños miraron asombrados, porque seguramente no habían visto nunca enterrar a nadie de aquella manera. Hecho esto, entre Ricardito, el padre de Kora, otros cuatro isleños y yo, sin más acompañamiento, conducimos el cadáver en una parihuela a una regular distancia del poblado y lo depositamos en una fosa que, con un poco de trabajo, pudimos abrir al pie de un corpulento guayabo, en cuyo tronco escribí, con el cortaplumas que había sido de lord Wilson, estas palabras:

Miguel JARDON.
Q. E. P. D.
1881.

La hemorragia nasal y sus remedios

Los sueros y vacunas de la moderna terapéutica, no han resuelto todavía en conjunto el arte de curar. Junto a estos remedios de laboratorio, figuran los tratamientos de muchas enfermedades mejorados en tercio y quinto, gracias a descubrimientos nuevos.

De ello son prueba las modificaciones que ha sufrido el tratamiento de ciertos accidentes que ocurren con frecuencia. Uno de ellos es la hemorragia nasal, y ya se sabe lo que en caso semejante el vulgo recomienda: poner una llave fría sobre la epidermis entre ambos omóplatos.

Los médicos a la antigua, disponían de un remedio heroico: taponar la nariz por fuera, o por dentro y por fuera, empleándose con preferencia este último procedimiento, por ser el más eficaz. Pero hoy todo el mundo lo condena, y sólo se aplica en casos excepcionales. Ya se ha encontrado algo mejor que imponer al desgraciado paciente, que no suele estar tranquilo ante una hemorragia abundante, el dolor que supone la operación, y las horas penosas que tiene que pasar con la nariz tapada por fuera y por dentro.

Cuando se aplicaba este sistema curativo, solían producirse supuraciones de los oídos o complicaciones más graves, y siempre molestaba al enfermo su olor horrible que exhalaba al quitarse los tapones.

Hoy se conocen, por fortuna, medios mucho mejores y buenos todos ellos. El más sencillo consiste en comprimir con fuerza, durante cinco minutos, la ventana de la nariz por donde sale la sangre. Esto suele bastar para contener la hemorragia; pero si no bastase, ahí está la antipirina que, sin duda, es el remedio más sencillo, más eficaz y más práctico en estos casos.

Basta un sello de antipirina de un gramo, que se rompe echando el polvo en tres cucharadas de agua hasta que se disuelva. Luego se absorben unas cuantas gotas de esta solución, o, aún mejor, se introduce en la nariz un cilindrito de algodón empapado en el remedio, y seguramente la hemorragia cesará al cabo de cinco minutos.

El procedimiento citado, si bien es práctico, no puede decirse que es el mejor; el agua le supera y tiene la ventaja de encontrarse agua fresca en casi todas partes. No hay más que absorber varias veces un poco de agua ligeramente salada para cortar la hemorragia.

Pero aún resulta mejor el agua caliente, algo salada también. Debe usarse a 58 ó 60° centígrados, temperatura que se comprueba fácilmente metiendo la mano en el líquido sin sentir más que una sensación de calor, no de quemadura. Tanto el agua fría como el agua caliente, pueden aplicarse en ducha nasal, introduciendo en el agujero de la nariz una cánula pequeña, mientras que el paciente respira por la boca para que el líquido no caiga en la garganta, sino que salga por el otro conducto nasal.

El agua oxigenada, caliente mejor que fría, es preferible al agua común, y se emplea de igual modo; y tiene la ventaja de limpiar el conducto nasal y facilita la limpieza del tubo respiratorio.

Todos estos métodos son recientes. La antipirina sólo se conoce desde hace pocos años, y hasta poco después no se descubrieron sus propiedades hemostáticas, como tampoco se había pensado en utilizar el agua caliente ni la oxigenada.

En época mucho más reciente, se ha encontrado una substancia admirable para contener las hemorragias: la adrenalina, que los médicos emplean en solución al 1 por 1.000.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Modernos sistemas de preparar tasajo en los Estados Unidos

El moderno y popular producto conocido con el nombre de "tasajo" (dried beef) es una imitación de un producto antiquísimo, aparentemente de origen americano, que ya existía cuando aún eran desconocidos los métodos modernos de curar y preparar la carne. El producto moderno se obtiene de una manera muy diferente. La carne fresca se maneja por medio de refrigeración artificial moderna, se cura por procedimientos modernos, también bajo refrigeración artificial, y se le hace secar con humo de leña dura y calor de vapor. El producto antiguo, llamado "jerked beef", se faenaba al aire libre, a la temperatura natural, y se le secaba al sol, pero efectuando las operaciones cuidadosamente. Se le aireaba mucho y se le protegía de la humedad. Nunca se le sujetaba a los modernos agentes para curarlo, ni se empleaban ahumaderos modernos con instalación de pozos de fuego lento y tuberías de vapor que por radiación suministraban la temperatura deseada. Aunque la merma o encogimiento por los métodos modernos es grande, llegando aproximadamente al 33 % del peso de la carne ya curada, es casi seguro que no es tan grande como el que se efectuaba en los métodos empleados por los aborígenes americanos.

Debe tenerse el mayor cuidado en los métodos modernos de manejo y preparación para evitar echar a perder la carne, la merma o encogimiento excesivo, y también para lograr dar al producto el color y sabor que se desea. Es necesario emplear los métodos modernos de frigorífico. En ellos se incluye la limpieza, refrigeración y cuidado científico. No es necesario que el producto sea preparado en un compartimento del establecimiento frigorífico, pero sí se requieren absolutamente cuartos de refrigeración o enfriamiento, de cortar, almacenar y curar la carne. La carne puede almacenarse o mantenerse a temperaturas que varían de cero a 2° C, o puede llegar a ser necesario hasta 2° C bajo cero. Las temperaturas del cuarto en que se corta la carne pueden variar de 2° a 10° C, pues esta no permanece mucho tiempo en él. Las temperaturas a que se cura la carne pueden variar de cero a 3° C. Si el procedimiento es lento, se requiere una temperatura inferior. Las temperaturas más elevadas tienden a hacer más rápida la operación y a menudo hacen que el producto sea de inferior calidad debido a la excesiva cantidad de sal absorbida.

Antes de emprender la producción de carne seca, en grandes cantidades, hay que estudiar bien la construcción del establecimiento, para que se pongan en él todos los elementos, inclusive los de limpieza y enfriamiento. Debe encomendarse a un ingeniero de frigoríficos competente la preparación de los planos y la vigilancia de la construcción y de las instalaciones del establecimiento. Para el funcionamiento del establecimiento es conveniente, en realidad esencial, tener un superintendente bien experimentado, con conocimiento especial de carnes y su curación; el capataz o jefe de trabajadores del departamento de curación debe ser un hombre experimentado en este trabajo y de mucha práctica en curar carne, porque la curación de este producto difiere en muchos puntos de la de otros productos. El empleado que esté encargado del departamento de ahumar y secar debe también ser especialmente competente para dirigir estas importantes operaciones, porque los errores que en ellas se cometan, así como los que ocurran en la curación misma, echan a perder el producto como artículo comercial.

Las partes de la res que generalmente se emplean para hacer el tasajo, se toman de la nalga y del puchero de cola (round y rump), utilizándose la parte interior o superior de la nalga, la parte exterior o inferior de la misma, y partes de la nalga y puchero de cola combinados. Se puede hacer tasajo de otras partes musculares de la res, pero generalmente son los trozos de nalga los que entran al comercio en forma de tasajo. Se prefieren los trozos bien redondos a lo flacos, pero el producto no debe tener mucha grasa.

La manera de curar la carne de vacunos es muy importante. Los trozos se enfrían bien a la temperatura de 0 a 2° C. antes de someterlos a las operaciones de curación. Hay muchas fórmulas para curar. La carne no debe contener demasiada sal, y debe quedar bien curada y de un color agradable una vez ahumada y rebanada. Los trozos pueden curarse en piletas o en tercerolas (toneles). Los tres trozos mencionados en el párrafo anterior se curan separadamente porque su espesor es distinto así como su peso medio, y por lo tanto quedan curados en un número distinto de días. Por la misma razón los trozos pequeños aunque sean de la misma parte de la res no deben curarse juntos con los más grandes. En realidad, deben clasificarse los trozos en tres grupos y ponerse a curar separadamente. Por consiguiente, cuando la producción es pequeña, es mejor curar en tercerolas que en piletas de capacidad de mil libras o más.

Cuando se cura en piletas o tercerolas, se rocían las capas de carne ligeramente con sal. Una vez llena la pileta o tercerola con carne, se cubre con una solución preparada especialmente para este objeto, después de lo cual se comprime la carne, si está en piletas, para que quede bajo superficie de la solución. Cuando se cura en tercerolas, éstas se llenan por completo con la solución una vez que la carne se ha puesto adentro. La carne se casa de la pileta y se coloca en otra tres veces durante el período de curación. El primer cambio puede hacerse al décimo día de iniciada la curación, el segundo veinticinco días después y el tercero cuarenta días después del segundo cambio. Este número de días puede aumentarse o disminuirse según se encuentre conveniente. El cambio de una pileta a otra tiende a hacer que la solución llegue a ponerse en contacto con todas las partes de la carne. Cuando se cura en barriles o tercerolas se logra el mismo objeto haciendo rodar el barril una gran distancia, generalmente cien o ciento veinticinco metros. Esto es todo lo que se necesita, y se evita el tener que sacar la carne de los barriles. Estos pueden hacerse rodar de 10, 30 y 50 días después de empezada la curación.

Como hay muchas fórmulas, hay que emplear o preparar una que dé sabor y color característicos a la carne. La buena reputación de calidad superior, y buen color y sabor, es uno de los mejores medios de vender el producto.

AHUMADO DE LA CARNE SECA

Para la carne seca se requiere equipo especial y gran cuidado en la casa de ahumar. Antes de ahumar y secar la carne, ésta debe sumergirse en agua limpia y clara cuando se saca de las piletas en que se curó. El período de remojo es como de seis minutos por cada día de curación. La carne debe luego deshidratarse mucho más que cualquier otro producto ahumado. Puede emplearse la misma clase de cámaras a casas de ahumar para la carne de vacunos que la que se usa para jamón o tocino, pero el equipo debe ser adecuado. Como el calor es necesario para facilitar la evaporación, el cuarto de ahumar debe tener un juego de tubos de vapor cerca del piso y otro cerca del techo. Cuando se cuelga la carne en el cuarto de ahumar, se deja pasar gran cantidad de vapor por los tubos con objeto de hacer llegar la temperatura a unos 55° o 60° C. durante 24 a 36 horas, después de lo cual se prende fuego para ahumar empleando leña dura y aserrín de madera dura. El vapor se mantiene hasta que se termina el proceso del ahumado, que puede variar entre 75 y 130 horas. La temperatura de la casa de ahumar después de que ha empezado a secarse la carne puede mantenerse a unos 50° C.

Una vez terminado el ahumado, se deja la carne en la casa de ahumar durante 24 horas sin fuego ni vapor para que se enfríe. Al embalarse o envasarse la carne, ésta debe haberse enfriado y no contener humedad en la superficie, pues de otro modo se desarrollan mohos que pueden destruir el color y sabor y hacer difícil la venta del producto. Puede esperarse una merma o disminución de 33 % sobre el peso de la carne curada o ahumada.

Las siguientes notas están tomadas de las observaciones personales de algunos empleados del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos:

"Estos trozos de carne se remojan durante 10 a 12 horas, según el tiempo que hayan estado en curación. Se emplean dos aguas a la temperatura de 70°. (21° C.) Se saca la primer agua y se pone la segunda cuando el producto ha estado en remojo durante unas 5 horas. Los trozos de carne se cuelgan y secan durante 6 u 8 horas y luego se ponen en remojo durante 120 horas a una temperatura de 50° C., después de lo cual se mantienen en un cuarto seco y se enfrían a la temperatura ordinaria de un cuarto durante tres días; después de este enfriamiento ya quedan listos para cortarlos y rebanarlos. Algunos establecimientos ahuman los trozos durante 20 horas, luego suspenden el humo y calientan la casa con vapor encerrado durante 100 horas, pasando la carne entonces a un cuarto seco a la temperatura de 32° C. durante tres días, manteniéndola luego en un cuarto ordinario a la temperatura normal durante tres días, después de lo cual ya queda la carne lista para rebanarse, pero antes de efectuar esta operación se les quita a los trozos toda la grasa superficial que tengan."

De la misma fuente tomamos el siguiente cuestionario con sus respectivas respuestas:

P.—Peso de los trozos (carne fresca).

R.—Los trozos interiores se dividen en tres clases, según su peso; los de menos de nueve libras, los de nueve libras a doce y los de más de doce. Los trozos exteriores son generalmente de una sola clase, de cinco a siete libras; y los llamados "Knuckles" (parte de carne de nalga y parte de puchero de cola), son generalmente del mismo peso que los trozos exteriores.

P.—Tiempo que dura la curación.

R.—Varía considerablemente, de 30 a 90 días, según las temperaturas y el tamaño de los trozos.

P.—Porcentaje de aumento de peso en la curación.

R.—Normalmente de 4 a 6 por ciento.

P.—¿Cómo se seca la carne?

R.—Generalmiente sobre tubos de vapor.

P.—Tiempo necesario para secar.

R.—De 40 a 48 horas.

P.—¿Cómo se prepara la carne para el ahumado?

R.—Se remoja en agua fría de 18 a 32 horas.

P.—Porcentaje de merma en el ahumado.

R.—De 30 a 40 por ciento sobre la base del peso de la carne fresca.

P.—Métodos de ahumar.

R.—Se aplica primero un buen ahumado; luego el calor.

P.—Tiempo necesario para ahumar.

R.—Generalmente cuatro días en condiciones normales. Hasta seis días en casos extremos.

P.—Material empleado para producir el humo.

R.—Leña dura y aserrín de madera dura.

P.—Clasificación.

R.—Toda la carne fresca se elige de manera que al secarse dé tasajo de primera calidad. Sin embargo, los resultados son algo inciertos, y como el 75 por ciento resulta de primera clase. La carne que ha absorbido mucha sal y se ha vuelto blanca, y los trozos que se han torcido y deformado mucho, se clasifican como de segunda calidad.

Las reglas anteriores están sujetas a ciertas variaciones para satisfacer la demanda de los diversos mercados para los que se prepara el tasajo.

Para preparar la salmuera se dan las siguientes fórmulas como indicación solamente, pues el Departamento de Agricultura no ha tenido oportunidad de ver sus resultados prácticos:

1000 litros de solución de sal en agua pura, concentración de 90 % (prueba del salómetro).
35 kilos de azúcar (granulada).
12 kilos de sal.

Para efectuar una curación rápida, se mantienen trozos en salmuera 65, 70 o 75 días, según su peso; para curación lenta se mantienen 80, 85 o 90 días, según el peso. Se puede reducir la operación en tiempo, pero habría que experimentar cuidadosamente para evitar un producto de mala apariencia.

Otra fórmula que se ha empleado para este objeto es la siguiente:

Para 1.000 kilos de carne fresca:
450 litros de solución de sal al 90 % s/p. de salómetro.
15 kilos de azúcar granulada.
4 kilos de salitre.

Los trozos exteriores pueden curarse en 65 días, los interiores en 75 y los "Knuckles" en 70 días.

EL MEJOR CASTIGO



—¿Nunca pillaste en algún "flirt" a tu marido?
—Sí; una vez.
—¿Y qué hiciste?
—Casarme con él.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

"CLARIDAD", de Folco Testena, en el LICEO.

El autor ha escrito esta obra, dejándose arrastrar por las corrientes ideológicas que agitan actualmente el pensamiento europeo. Muchas veces se ha señalado ya por los publicistas de ambos continentes, el fenómeno de reacción espiritualista producido en el mundo a raíz de la vergonzosa guerra pasada, la que ha de quedar como baldón del siglo que vivimos. Como protesta de la conciencia colectiva contra la bárbara expansión de los instintos feroces desarrollada durante los cuatro años trágicos, ha surgido en todas las almas una especie de contrición cristiana que descara lavar las recientes culpas sobrepasando bruscamente el nivel medio de la bondad común. Todos nos sentimos un poco culpables y todos ponemos cuanto está de nuestra parte para reivindicar la dignidad humana. Es el flujo y reflujo de las mareas humanas, que hizo posible el advenimiento del cristianismo y que abrirá las puertas a días mejores para todos.

Dentro de esa atmósfera moral se desenvuelve la obra de Folco Testena. En ella, acaso lo más interesante es lo que menos tiene de teatral. Los personajes, sin llegar a ser simbólicos, están trazados con una visión más amplia que la de la estructura psicológica individual y al hablarnos ellos de sus inquietudes y de sus problemas, parece que estuvieran reflejando el pensar y el sentir de otros muchos.

Encarado así el asunto, su realización ofrece sin duda, desde el punto de vista técnico, una cantidad de fallas que hacen languidecer a veces la acción dramática y otras la presentan borrosa o enigmática. Con todo, el diálogo siempre resulta interesante por la altura de sus conceptos y la belleza de sus expresiones.

Es, en suma, la obra de Folco Testena una pieza noble que merece el aplauso recibido.

El primer actor José Gómez encarnó su papel con gran acierto y eficacia, correctamente secundado por Teresa Lacanaut, Becco, Bustamante y Sagasta.

OPERETEANDO

Entre los artículos que caracterizan la estación veraniega y que no son todos ranchos ni costillares al asador, figuran las operetas, que generalmente es mercadería importada, porque aún no se han establecido fábricas en el país. Esa ventaja tienen sobre el sainete que se ha convertido ya en algo tan criollo como la inenarrable y mirífica silueta de los gobernadores desahuciados que bajan a la capital. En el Marconi se está cultivando con éxito ese género de producciones vagas, alegres e inofensivas que se deslizan suaves como manos de mujer. No dicen nada, pero agradan. Igual que las conversaciones con damas, sirven para encantarnos la vida sin torturar las neuronas cerebrales. La vida en esas obras, es una cosa tan fácil y sencilla como una camiseta sin mangas. A través de la opereta todo es posible, hasta el amor. Los personajes se dividen en dos categorías: los adorables y los ridículos y unos viven a costa de otros, casi como en la realidad. Pero los más interesantes son las mujeres lindas y los viejos platudos. La mujer, tal vez no sea en verdad más que un fenómeno de opereta y por eso queda tan bien, por lo que constituye generalmente el nudo de esas producciones. Pero es que también para la mayoría de los mortales, la mujer es casi siempre un nudo, aunque muchos digan que es un moño.

Pues bien, en el Marconi se rinde culto a la opereta. La compañía de Aída Arce pasa revista a las mejores operetas y lo hace todo lo bien que es necesario para producir la emoción de la opereta, que es la emoción menos emocionante. Por lo demás, la primera tiple del conjunto es bastante femenina como para dar una bella impresión de frivolidad amable y eso es todo lo que se quería demostrar.

EN EL APOLO SE INAUGURÓ OTRA TEMPORADA VERANIEGA

Mantener con la compañía de los hermanos Podestá y las archiconocidas piezas de Coronado. "La piedra de escándalo" y "La chacra de don Lorenzo" otra temporada de verano en el Apolo, era ya algo difícil, pues hace varios años que aquellos veteranos actores y su modesto cuadro, "caen" a la capital apenas desocupado el escenario de aquel teatro, cubriendo su cartel con las citadas piezas.

Alguna vez el ensayo debía fallar. Este año, el público dijo: "No, basta de piedra y chacra". Y los Podestá tuvieron que acatar al soberano. Y se marcharon.

Para sustituirlos, la empresa acaba de hacer debutar un conjunto nacional, entre cuyas figuras se destacan la señora Carmen Méndez y el actor Antonio Daglio. Para mayor interés, la presentación se produjo con dos estrenos. Dos estrenos ¡ay! que al cronista ponen en trance difícil. En efecto, ¿qué decir cuando uno ve una obrita como "Flor de cardón", que parece escrita en 1904, tanto es lo que huele a cosa pasada de moda? ¿Y qué comentar cuando se presencia el estreno de un sainete como "Knock-out", donde se quiere explotar la popularidad del brutal deporte y se usa y abusa de los términos del box, con una gracia (?) espesa, muy espesa?...

Digamos, para terminar, que en el conjunto de Daglio hay elementos discretos que interpretaron ambas piezas con bastante buena voluntad, defendiéndolas con bríos. Tales las señoras Méndez, Notar y Bouza, el nombrado Daglio, Sassone y Sarcione.

TURFISTICAS

En el teatro Nacional se dió a conocer una producción de ambiente turfista, titulada "Palermo" (competidores y montas) de que son autores los señores Villalba y Braga.

Se trata de un sainete honesto, sin mayores pretensiones y con el que los autores han conseguido su propósito de entretener al público haciéndole pasar un momento agradable, durante los dos cuadros de que consta.

Un propietario de caballos de carrera se encuentra al borde de la ruina debido a la poca fortuna con que actúan los pur-sang de su propiedad, los cuales se encuentran al cuidado de un entraineur adinerado y de competencia reconocida, aunque de dudoso comportamiento y que requiere de amores a la hija del propietario. Confía el sinvergüenza en rendir la plaza por hambre y ordena al jockey encargado de pilotear al producto que con su victoria salvaría la difícil situación, que pierda la carrera, pero el amor se encarga de frustrar ese malvado plan y todo termina con el descubrimiento del enredo y concediendo el padre la mano de su hija a la fuerte muñeca que, al ganar la prueba, ganó también el corazón de la chica y el agradecimiento de su progenitor.

La excelente interpretación y la fidelidad con que se han mostrado al público algunos aspectos del turf, contribuyen al éxito obtenido y merecen especial aplauso entre sus intérpretes la señora Bozán y los actores Otal, Cantello y Bustos.

PASANDO REVISTAS

Una buena compañía de revistas es siempre un éxito en todos los climas de esta naranja de tierra que se llama mundo. Basta para ello que se presenten números de alguna fantasía, decorados de buen gusto, unas corcheas sonoras y pegadizas y un buen plantel de damas que no tengan un sentido exagerado del ocultismo personal e intransferible. Nosotros no somos partidarios de la procacidad en público y ni en privado a ratos, pero no puede llamarse así al lucimiento corporal de encantos que por ser naturales, nada más natural que poseerlos.

La compañía de revistas del Avenida actúa con feliz éxito, habiendo repuesto últimamente la titulada "Kikiriki" y estrenado "Mujeres y flores". Buena cosecha de aplausos para las dos.

EL EVANGELIO LAICO DE SANJUAN

Sanjuan no es santo ni evangelista. Es un popular actor español que tiene mucha gracia y la demuestra en escena. Ahora está en el Buenos Aires, donde debutó con gran éxito al frente de una compañía muy aceptable, estrenando una pieza en tres actos de Pedro Muñoz Seca, titulada "Bartolo tiene una flauta". La gente se rió a gusto y aplaudió con calor. Y dado el éxito del debuto sospechamos que esa pieza será el evangelio laico de Sanjuan en la actual temporada.

LA VENA DE ORO

Sigue dándose con éxito en el Smart por la compañía de Blanca Podestá esta pieza, que parece que responde bien a su título por las grandes entradas que produce.

COMEDIA

"La vuelta del Padre Canuto" sigue llevando público al teatro de la Comedia. También lo lleva Blanquita Pozas, que con su gracia es capaz de llenar ella solita una sala. Y por si esto fuera poco, los lunes de moda y los jueves selectos se tira allí el anzuelo con regalos para chicos y grandes. En fin, el mejor de los mundos.

LA DIVISA PUNZÓ

No sabemos si a estas fechas la compañía de Camila Quiroga seguirá dando a precios pupulares en el Nuevo, la pieza de Groussac que había tenido una substancia económica insospechable. Celebraremos que siga.

TEMPORADA MORIBUNDA

Mañana miércoles se llevará a efecto en el Sarmiento una función a beneficio de los elementos de la compañía de los hermanos Ratti. La función coincidirá con las reprises de "Los amores de Palito" y "El bailarín del cabaret", y será de las últimas de la temporada, que se desarrolló con relativa fortuna.

CORREO TEATRAL

Elly.—Nosotros hemos cumplido y no tenemos la culpa de que los vapores que vienen de Montevideo no traigan siempre todos los pasajeros que anuncian su regreso para una fecha determinada. Lo sentimos en nombre de la formalidad y nos permitimos advertirle que el Correo es una calamidad que sirve, entre otras cosas, para que a veces lleguen noticias de los viajeros a los que no tienen la dicha de serlo.

J. B. Darquibel.—Lamentamos no poder complacerle, pero lo que nos envía es demasiado largo.

Dalmau.—Esa obra no figura en el repertorio de la Guerrero, pero dudamos de que pueda interpretarla a sus años. Si tiene usted tanta confianza en esa joven que no nombra, alquile para ustedes solos el Colón y déjela que grite hasta que se canse.

BIBLIOGRAFIA


Señor Ernesto Mario Barreda, autor de "Una mujer", novela últimamente editada.


Señor Edmundo Montagne, cuyos poemas acaban de editarse en un volumen, recientemente aparecido.


Señor Jorge Obligado, autor del volumen de versos "Veinte años", acabado de aparecer.


Señor Enrique Richard Lavalle, autor del libro "Tres novelas coloniales", recientemente publicado.

FOOTBALL


SUNCHALES. — Componentes del team Club Libertad, cuarta división, que venció a Atlético Central Argentino local, por 9 a 0 goals.
Fot. Rosso.

Fiesta de beneficencia


La niña Elsita Berner, que interpretó el papel del pastor Adam, en el festival realizado en el teatro Coliseo, a beneficio de la Sociedad Mutualista.

DE MONTEVIDEO


Grupo de uruguayos conocidos que regresaron a bordo del "Cap Polonio", rodeados de las personas que fueron a esperarles.


La comisión Pro Fomento Escolar, con la directora y maestras de la escuela de segundo grado, N.° 31.


Banquete realizado en el Parque Hotel, en honor del señor H. Grundley.

NECROLOGIA


Señorita Amalia E. García.


Señor Martín Etcheluz (hijo).


Señor Martín Landalde



Por primera vez la escuadra argentina se ejercitó en el tiro por división, sobre un blanco real



El viejo casco del ex aviso "Azopardo", construído en el año 1885, y que fué llevado a remolque por el "Ona" al sitio donde fué hundido a cañonazos por el crucero-acorazado "San Martín".



La tripulación del explorador "Jujuy", buque que tomó parte en las maniobras finales de la escuadra, frente a Mar del Plata.



El puerto de Mar del Plata, antes de iniciarse los ejercicios finales de la flota. En primer término: el cañonero "Rosario"; luego, el guardacostas "Almirante Brown" y los cruceros acorazados "San Martín" y "Belgrano". A la derecha: el cañonero "Paraná" y el crucero "Buenos Aires".



El "San Martín" y su gemelo el "Belgrano", durante los ejercicios de tiro.



La tripulación del explorador "La Plata".



Los hidroaviones, en la base de aviación del puerto de Mar del Plata.



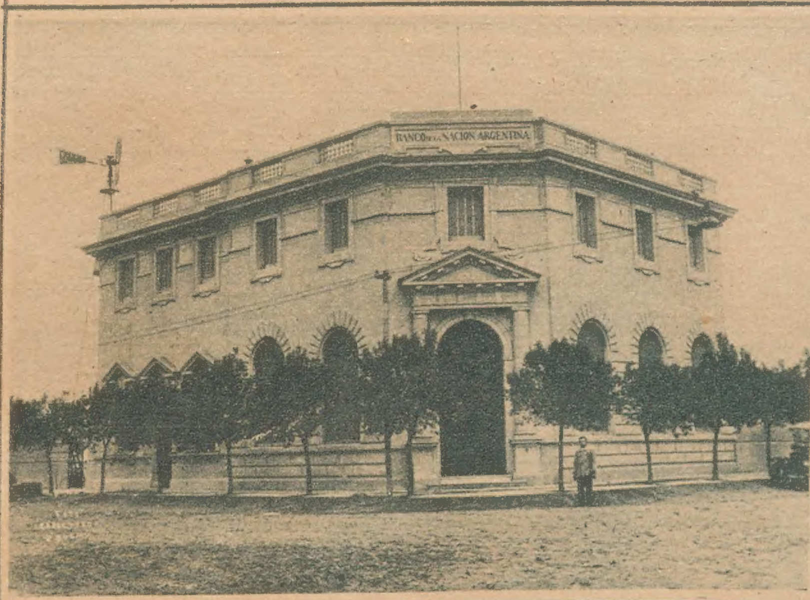
La fragata "Sarmiento", amarrada en el puerto marplatense.



El presidente, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado del teniente de navío Marcos Zar, del ministro de Marina y del subprefecto de Mar del Plata, señor Barla, durante su visita a la base de aviación.

Fots. Bonnin.

Del interior



QUEMÚ-QUEMÚ. — Edificio destinado a la sucursal del Banco de la Nación Argentina, que ha sido recientemente terminado y que en breve se inaugurará.



GENERAL PICO (Pampa). — Parte de los numerosos concurrentes al baile realizado en los salones del centro cultural "Amigos del Arte", en honor de un núcleo de señoritas.



INTENDENTE ALVEAR (Pampa). — Grupo de señoritas y caballeros que, conjuntamente con la comisión directiva del "Centro Recreativo Alvearense", concurrieron a la fiesta campestre organizada por dicha institución.



Principales actores del centro recreativo mencionado, en cuyo honor se realizó la fiesta de referencia, celebrando los destacados éxitos teatrales obtenidos por aquellos.



TUCUMAN. — Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile organizado por el "Centro Recreativo de Jóvenes" y llevado a efecto en el local de la Sociedad Francesa.

Fots. Carretero, Quiroga y Posse.



Nuevos técnicos constructores egresados de la Escuela Industrial de la Nación


Señor Juan M. Candreva.


Señor Luis Cocco.


Señor Argentino Pizzul.


Señor Ambrosio Garavaglia.


Señor Rafael De Luca.


Señor Fernando Otavis.


Señor José A. Mazza.


Señor José Garasini.


Señor Juan José Nano.


Señor Rosario Falanga.


Señor Ernesto S. Ferrari.


Señor Oscar Benzaquen.


Señor Domingo A. Cortese.


Señor Napoleón Ferrario.


Señor Angel L. Tottone.


Señor Antonio Crogliano.


Señor Horacio Biasini.


Señor Pantaleón Alvarez.


Señor José D. Reybal.


Señor Horacio A. Torresi.

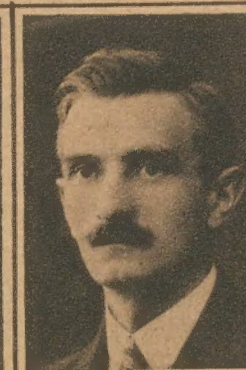

Señor Juan Amicone.


Señor Juan Cometto.


Señor Lorenzo Tallione.


Señor Vicente Vigilante.


Señor Nicolás J. Quaglini.


Señor Piero Bernasconi.


Señor Fernández.


Señor Pedro Batistela.


Señor Antonio M. Costa.


Señor Pedro Galletti.

EL CANAL DE SAN FERNANDO VISTO A VUELO DE PAJARO



1. El río Luján al desembocar en el Río de la Plata. — 2. El boulevard Colón, que corre paralelamente al Canal de San Fernando y que constituye la más importante arteria comercial de dicha localidad. — 3. El dique seco del canal y los talleres de Mihanovich. — 4. La estación Canal de San Fernando, del Ferrocarril Central Argentino. — 5. La parte nordeste de la ciudad de San Fernando. — Esta vista fué obtenida por nuestro fotógrafo Roberto Otero, desde un Curtis piloteado por el aviador Gerardo Varela.



Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.